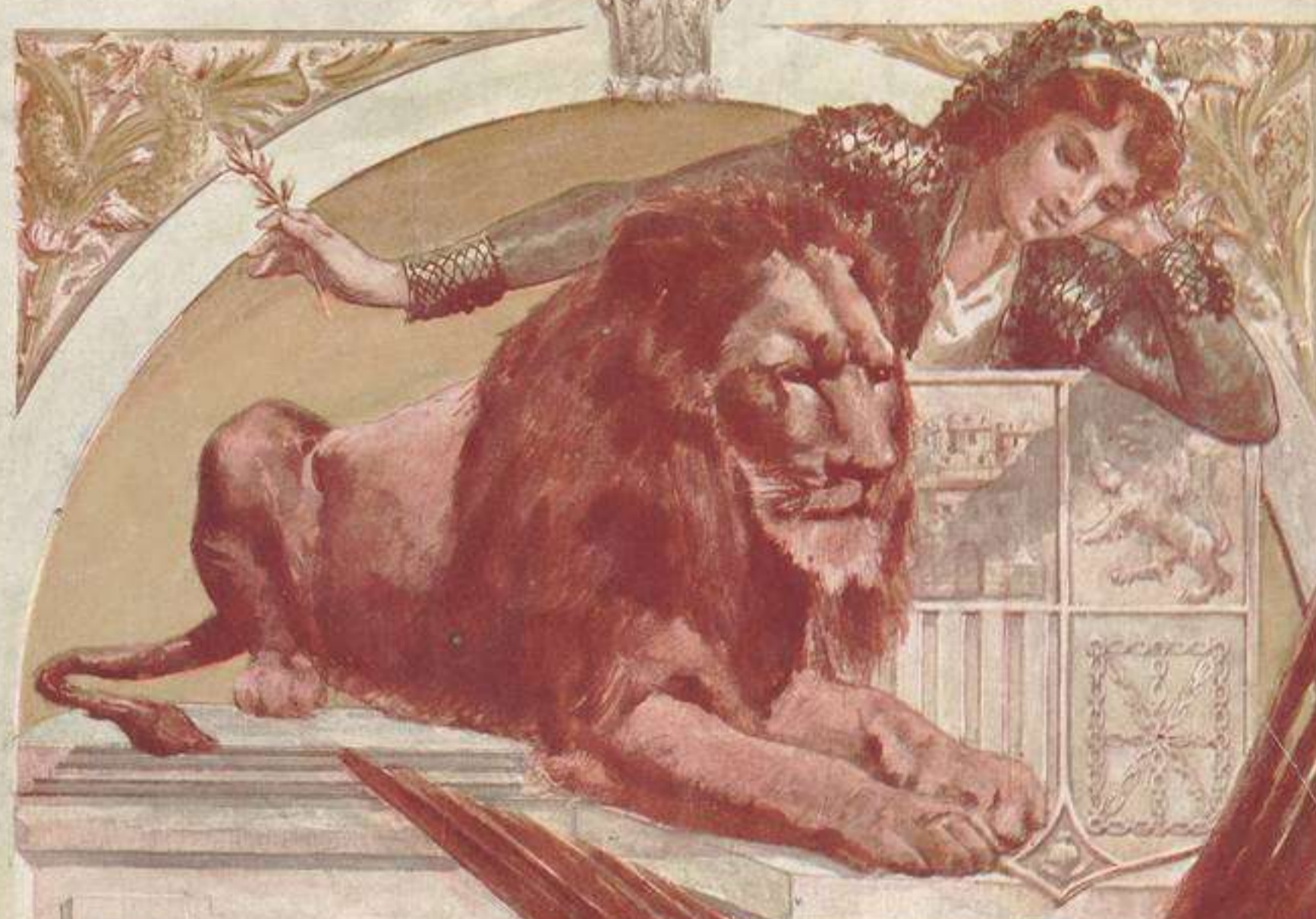


1751



EL CIRCULO DE  
 BELLAS ARTES  
 EN EL 1<sup>ER</sup> CENTENARIO  
 DE LA GUERRA DE LA  
 INDEPENDENCIA.



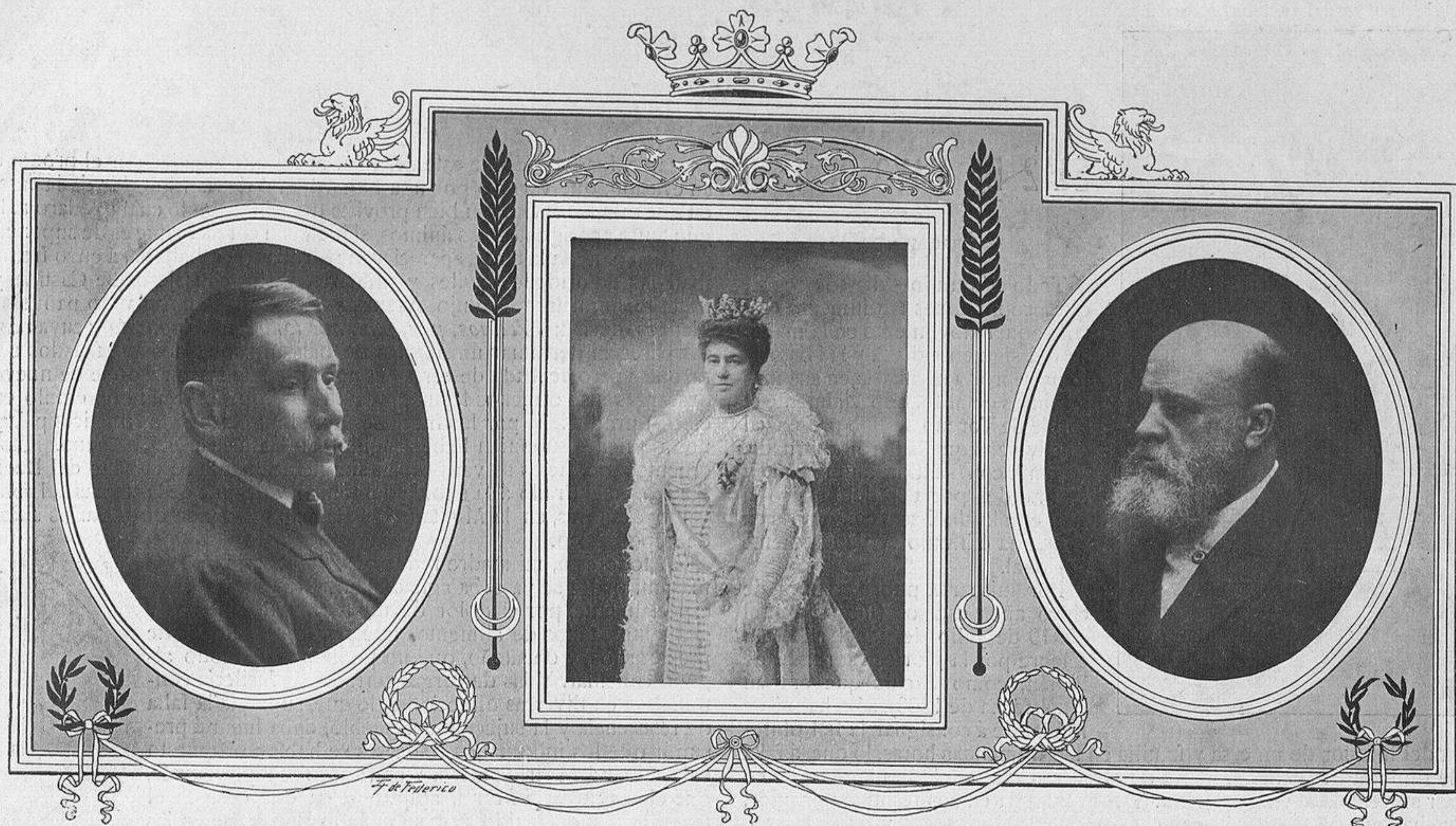
2 DE MAYO

1808.

DE 1908.

© F. Guerra.





Excmo. Sr. D. Benito Pérez Galdós.

Excmo. Sra. Marquesa de Squilache.

Excmo. Sr. D. Alberto Aguilera.

PRESIDENTES DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

A honrar la memoria de los héroes de la gloriosa guerra de la Independencia, dedica esta publicación el Círculo de Bellas Artes, asociándose, por medio de ella, al Homenaje que España entera tributa en el día de hoy á aquellos valerosos soldados y á aquel heroico pueblo, que con su sangre defendieron la Independencia de la Patria.

Madrid, dos de Mayo de 1908.

**Alberto Aguilera,**  
PRESIDENTE

**Miguel Blay. Guis de Aldecoa.**  
VICEPRESIDENTES

**Salvador Viniegra. Guis Mesonero Romanos.**  
SECRETARIOS

**Antonio Gópez-Tello,**  
CONTADOR

**José Alonso Badrique,**  
TESORERO

**Antonio Vela,**  
BIBLIOTECARIO

**Guis García Sampedro,**  
PRESIDENTE  
DE LA SECCIÓN DE PINTURA

**Tomás Bretón,**  
PRESIDENTE  
DE LA SECCIÓN DE MÚSICA

**Francisco Rodríguez Marín,**  
PRESIDENTE  
DE LA SECCIÓN DE LITERATURA

**Carlos Verger,**  
PRESIDENTE  
DE LA SECCIÓN DE GRABADO

**Santiago Castellanos,**  
PRESIDENTE  
DE LA SECCIÓN DE ARQUITECTURA

**Cipriano Folgueras,**  
PRESIDENTE  
DE LA SECCIÓN DE ESCULTURA

**Emilio Sala,**  
DIRECTOR DE ESTUDIOS

**Enrique Amaré,**  
PRESIDENTE  
DE LA SECCIÓN DE ARTE DECORATIVO

**Ignacio Reol.**

**Fernando Alberti.**

**Antonio Sáenz de Jubera. Carlos Muñiz.**

VOCALES





D. RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

EL SEÑOR ROMANOS  
 autor de la novela y periodista del progreso de  
 Madrid. Académico de la Real Academia de  
 las Ciencias de la Lengua. Falleció en  
 Madrid el 17 de Julio de 1880.

## EL 2 DE MAYO DE 1808

FRAGMENTO

Todo el mundo sabe cómo y en qué proporciones tan inmensas estalló aquel movimiento en la mañana del siguiente día 2, y la Historia lo ha reproducido hasta en sus más mínimos detalles. Especialmente el conde de Toreno, testigo presencial y activo en aquella heroica jornada, la pinta con sentida animación, y la lira del poeta y del músico la han ensalzado hasta convertirla en el poema é himno verdaderamente nacional.

Por mi parte, pobre criatura de cinco años escasos (los cumplí el día 19 de Julio de aquel año, tan célebre por la gloriosa jornada de Bailén, como nacido que era en igual fecha de 1803), sólo habré de limitarme á consignar la fiel pintura

del interior de mi casa y familia en tan tremendas horas, lo que, á falta de importancia general, habrá de ofrecer al menos algún interés relativo por su veracidad y su colorido. Y para trazarla en sus términos propios, vuelvo, pues, á abrazarme con el faldellín y la chichonera, y... ¡ojalá me la hubieran puesto aquella mañana!

Las diez poco más ó menos serían de ella cuando se dejó sentir en la modesta calle del Olivo la agitación popular y el paso de los grupos de paisanos armados, que con voces atronadoras decían: ¡Vecinos, armarse! ¡Viva Fernando VIII! ¡Mueran los franceses! Toda la gente de casa corrió presurosa á los balcones, y yo, con tan mala suerte, que al querer franquear el dintel con mis piernecillas, fuí á estrellarme la frente en los hierros de la barandilla, causándome una terrible herida, que me privó de sentido y me inundó en sangre toda la cara. Mis padres y hermanitos, acudiendo presurosos al peligro más inmediato, me arrancaron del balcón, me rociaron, que supongo, con agua y vinagre (árnica de aquellos tiempos), me cubrieron con yesca y una pieza de dos cuartos la herida y me colocaron en un canapé, á donde volví en mí entre ayes y quejidos lastimeros. Este episodio distrajo á todos por el momento de la agitación exterior; pero arreciando el tumulto y escuchándose más ó menos cercanos algunos disparos, hubieron de decidirse á cerrar los balcones, reforzando el cierre con los gruesos barrotes ó trancas, que entonces eran de general uso en todos ellos, en gracia sin duda de la seguridad personal que ofrecía aquella sociedad. Mi madre, sin desatender el cuidado del herido, acudió presurosa á encender algunas velas delante de una imagen del Niño Jesús, que encerrada en una urna de cristal campeaba sobre la cómoda, por bajo del *tremor* ó espejo, y sacando luego su rosario, se puso á rezar con fervor. Mi padre fué, sin conseguirlo, á detener al amanuense (Bujeros), que se empeñaba en ir á la calle á ver lo que pasaba; y el americano Campos y su sobrino el guardia Montenegro también se marcharon, porque—decía éste último—á la menor señal de tumulto tenían orden expresa de encerrarse en su cuartel.

Pocos momentos después de haber salido de casa, se presentó en ella muy azorado otro individuo del Cuerpo, que por lo que pude entender se llamaba *Butrón*, y no sé si sería el mismo que después figuró en la guerra con el grado de general; pero éste, no sólo venía á recoger á Montenegro, sino también á dejar su espada y alguna prenda de vestuario, para evitar, según decía, que los grupos de paisanos le obligasen á ponerse á su cabeza; pintando de paso lo formidable del alzamiento, con que dejó á mis padres en congoja extrema, é hizo á mi pobre madre reforzar con otro par de velas la imagen del Niño Jesús.

Pasaban las horas en tan crítica ansiedad, cuando vino á exacerbarla otro incidente aún más fatal, y fué el escucharse un tiro, disparado, al parecer, de la propia casa, á que contestaron otros varios desde fuera, dirigidos á los balcones de ella, algunas de cuyas balas se estrellaron en las fuertes maderas de cuarterones ó en los infinitos clavos de la puerta del portal, que había tenido cuidado de cerrar el zapatero remendón que hacía las veces de portero.

Aquí la consternación se hizo general, y creció de todo punto cuando á pocos momentos presentóse muy demudado el inquilino del cuarto tercero (D. Tadeo Sánchez Escandón), confesando que él había sido el que había disparado su escopeta contra un centinela ó piquete de franceses que estaba en la esquina de la calle del Carmen, y que sin duda éste era el motivo de que los aludidos hubiesen contestado con otros disparos á los balcones y fuertes culatazos á la puerta que, según después se supo, marcaron con las bayonetas con una X fatal.

En medio de la angustia general y de las recriminaciones hechas al

causante inadvertido de este desmán, hubo que atender por el pronto á su evasión, que verificó por una buhardilla ó desván interior de la casa, en que mi madre tenía su bien provista dispensa, con lo cual quedaron algún tanto apaciguados los ánimos, si bien con el recelo que es de suponer.

Bien entrada la tarde, aparecieron patrullas de caballería, á cuyo frente iban las autoridades civiles y militares, varios consejeros de Castilla y hasta los ministros Urquijo, Azanza y otros, que, enarbolando pañuelos blancos, decían: «Vecinos, paz, paz, que todo está compuesto»; cuyas voces parecían derramar unas gotas de bálsamo sobre los angustiados corazones; pero acabada de cerrar la noche, comenzaron á oírse de nuevo descargas más ó menos lejanas y nutridas, que parecían (y éranlo en efecto) producidas por los franceses, que inmolaban á los infelices paisanos á quienes suponían haber cogido con las armas en la mano. Estos cruentos sacrificios se verificaban simultáneamente en el patio del Buen Suceso, en el Prado á la subida del Retiro, y delante de las tapias del convento de Jesús, en la Montaña del Príncipe Pío y en otros varios sitios de la población.

Á todo esto, mi madre redoblaba sus rosarios y letanías; mi padre se paseaba agitadísimo, y los chicos, y yo especialmente, por el dolor de mi herida, llorábamos y gemíamos, faltos de alimento, que nadie se cuidaba de prepararnos, y de sueño, que no podíamos de modo alguno conciliar. Y las descargas cerradas de fusilería continuaban en diversas direcciones, lo que, supuesta la falta de resistencia y la sujeción del pueblo, daba lugar á presumir que los inhumanos franceses se habían propuesto exterminar á Madrid entero. Y era, según se dijo después, que el sanguinario Murat, aplicando en esta ocasión el procedimiento seguido por su cuñado Bonaparte en las célebres jornadas del Vendimiario, había dispuesto que en las plazas y calles principales, así céntricas como extremas, continuase durante toda la noche aquel horrible fuego, aunque sin dirección y con el objeto de sobrecojer y aterrorizar más y más al vecindario. ¡Qué noche, Santo Dios! Setenta años se cumplen cuando escribo estas líneas, y siglos enteros no bastarían á borrarla jamás de mi memoria.

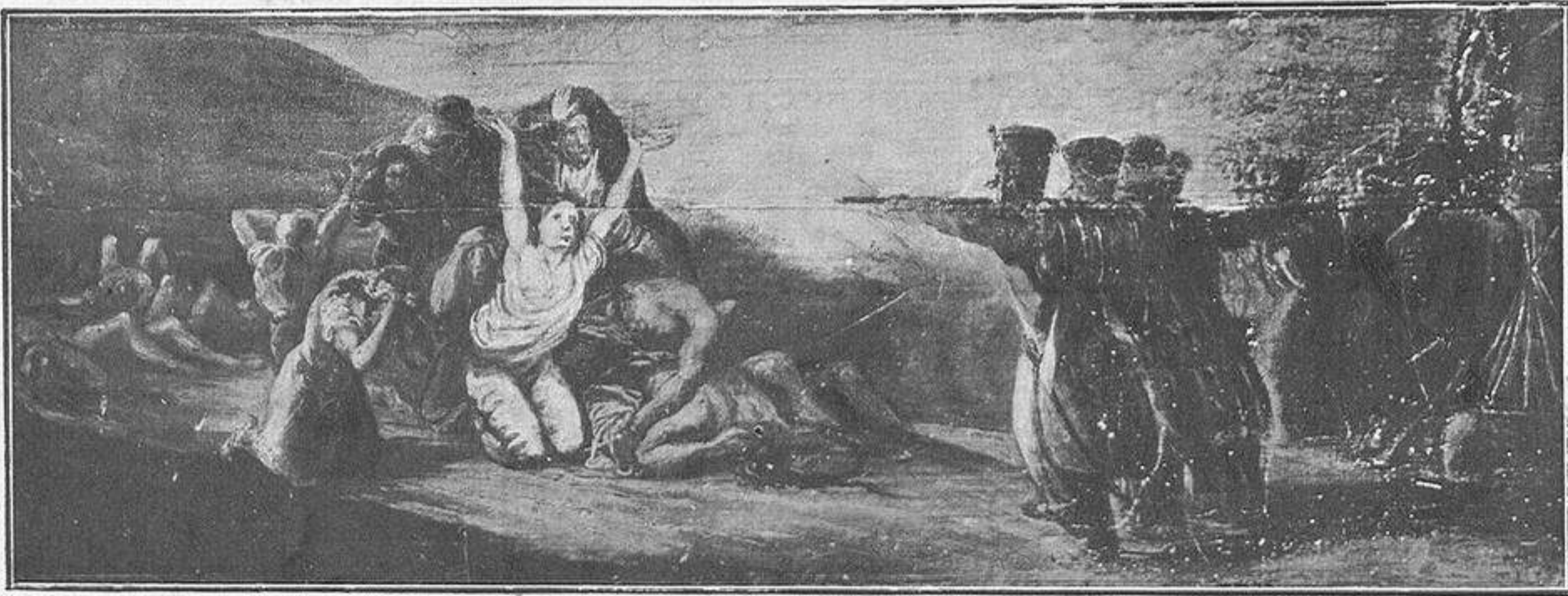
Muy entrada ya la mañana del siguiente día 3, apareció en casa el amanuense, á quien ya todos creíamos en el otro mundo, contando los incidentes del trágico drama del día anterior, y de que Dios se había dignado libértarle. Hablaba atropelladamente y como fuera de sí de las varias espantosas escenas de que decía haber sido testigo en la plaza de Palacio, donde, como es sabido, empezó el alzamiento del pueblo, cortando los tiros de los coches en que iban á ser trasladados los Infantes á Francia y acometiendo con insano furor á la escolta de caballería francesa; hablaba de haber visto más tarde, en la Puerta del Sol, la desesperada y casi salvaje lucha de la manolería con la odiada y repugnante tropa de los *mamelukos* franceses, á quienes apellidaban *los moros* por su traje oriental; decía haber visto meterse á las mujeres por bajo de los caballos para hundir en sus tripas las navajas y encaramarse á los hombres á la grupa de los mismos para hacer á los jinetes el propio agasajo. Referíase también á la más seria y enconada lucha del Parque de Monteleón y á las horribles venganzas del francés en revancha de la resistencia de aquellos héroes. De todo esto, que narraba *Bujeros* con su natural verbosidad, había, según mi padre, que rebajar no poco, haciéndole, sin embargo, las concesiones que reclamaba su natural andaluz; pero yo creo más bien que en la ocasión presente se quedó muy por bajo de la realidad.

Poco después llegó á casa el americano Campos, que había pasado la noche y gran parte del día encerrado en el cuartel de Guardias de Corps; pero éste, en vez de calmar con su presencia y sus palabras la congoja de mis padres, la acreció sobremanera, trayendo en sus manos la horrible orden del día ó proclama de Joaquín Murat, que no se publicó hasta el día 4, es decir, después de haber recibido su bárbara ejecución.

Un grito de horror y de desesperación levantóse entonces en toda la familia, considerando la inminencia del peligro de ver asaltada la casa *donde se había hecho fuego*, y cuando no quemada, saqueada implacablemente y asesinados todos sus moradores; pero la ocasión no era sólo lamentable, sino angustiada y fatal por extremo, y siguiendo el parecer autorizado del americano Campos, no había más partido que tomar que decidirse á abandonarla, repartiéndose la familia en las casas de los amigos más allegados. Y no hubo más, sino que con el sobresalto y angustia que puede presumirse, verificóse este obligado abandono, yendo mi padre con parte de los niños á casa del Marqués del Castelar y tocándome á mí con mi angustiada madre ir á refugiarnos á casa de D. José Fernández y Garrida, que estaba casado con una hermana del futuro orador y presidente del Congreso, D. Alvaro Gómez Becerra; esta casa se hallaba y se halla situada en la pequeña plazuela de Trujillos, formando escuadra con la del Sr. D. Cándido Alejandro Palacio, Conde de Berlanga de Duero, mi actual y querido amigo, y en ella permanecimos no sé cuantos días, hasta que publicada, con fecha del día 6, la nueva y sarcástica proclama del procónsul Murat, en que ofrecía ciertas seguridades, pudimos regresar á nuestros abandonados hogares, reuniéndose en ellos toda la familia, aunque en el estado deplorable á que nos reducía nuestra triste situación.

Por lo que á mí toca, es natural suponer que me distraería pronto con mis hermanitos, de tan horribles sensaciones, y que sólo me preocupase algún tanto el dolor de la herida, que aún sentía en la frente; pero cuando, muchos años después, y ya hombre, contemplaba al espejo su profunda cicatriz, un sentimiento de orgullo se apoderaba de mí, exclamando como el Corregio: «*Anch'io son pittore*». — Yo también fuí una de las víctimas del Dos de Mayo.

(De las Memorias de un Setentón, 1880.)



LOS FUSILAMIENTOS DEL PRADO

Fragmento del cuadro «El Cristo del 2 de Mayo», existente en el convento de Jesús, de esta corte.



EL INFANTE D. FRANCISCO DE PAULA

Ramón de Mesonero Romanos









# DAOIZ



MONUMENTO ERIGIDO EN SEVILLA

si como en el hogar doméstico celebrase el recuerdo de faustos acontecimientos, así los pueblos que vienen á ser el conjunto de esos hogares, formando uno más intenso y grandioso, conmemoran aquellos sucesos que enriquecieron su historia, y acrecentaron su fama y gloriosos hechos, movidos de un sentimiento de justa y moral correspondencia que los lleva á tales manifestaciones nobilísimas de gratitud al sacrificio de sus antepasados, del noble orgullo de la solidaridad y deseo de que con el recuerdo se avive y encienda el amor hacia la patria, sin cuyo sentimiento decaen ó perecen los pueblos; porque ese sentimiento es en el hombre como flor llena de fragancia y perfume que precede al fruto, es la idea que luego se convierte en hecho, es la semilla que germina en el fecundo y ardiente seno del alma para darnos el sazonado grano, así midese la grandeza de los pueblos por el amor á su patria y á ese sentimiento débese el progreso, el poder y la riqueza; ese amor que es algo más que el que mueve al hombre *pro domo sua*, es el motor y combustible de la máquina social, á mayor motor mayor fuerza y velocidad, y es además el amor patrio signo de virilidad en los pueblos, que de pequeños conviértelos en grandes y poderosos.

Quando en momentos supremos en que pelagra la vida de una nación, y bulle en los espíritus el ansia noble y el anhelo generoso de salvarla, y despiértase y aviva el amor hacia su propio ser envuelto en el recuerdo del pasado, abrazado á la realidad del presente y ansioso de vida gloriosa en el porvenir, surgen efluvios de amor, mil recuerdos de afectos que avivan todo sentimiento generoso y va elaborándose ese estado moral de los pueblos en que sus individuos, enlazados íntimamente por análogos impulsos, fúndense como un solo ser, viven todos en uno y acreciéntase esa fuerza de cohesión social estrechada por lazos imposibles de desatar; entonces la semilla ha germinado, la planta creció lozana, la flor muéstrase embellecida de color, fragante y riquísima en aromas, tan sólo espérase que cuaje el sano y sabrosísimo fruto; cuando un pueblo fundido en ese santo y generoso amor pre-

siente el momento supremo, la explosión inmensa, la chispa que prenda en los materiales hacinados y produzca la llama que ilumine á todos, surge como númen de la masa común, como alma del pueblo, como síntesis suprema del sentir de todos, esos seres que convirtiendo la idea en hechos ofrecen su vida en el ara de la patria para transformarse en héroes y vivir siempre en la dilatada historia de los siglos; esos son los héroes, ese fué Daoiz: el *Dos de Mayo de 1808*.

\* \*

Continuaba España su historia bajo el cetro de Carlos IV, siguiendo laboriosamente el impulso progresivo iniciado por la casa de Borbón, y aun recogía y acrecentaba los frutos derramados en los florecientes reinados de Fernando VI y Carlos III, cuando una política interior perturbadora engendró y llevó los mayores desaciertos á la política exterior que traerían á la patria los más luctuosos días, poniendo en peligro la independencia nacional, y en suspenso la vida progresiva de la nación, cuyas consecuencias y desdichas tocamos en nuestros días. Harto amargos y tristísimos, y así como la política interior manifestábase en una serie de errores que comenzaron en los sucesos del Escorial, si antes no se amañaron en la cámara de Doña María Antonia de Nápoles, para terminar en los motines palaciegos de Aranjuez con la abdicación forzosa del bondadoso Carlos IV en el príncipe D. Fernando, la exterior desarrollóse en otra serie de intrigas, pactos afrentosos y transacciones humillantes con Francia, hasta quedar atada la nación á la voluntad caprichosa del Emperador, con todas aquellas enormidades que precedieron al levantamiento nacional, tales como la invasión injustificada de Portugal con el proyectado reparto del reino lusitano, que abrió incautamente las puertas al enemigo, el pretexto de ocupación de Cádiz por las fuerzas imperiales para combatir en Gibraltar á los ingleses, mermando antes el Emperador nuestro contingente militar, llevándose la mejor y más lucida parte de él á Dinamarca con el ilustre Marqués de la Romana, y á Portugal otro núcleo que sometió á la división de Junot, en la que pretendía lucir sus talentos militares el Marqués del Socorro, que tan triste y desastroso fin esperaba dentro de los muros gaditanos; todo esto unido al cautiverio de los reyes en Bayona, fué preparando el ánimo nacional y exaltado en la pasada campaña, gloriosa é impolítica, del Rosellón, contra Francia que pretendía avasallar al pueblo que dominó el mundo, de propia y robusta personalidad, celosísimo de su independencia, apegado á sus tradiciones, y amante siempre hasta el sacrificio de su religión y de sus reyes.

\* \*

Este fué el momento supremo y decisivo, el más grande y trascendental de nuestra historia, como decíamos en nuestra biografía de Daoiz; ó sucumbir á la fuerza, ó salvar una vez más la patria amenazada como nunca, mas ¿de qué manera y con qué elementos?, las naciones de Europa, sojuzgadas por Napoleón, mal podían venir en nuestro auxilio; la Gran Bretaña nos bloqueaba los puertos; la península ocupada militarmente; las plazas y fuertes tomados con engaño; el corto ejército en Dinamarca ó Portugal; la escuadra confinada en Brest; los reyes en tierra extraña cedían la corona al Emperador; la Junta Suprema de Madrid que asumía el poder en ausencia de los reyes, á merced de Murat que oprimía á Madrid con poderoso ejército, y la corta guarnición española encerrada en los cuarteles, ¿qué poder, á no ser sobrehumano, podía luchar contra tantos elementos, ni romper las ligaduras con que el pueblo vió lentamente oprimido por la astucia de Bonaparte y los desaciertos de sus gobernantes?

\* \*

La indignación engendrada por tanto engaño y felonía rebotaba de los corazones españoles; el amor á sus reyes cautivos y á la religión atropellada por los soldados de la revolución francesa enardecía los ánimos; el orgullo de raza superior y dominadora despertaba herido por el desdén, trocando la confianza en odio, la amistad en rencoroso desamor, la cortesía en áspero desvío y el deseo de estrechar la mano al que vendíase por amigo y aliado en vehemente impulso de guerrear; el pueblo español, sin distinción de clases ni estados, sentía estos impulsos como un solo hombre, impelidos todos de unos mismos sentimientos, análogos ideales y santa indignación: el viejo hidalgo, luego que comprendió el engaño, irguióse noblemente, sintió en su generoso pecho los alientos de antaño, acordóse que había conquistado el mundo, y mirando con desdén de vencedor las poderosas huestes del capitán del siglo y las glorias del heroico pueblo francés, aprestóse á rechazar los invasores con las armas del heroísmo y la constancia española. ¡Quien vence á un pueblo que siente y pelea como un solo hombre, y cada hombre lleva la patria en su pecho ansioso de morir por ella! Así los ánimos, solamente faltaba la ocasión y el hombre que convirtiera en hecho la idea y acometiera la loca empresa saltando por las órdenes de toda autoridad y aun las de sus mismos reyes; la ocasión ofrecióse en Madrid al llevarse Murat las últimas personas reales; el día, el *Dos de Mayo de 1808*; el hombre insigne y heroico, el capitán de Artillería D. Luis Daoiz.

Nació en Sevilla en 1767, ciudad insigne á la que más debió España su independencia, patria también del ilustre Saavedra, presidente de la *Suprema Junta*, que entre todas las del reino hizo acreedora á la gratitud pública por sus servicios maravillosos á la patria, entre ellos la gloriosa batalla de Bailén, á ella debida, acontecimiento el más grande, glorioso y transcendental de cuantos tuvieron lugar durante aquella gloriosa epopeya, y en Sevilla también nació el valeroso é inolvidable general Cruz Mourgeón, su reconquistador en 1812; educóse Daoiz en el colegio sevillano de San Hermenegildo; en 1872 ingresó en el Real Colegio de Artillería; terminada su carrera hallóse en la defensa de Ceuta y luego en la de Orán; en 1794 hizo la campaña del Rosellón contra la República francesa, cayendo prisionero y conducido al depósito de Tolosa; á su regreso hallóse en el ataque de los ingleses contra Cádiz, en 1797, donde fué rechazado Nelson, combatiendo Daoiz en una lancha cañonera contra el navío inglés *Poderoso* muy bizarramente, presenciando las proezas y muerte gloriosa de los tenientes de navío D. Miguel Irigoyen, D. Pedro Ferriz y D. Juan Cavaleri; continuó la campaña de mar contra Inglaterra, agregado al navío *San Ildefonso*, ascendiendo á capitán, y en 1808 pasó á Madrid, aposentándose en la calle de la Ternera número 12, encomendándose á su servicio la tropa que hacía el servicio en la plaza y el detall del arma de Artillería.

El día *Dos de Mayo* fué la aurora de nuestra Independencia; día glorioso en que Madrid rompió las cadenas que oprimían la patria, mostrándose como un solo hombre, grande y heroico; mas en el *Parque de Monteleón* tuvo lugar el gran drama de aquellos sucesos inolvidables en que unos cuantos oficiales, algunos soldados y unos ochenta paisanos, unidos en santo amor á su patria, desafiaron, combatieron y rechazaron repetidas veces, en lucha titánica, cuerpo á cuerpo, las numerosas, aguerridas y valerosas huestes de Murat ¡á los vencedores de Europa! Entre aquellos grandes hombres, cuyos nombres jamás deben borrarse de nuestra mente, sobresalió Daoiz, porque jefe del Parque, de su decisión pendía la de los demás, y harto comprendió en la lucha de su espíritu, que precedió al acto sublime de romper la orden del gobierno que le exigía dejar indefensa la patria ultrajada, todo el alcance de su heroísmo; luchó entre la obediencia á la ordenanza y la libertad de su patria por la que decidió sacrificarse; ¡sublime lucha y excepcional y santa rebeldía! Daoiz fué en aquel momento el alma de España, la síntesis suprema del sentimiento nacional, la patria toda aposentada en su inmenso corazón, el resumen de nuestras glorias pasadas, de nuestro poderío inmenso y de nuestras legendarias hazañas, y al declarar la guerra á Bonaparte desde el *Parque de Monteleón*, rompía las cadenas de la esclavitud en que gemía Europa con la abnegación española de siempre, y al recibir la muerte gloriosa escribió con su sangre el prólogo de nuestra guerra de la Independencia; ¡sublime prólogo de tan grande epopeya que anunciaba el total vencimiento del coloso del siglo en las asperezas del Bruch, en los benditos campos de Bailén y ante los muros venerandos de Zaragoza y Gerona!

Manuel Gomez Izquierdo

| Empezó á servir                   |           |       | Los Empleos que tuvo. |                                       |   | Los ha servido. |        |       |
|-----------------------------------|-----------|-------|-----------------------|---------------------------------------|---|-----------------|--------|-------|
| Días                              | Meses     | Años. |                       |                                       |   | Años.           | Meses. | Días. |
| 19.                               | Febrero   | 1782  | De tabalero           | tabalero en el batallón de Artillería | 4 | 10              | 25     |       |
| 2.                                | Junio     | 1787  | De sargento           | de sargento de 1.ª clase              | 3 | 1               | 8      |       |
| 5.                                | Oct.      | 1792  | Almoxarife            | de Almoxarife de 1.ª clase            | 2 | 11              | 14     |       |
| 4.                                | Noviembre | 1801  | De sargento           | de sargento de 1.ª clase              | 2 | 4               | 3      |       |
| 7.                                | Julio     | 1802  | De capitán            | de capitán de 1.ª clase               | 2 | 1               | 23     |       |
| Total hasta fin de Agosto de 1808 |           |       |                       |                                       |   | 22              | 6      | 13    |

Exercicios y Cuerpos donde ha servido.

En la de Artillería de la Plaza de S. Pedro en el año de 1782 en la de S. Pedro en el año de 1787 en el de S. Pedro en el año de 1792 en el de S. Pedro en el año de 1801 en el de S. Pedro en el año de 1802 en el de S. Pedro en el año de 1808

Funciones en que justifica haberse hallado.

En la defensa de la Plaza de S. Pedro en el año de 1808 en la de S. Pedro en el año de 1808 en el de S. Pedro en el año de 1808 en el de S. Pedro en el año de 1808

Informe de servicios de Daoiz

Condición: Buena

Valor: acreditado

Capacidad: conocida

Aplicación: grande

Teórica: ha leído de Matemáticas

Práctica: no tiene

Inteligencia: la regular

En Tropa: la regular

Disposición Personal: según ley

Salud: Buena

Calidad: Noble y valeroso

Edad: 34 años

Patria: Sevilla

Estado: Soltero.

Es a propósito p.º campaña y p.º que los que se comisionan a servir

Considero muy digno de ser nombrado

Manuel Gomez Izquierdo





## El capitán D. Pedro Velarde de Santiyán.

ás de una vez, contemplando la recia silueta de los almenados torreones, dejando vagar el espíritu por los espacios llenos de rumores y de recuerdos castizos y estimulantes, he pensado en la formación del alma militar de aquel manco barbilindo que allá por los años de 1793, cuando los ecos del cataclismo social realizado en Francia habían remontado los Pirineos, se trasplantó desde su risueño Valle de Camargo, en la Montaña, al Alcázar segoviano.

De todos los elementos que integraban entonces el Estado militar de España, era el Cuerpo de Artillería el de mayor vigor y homogeneidad, porque aprovechando su tradición y poniendo por similares a los hombres que más enaltecían su nombre, los Gazola, los Morla, los Dátoli, D. Vicente de los Ríos..., supo echar en 1764, luego de la desencadenada campaña contra Portugal, los cimientos para una era de progreso científico, uniforme y de gloria militar sólida y perdurable.

Tomando de la entraña social el sentimiento religioso y la austeridad característica de nuestras clases medias acomodadas, bajo las bóvedas y entre los muros del viejo Alcázar, supo el Cuerpo asimilarse a la vez las novedades técnicas de allende. De suerte que, si el Padre jesuita Eximeno inyectaba en las venas de la mocedad los elementos necesarios para sustentar el alma con la fe; si Giannini, y más tarde Dátoli, iniciaban sus cerebros en los principios de la matemática pura, en tanto que el discretísimo D. Vicente de los Ríos les presentaba con las galas de su sana erudición literaria el abolengo artillero representado por los Álava, los Céspedes, los Collado, los Fernández de Medrano, los Jirrufino y los Lechuga, maestros de ciencia militar cuando el habla castellana lucía en el mundo todo con el brillo de los aceros empuñados por soldados inmortales; si la sangre de los cadetes barbiponientes tomaba el glóbulo de nuestro bizarrear legendario, Morla y con Morla, Dátoli, Maturana y otros ingenios sazonados del Cuerpo traían de Europa en provechosos viajes estimulados por el Príncipe de la Paz nuevos procedimientos de fundición, fórmulas químicas novísimas que mejoraron nuestras fábricas de pólvoras y de armas, reformas que aligeraron el transporte y manejo de nuestros cañones, sobrepasando acaso á Griveanval, amén de la doctrina militar salida de la revolución, y que por modo tan majestuoso iba ensanchándose desde sus orillas del Pó á las del Jun y desde el padre Rhin al Danubio, á través de los arsenales brandenburgueses y de los pantanos polacos por la pléyade de hombres que rodearon al joven caudillo corso.

La vida escolar en el Alcázar ofrecía todos los encantos de la niñez con los arrebatos gentiles del valor primerizo y ciego. Aquellos muchachos de espíritu sano se educaban por procedimientos físicos, robustos, para ingerir en el caballo el hombre de mundo y de guerra. Y á eso tiran, lo mismo el reglamento provisional del Conde de Gazola que el dado después en los días en que el Generalísimo puso mano cuidadosa, diligente y eficaz en bien del Cuerpo.

Enjundia científica, tal vez desproporcionada á la militar; baile, equitación, manejo de armas...

Mas á juzgar por cierto documento que tengo á la vista, y no obstante la vigilancia que el Profesorado (1) ejercía sobre la higiene y el aseo de los caballeros cadetes, alguna vez debieron franquear los fosos de la fortaleza innumerables enemigos del cuerpo humano, heraldos de la suciedad y de sus derivados...

El propio D. Tomás de Morla, decía al Conde de Gazola, Director del Cuerpo:

"Muy Sor mío y mi venerdo Gefé: La Subta de la Compa de Cavs Cadets qe V. E. me dice haverseme conferido, me es de mucha satisfacñ; y siendo deudor de su logro á V. E. le doy por ello las más rendidas gracias: ofreciendole en prueba de mi fino agradecimto (por tantas partes devido á V. E.) la más viva aplicacion y esmero, en dar cumplimiento á mi nuebo encargo, y á todos aquellos en que V. E. se digne emplearme.

Mucho tiempo ha, que se dieron en el Real Alcázar las disposiciones convenientes, para que los Ayudas de Cámara, limpiasen las cavezas á los Cadtes: pero

(1) El Profesorado vivía y dormía en el Alcázar cuando estaba de servicio, para velar por los internados Cadetes. Bien sería decir, que tan necesaria costumbre no acomodaba mucho á los honorables maestros, que más de una vez intentaron zafarse de ella.

por omision de unos y otros, no se observaban hasta que el Capitán lo llegó á entender, refiriendole D<sup>n</sup> Sebastian Creah lo que V. E. me dice: en su resulta ha dado las más estrechas ordenes para que se peinassen diariamte todos los Cadetes con peine espeso: estoy cierto de su execucion y observancia, y aunque aun algunos no se han limpiado enteramte lo procuraré con toda eficacia luego que haga allí el servicio; é igualmente zelaré en lo venidero este particular....."

¡Ya es sospechoso eso del peine espeso empleado sin contemplaciones y á diario! ¿Cuál sería el informe de Creah?

\*\*

Después de tomar parte con lucimiento en la guerra de Portugal, guerra de las naranjas, cual se conoce por zumba y odio, Velarde desempeñó el Profesorado en el Real Colegio de Segovia. Era esto por los años de 1804, hasta el otoño de 1806, en que vino á ocupar la Secretaría de la Junta Superior económica afecta al Estado Mayor del Cuerpo.

Con base profesional suficiente y en edad ya en que el cerebro puede abrazar el conjunto de una guerra, debió Velarde en este tiempo seguir con atención las admirables campañas de Napoleón, Emperador y Rey, en las márgenes del Danubio y en Moravia, en los del Saal y el Elba, desde Ulm á Léna.

La aureola de aquel genio de la guerra, del Soberano y del Administrador que había dado á Francia orden, riqueza y gloria, ofuscó al joven artillero, á la manera que fascinó á los militares todos del mundo que sentían en su pecho vibrar el verdadero espíritu guerrero. Porque Napoleón se destacaba con la altura de Annibal, la grandeza de Alejandro y la madurez maravillosa de César.

La gloriosa carrera del Gran Capitán de la Humanidad, sus geniales dotes y su poder avasallador, hacían también engendrar ilusiones en el alma de aquellos buenos españoles que esperaban de nuestra alianza con Francia grandes y positivos bienes, para esta pobre Nación atascada ya en el pantano de sus desventuras, y para el Ejército, devorado por el pandillaje en las alturas y por la ignorancia y el personalismo abajo, falto de la doctrina y de los medios que brotaban y se perfeccionaban en el otro lado del Pirineo bajo la potente mano del Conquistador moderno.

Pero el esplendor de la gloria napoleónica y las nobles ambiciones patrióticas de Velarde, no fueron parte á cegarle en lo que á los torcidos propósitos del Emperador para con España y sus Reyes se referían. La lucha iniciada en su espíritu, entre el amor del genio y el patriota, entre el hombre de la nueva era y el apasionado de la honra de su país, entre el pensador y el soldado, rompió en el sentido que había que esperar habida cuenta del temperamento equilibrado de Velarde, del temple de su corazón, de los sentimientos que le inculcaron en el Alcázar, del ambiente secular reciamente español, en fin, que había ido formando su sangre desde la humilde villa de Muriedas á la torreada y señorial Segovia. El aliento y las facultades de hombre y de profesional como Velarde, debieron llamar la atención de Murat, quien trató luego de atraérselo á su amistad, desde el punto en que se avistó con él en Buitrago, distinguiéndole y agasajándole sobremanera. Las dudas que el joven Capitán de artillería sentía, tocante á las intenciones del Emperador Napoleón, le mantuvieron alejado de la amistad del Gran Duque de Berg, acentuándose su retraimiento á compás que se embrollaban en Madrid y en Bayona las tristes pasaban Reyes y vasallos.

Sagaz y previsor Velarde, y en condiciones, por razón de su cargo, de poder acudir con algún remedio militar á tanta lealtad, propuso á D. Gonzalo O'Farril, Ministro de la Guerra, General de talento pero afecto á Napoleón, que las tropas de la guarnición de Madrid se distit u, esen en términos que escaparan á las mallas de la red tendida por Murat.

Sus avances para con O'Farril fueron estériles; en la mente del patriota, necesariamente, acelerada damente, tenían que amontonarse los presentimientos más sombríos.

El día DOS DE MAYO Velarde ocupaba su mesa en la oficina de que era Secretario, frente á la del Comandante de artillería Navarro Falcón. Algún concierto, aun cuando no alcanzara términos de consigna, debería intentarse por los hombres leales, que veían cómo se anudaba al cuello de España el dogal del tirano... Sonaba el rencor popular en la calle Ancha de San Bernardo, donde estaba instalada la Junta á que pertenecía Velarde; la exaltación de sus temores y de sus ansias, se graduaba por instantes...

— Mi Comandante, es preciso batirnos..., iremos á batirnos..., es preciso morir...

Y al repetir sus palabras saludables, sonaron unos tiros en la calle, disparados por el pueblo, que acudía hacia el cuartel inmediato, donde estaba el regimiento de Infantería de Voluntarios del Estado, y en dirección al Parque de Montealeón, también cercano, como se sabe.

Velarde se lanzó á la calle, y dejó la acción á su alma castizamente española...

Fué él, acaso, el más resuelto y el que decidió con su arranque la pelea inmortal.

Sin duda, en aquellos instantes debió agolparse á borbotones en su corazón la sangre roja, que recibió en Segovia entre casas muradas, fortalezas, torres, iglesias, tradiciones... ¡Así procedió aquel mozo despejado y sesudo, soldado y patriota, que, á un tiempo mismo, quiso con su vida lavar las afrentas que la Nación había recibido del Titán corso, empujando á nuestro país por la única senda que podía salvarle y purificarle: la resistencia viril á los planes de Napoleón!



MONUMENTO ERIGIDO Á VELARDE EN SANTANDER

| Real Cuerpo de Artillería.   |           | Departamento de Segovia... |  |
|--|-----------|----------------------------|--|
| Don Pedro Velarde Santiyán. Capitan 2.º  |           |                            |  |
| Sus servicios y circunstancias, las que abaxo se expresan, y ha justificado con Patentes, Certificaciones y otros Instrumentos.  |           |                            |  |
| Empezó á servir.   |           | Los ha servido.            |  |
| Dia  | Mes       | Año                        | Los ha servido.  |
| 16   | Diciembre | 1793                       | Entró en la Compañía de Cadetes de Segovia               |
| 27   | Enero     | 1794                       | Asignado á la segunda Compañía                           |
| 11   | Enero     | 1799                       | Substituto en el 3.º y 5.º Batallón                      |
| 12   | Julio     | 1802                       | Intendente del 2.º Regimiento                            |
| 6  | Agosto    | 1804                       | Capitan 2.º del 3.º Regimiento                           |
| 1.º  | Agosto    | 1806                       | Capitan de la Artillería de Cadetes para el 1.º Batallón |
| 2.º  | Agosto    | 1806                       | Substituto de la Junta Superior                          |
| Total hasta fin de Diciembre de 1806   |           | 53                         | 2.º 11   |
| Ejercicios y Cuerpos donde ha servido.   |           |                            |  |
| En el Cuartel de Cadetes la Artillería, en el Batallón de Cadetes, en la 1.ª Compañía y en la 2.ª Compañía de Cadetes de Segovia en 1804, en el Regimiento de Segovia. |           |                            |  |
| Siempre en el mismo Cuerpo.  |           |                            |  |
| Funciones en que justifica haberse hallado.  |           |                            |  |
| Firma justificada  |           | Firma del Comandante       |  |

En 2 de Mayo de 1808 me hallé en Madrid glorioso defendiendo la libertad de España.

INFORMES

|                           |                              |
|---------------------------|------------------------------|
| Conducta Buena            | Disposicion personal buena   |
| Valor no experimentado    | Salud buena                  |
| Capacidad en tiro         | Calidad ha sido con cast.    |
| Aplicacion de tiro        | Edad 27 años de edad de edad |
| Teórica ha aplicado cast. | Patria. Udo de Camargo 1802  |
| Práctica algunas          | Estado Salud                 |
| Inteligencia en Tropa     | Es apropiado tiene la        |

mejores disposiciones y desempeño en las comisiones del cuerpo

Firma: Miguel Pavón

Firma: José Platero





**Regimiento de Infantería de Voluntarios de Estado.**

El Teniente Jacinto Ruiz su edad 23 años, su País León su calidad Noble su salud Buena sus servicios y circunstancias los que expresa.

Tiempo en que empezó a servir los empleos. || Tiempo que ha que sirve, y quanto en cada empleo.

| Empleos.  | [Días.] [Meses.] años.       |  |      | Empleos.  | [Días.] [Meses.] años. |    |    |
|---|------------------------------|--|------|---|------------------------|----|----|
| Cacete  | 17                           | 17                                     | 1735 | De Cadete   | 4                      | 10 | 23 |
| Subteniente   | 10                           | 7                                      | 1800 | De 2º Subteniente   | 6                      | 1  | 11 |
| Subteniente de Guad   | 21                           | En                                     | 1801 | De Sub de Guad  | 6                      | 1  | 24 |
| Teniente  | 12                           | 12                                     | 1807 | De Teniente   | 1                      | 3  | 18 |
| Total hasta fin de Diciembre 1807. ----- 12   4   13  |                              |  |      |   |                        |    |    |
| Regimientos donde ha servido.   |                              |  |      |   |                        |    |    |
| <u>En el Reg. de León, y en el de Guad</u>  |                              |  |      |   |                        |    |    |
| Campanías y acciones de Guerra en que se ha hallado.  |                              |  |      |   |                        |    |    |
| <p>El Sr. D. Pedro Lopez Hermoso Comandante Mayor del expresado Reg. de León que es Comandante de la Com. de Campaña de León en el día 10 de Mayo de 1807</p> <p>Certifico: Que la copia de los servicios que ancede en copia de la original que se expone en la Oficina del Sr. Comandante Mayor que contra lo firmado en Madrid</p> |                              |  |      |   |                        |    |    |
| Informe del Inspector.  |                              |  |      | Notas del Coronel.  |                        |    |    |
| <u>Se ve bien su empleo</u>   |                              |  |      | Valor de persona<br>Aplicacion buena<br>Capacidad buena<br>Conducir buena<br>Estado bueno<br>Es muy buen Oficial<br>Com. Palang |                        |    |    |
| Licencias temporales que ha usado.  |                              |  |      |   |                        |    |    |
| Destino en que se hallaba el Regimiento.  | Idem en el que fué á usarla. | Tiempo en que hizo uso de esta         |      | Meses porque se le concedió.  |                        |    |    |
|   |                              | Día                                    | Mes  | Año.  |                        |    |    |
|   |                              | A treinta y cinco de Diciembre de 1807 |      | Deobediencia  |                        |    |    |
|   |                              | Yo el Sr. Com. Mayor                   |      | Com. Palang   |                        |    |    |

HOJA DE SERVICIOS DEL TENIENTE RUIZ

# EL TENIENTE RUIZ

No siempre pueden honrarse en bronce los actos de indisciplina militar. El héroe indisciplinado tiene más mérito, mucho más, que aquel que lleve acaso una acción heroica dentro de la pauta que le señala el cumplimiento del deber.

Entre Anníbal y Hernán Cortés, dentro de las semejanzas de la campaña de uno y de otro, para mí es más grande la figura de Hernán Cortés, porque operó sin ese apoyo moral y material que es la obediencia frente al mandato.

El acto de desobediencia llevado á cabo por el teniente Ruíz, acudiendo al parque de Monteleón para ayudar á sus compañeros de armas Daoíz y Velarde, es un acto doblemente heroico, porque al heroísmo de la acción lleva unido el heroísmo de la desobediencia. Un hecho heroico, es un hecho de abnegación que sobrepasa los comunes límites de la naturaleza hu-

mana. Para un militar, para todo buen soldado de la obediencia absoluta, hizo una segunda naturaleza que en todas las circunstancias hablase por él de un modo tan imperioso como sus nervios y su sangre. Sustraerse á esta acción para un buen soldado, ya equivale á un esfuerzo sobrenatural. Que el teniente Ruíz era un buen soldado, lo probó sucumbiendo heroicamente con las armas en la mano. ¿Qué esfuerzo tan colosal no necesitaría hacer su voluntad para romper con la obediencia y morir como soldado?

Sólo sabe vivir, decía Ruskin, aquel que sabe cuando debe morir. Estos primeros héroes de aquella gloriosa epopeya de independencia supieron acertar á desobedecer y morir, y á la vista de su sangre derramada conmovieron á la Nación entera para que siguiera su ejemplo.

En ocasiones, es una virtud desobedecer y morir, y en aquellas ocasiones supremas la

obediencia, escudando la pequeña moral, puede ser un delito. La historia es inexorable al juzgar los hechos y nos enseña que la obediencia por sí sola no lleva en todos los trances vinculada la virtud, y que en horas supremas y que la historia ha de juzgar siempre, será preferible morir desobediente que salvarse obedeciendo.

¡Oh! manes del teniente Ruíz y qué poco cundió tu ejemplo en días pasados, y en sucesos también memorables que hubieran servido de ejemplaridad á la Nación entera... Vives en los bronce, en el mármol, en el escalafón y en la memoria de los buenos soldados. Pero todo esto, son cosas inanimadas y frías donde tu semilla no puede fructificar: ¡Ojalá anides pronto, y para otras horas memorables, en los corazones ardientes!

Ricardo Barquero



# Los héroes del pueblo que con el Ejército defendieron el Parque.

**B**IEN conocida es la situación de España cuando en los comienzos del pasado siglo se alzó con suprema energía el sentimiento patrio, adormecido en épocas tristes y de lamentable flaqueza. Creyó fácil Napoleón señorear un país que su desmedida soberbia juzgaba incapaz de resistir á las invencibles huestes imperiales, y con pretextos que malamente ocultaban sus intentos de dominación, aventuróse en la empresa de agregar la península ibérica á los territorios inmensos que acataban su desmesurada soberanía. En España introdujo sus tropas despreciando los riesgos de una conquista, que por su índole y significación, en modo alguno podía compararse con las de los pueblos más poderosos del continente europeo, que al imperio de sus victoriosas águilas se habían brevemente sometido.

Recelosa nuestra nación, exacerbados los ánimos en las comarcas donde el orgullo del soldado francés, la altanería de sus jefes, la violencia y el desafuero se manifestaban sin el menor reparo, como si se provocara la exaltación del más vehemente y el desagrado del más sufrido, extendiéndose por España entera el odio al ocupante del territorio, y la antipatía al huésped opresor, con intensidad viva en los lugares asentados sobre la línea de ocupación de los soldados imperiales, más débiles y suaves en los pueblos apartados, donde por ser la comunicación escasa no se sentían tan directamente las vejaciones á que sometía á los españoles el ejército francés. Y porque la situación fuera más precaria, en manos de las tropas bonapartistas estaban las plazas y lugares fortificados más importantes, y la capita, misma de la nación, que alojaba numeroso cuerpo de tropas acudillado por un guerrero, en quien se aparejaban las glorias de campañas recientes, con íntimos lazos de familia que le unían al gran conquistador.

Irradiando de Madrid el recelo y la inquietud juntos con el más sublime patriotismo, apercibíanse los exaltados corazones para resistir la arrogancia francesa, que de una manera bien expresiva manifestaba ya sus propósitos de anular la independencia española. Al modo de regueros de pólvora partían del centro de España en todas direcciones sentimientos airados, que la actitud de Bonaparte y de sus tropas excitaban: faltaba la chispa que en la cargada mina produjera con estrépito explosión formidable, y esa chispa fué lanzada el Dos de Mayo de 1808 por el pueblo de Madrid.

Veinticinco mil soldados victoriosos en el Po, en el Rhin, en el Danubio, en el Saale y en el Elba apretaban con férrea cadena á la capital de España, y, para que todavía su acción fuera más eficaz y decisiva, habían obtenido de nuestra Junta Suprema que la mermada guarnición nacional, que no llegaba quizá á 3.000 soldados, se encerrase dentro de los cuarteles, y que las autoridades ordenaran en las primeras horas de la mañana del día 2 de Mayo, que las fuerzas y elementos militares españoles se apartasen de todo movimiento que el nobilísimo pueblo intentara; llegando la previsión á tal punto, que en el mismo parque y museo de Artillería, se colocó un presidio francés bastante fuerte para contener cualquier agresión popular.

En tales condiciones, ni al espíritu más audaz debía ocurrirle la idea de hacer frente al poderoso ejército de Napoleón; ¿quién era capaz de suponer que un pueblo inerme, sin preparación, sin dirección ni guía acometiera la empresa más aventurada y temeraria que cerebro humano pudo concebir? Y, sin embargo, esa empresa la realizó aquel día memorable el pueblo madrileño, rompiendo frente al Palacio Real los tirantes del carruaje que había de conducir á Francia al tierno infante D. Francisco de Paula, hijo de Carlos IV, y entablado allí mismo, en la Puerta del Sol, en las calles céntricas y en otros puntos de Madrid, lucha desesperada contra los imperiales; aquel hermoso y sublime acto significaba el sacrificio y la abnegación de un pueblo que va á la muerte, con la esperanza de que su sangre generosa, enaltecido el entusiasmo patrio, encenderá terrible guerra, en que al cabo habrá de quedar vencido el poder más ingente que vieron los siglos.

Sólo en un paraje se fundieron el ardor del pueblo y el denuedo sublime de una pequeña fracción del ejército, con el acierto feliz en el mando. Ocurrió ello en el edificio que habiendo sido hasta poco tiempo antes Palacio de los Duques de Monteleón, era por aquella época Museo, Parque y cuartel donde se alojaba alguna tropa de artillería. Rodeado el palacio de jardines, adelantábase á su frente amplio patio; ceñíale una tapia no muy robusta en sus cuatro lados, que daban á las calles de San Miguel y San José (hoy Daoiz y Velarde), Ancha de San Bernardo, San Andrés y la ronda, y sobre la primera se asentaba la puerta ó arco que actualmente se conserva en la plaza del Dos de Mayo.

Ningunas condiciones de defensa tenía aquella antigua estancia señorial, que en cierto período sirviera de alojamiento á Felipe V y á su segunda esposa Isabel de Farnesio; y como estaba guardada por unos setenta franceses, al mando de un capitán, á más de dieciséis artilleros españoles ocupados en los distintos servicios que allí se hallaban instalados, nada hacía sospechar que pudiera ser teatro de sangrienta y gloriosísima epopeya.

Mas, á ocupar su puesto, acudió á las ocho y media de la mañana el Ayudante del Jefe de artillería de la plaza, teniente D. Rafael de Arango, una hora después el capitán D. Luis Daoiz, que mandaba la tropa encargada de prestar el servicio, y un poco más tarde D. Pedro Velarde, secretario de la Junta Facultativa, con algunos otros oficiales-seguidos de la tercera compañía del 2.º Batallón del Regimiento de Voluntarios de Estado, compuesta de treinta y tres soldados, á la cual, por instancias de Velarde, enviaba su coronel el Marqués de Casa-Palacio, bien que con la orden de garantizar la seguridad del Parque, permaneciendo sobre las armas, sin responder á las excitaciones de la plebe ya amotinada; á Velarde acompañaba también un grupo de paisanos, resueltos al combate, que junto con otro más numeroso que á la parte exterior de la puerta se hallaba, demandaba armas para pelear contra los franceses. Acabárase pronto todo conato de lucha, si la guardia de los imperiales defendiera vigorosamente su puesto; mas como el alentado arrojo de los capitanes de artillería encontró flaco valladar en el apagado ánimo de los franceses, renunciaron éstos á su primer propósito de resistir, y desde aquel momento quedaron los nuestros dueños en absoluto de la posición. Apercibiéronse entonces Daoiz y Velarde con pericia acomodada á sus talentos y experiencia militar, uniéronse con arrojado impulso el teniente de Voluntarios de Estado D. Jacinto Ruiz y algunos soldados de su compañía (1) y unos con los cañones y otros con fusiles y arm as

(1) Mandaba la Compañía el Capitán D. Rafael de Goicoechea, y en su hoja de servicios, cuya copia escrita por aquel tiempo tengo en mi poder, leo: «el 2 de Mayo de 1808, estando de guarnición en Madrid, fué destinado con su Compañía, que tenía 33 plazas de fuerza, á tomar el Parque de Artillería defendido por una Compañía francesa con la fuerza de 75 hombres y cinco oficiales, la qual, sin disparar un fusilazo, se le rindió prisionera de guerra; continuó defendiendo el Parque hasta que recibió orden del Gobierno para cesar en las hostilidades.»

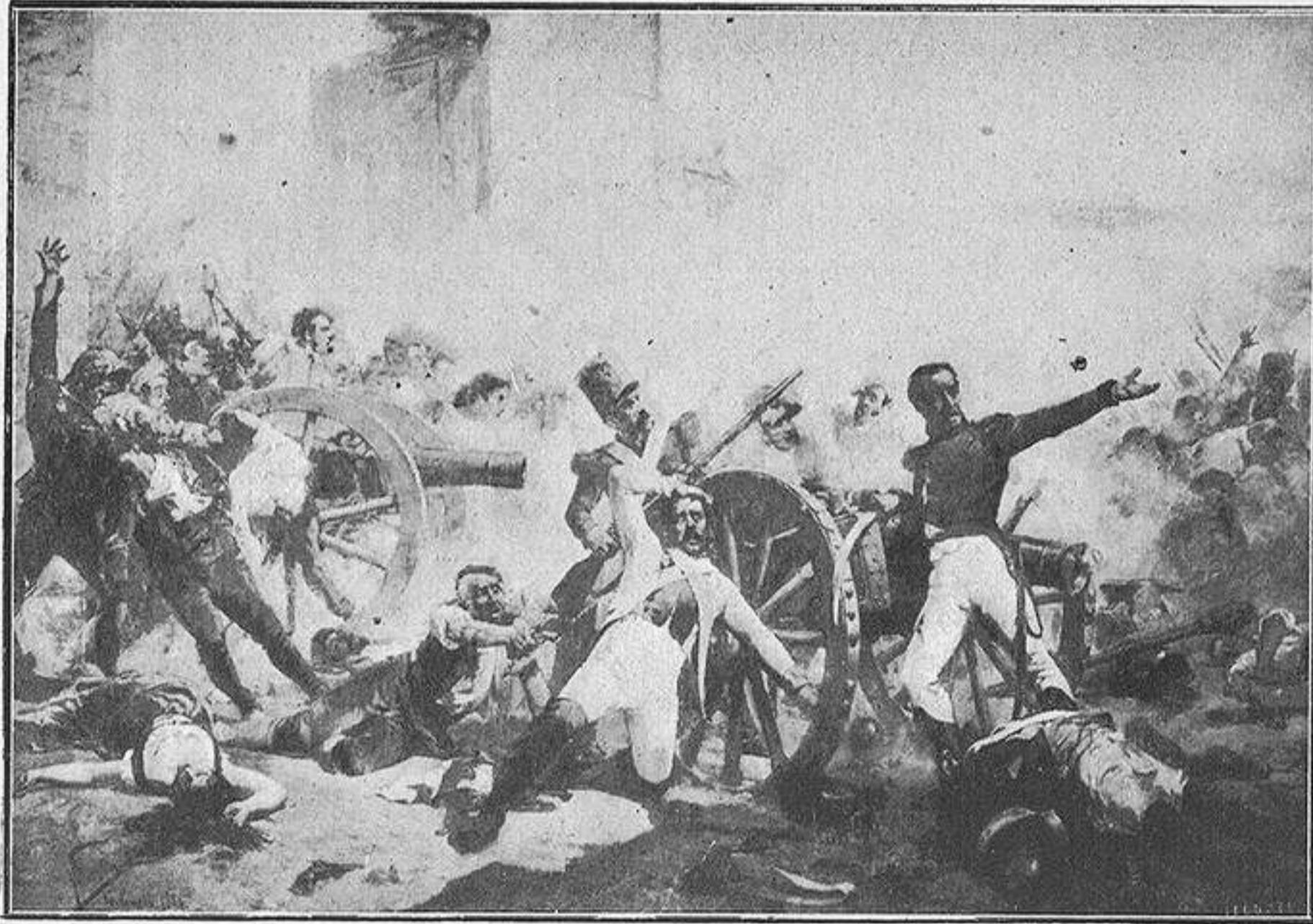
Nada más dice la hoja de lo ocurrido en tan memorable suceso y de la intervención que en él tuvo Goicoechea, quedando de con siguiente sin esclarecer punto tan interesante, como la ocasión en que cesó de combatir, por orden del Gobierno, que según es sabido, fué dada por orden de la Plaza en temprana hora, y reiterada á Goicoechea al salir del cuartel por su Jefe el Marqués de Casa-Palacio, en el sentido de que no tomara parte en algaradas ó motines.

blancas, á que algunos paisanos dieron preferencia por desconocer el manejo de las de fuego, rechazaron con intrepidez infinitas acometidas sucesivas de otros tantos batallones franceses que avanzaron por las calles de San Pedro (1) y de San José, haciendo prisionero en el segundo encuentro al comandante del batallón francés y á varios oficiales (2). Ya después de las dos de la tarde asaltaron el Parque dos batallones con cuatro piezas á las órdenes del General Lefranc, y paña oponerse á su decisivo avance sólo quedaban cincuenta ó sesenta defensores, entre militares y paisanos (de éstos el mayor número), que á la fuerza de la masa sucumbieron derramando los más de ellos su generosa sangre, sin tener delante de sus pechos obstáculo alguno que detuviera los proyectiles enemigos. En el segundo encuentro cayó Ruiz gravemente herido; en el último fué muerto Velarde de un pistoletazo, y ya terminada la lucha, quedó herido mortalmente Daoiz con cinco estocadas, que, al decir del coronel de Artillería de la plaza, D. José Navarro Falcon, no se sabe quién le asestó, ni por qué, después de cesar la resistencia (3).

Documentos hay que difieren algo de lo apuntado en la descripción de tal episodio; pero ni por escasez de tiempo, ni por la índole de este trabajo, me creo en el caso de confrontarlos para esclarecer los sucesos; basta para formarse idea del valor inmenso con que se batieron los españoles, el hecho de que, al penetrar las tropas de Lefranc en el patio del Parque, únicamente había indemes treinta de aquellos bravos.

La sobria descripción de estos combates, que se prolongaron por espacio de cuatro ó cinco horas con ligeras interrupciones, acredita la parte principal, que á las órdenes de Daoiz y Velarde, tomó el pueblo de Madrid en la admirable defensa: «Qué denuedo el de aquellos hombres—exclama en su hermosa exposición de los sucesos el testigo ocular Don Rafael de Arango,—mejor dicho, ¡qué fiera!... porque la rabia de una leona, á quien arrebataron sus cachorros, es la comparación única del furor de los madrileños, cuando sobre el cautiverio de su Fernando, recién aclamado, vieron comenzar en aquella salida la infanda permuta de su dinastía.»

Gloria inmarcesible conquistó el pueblo de Madrid en la temeraria jornada; los nombres de Clara Rey, de Malasaña (4), de Gómez Mosquera y de tantos otros héroes llevados por la fama, pasan á las generaciones sucesivas, demostrando cuán sublime es, en momentos sumpremos, la enereza de nuestra raza. Termino con una pregunta: ¿Si el valeroso pueblo madrileño no se hubiera lanzado al sacrificio, vertiendo su noble sangre en la terrible jornada, habríase producido el levantamiento de España entera, y habría desaparecido pocos años más tarde el imperio napoleónico? Nadie que conteste, podrá poner siquiera en caso de duda, que fué decisiva la conducta del pueblo de Madrid en la suerte del gran conquistador.



DEFENSA DEL PARQUE DE MADRID

SOROLLA

*Julian Julian Arland*

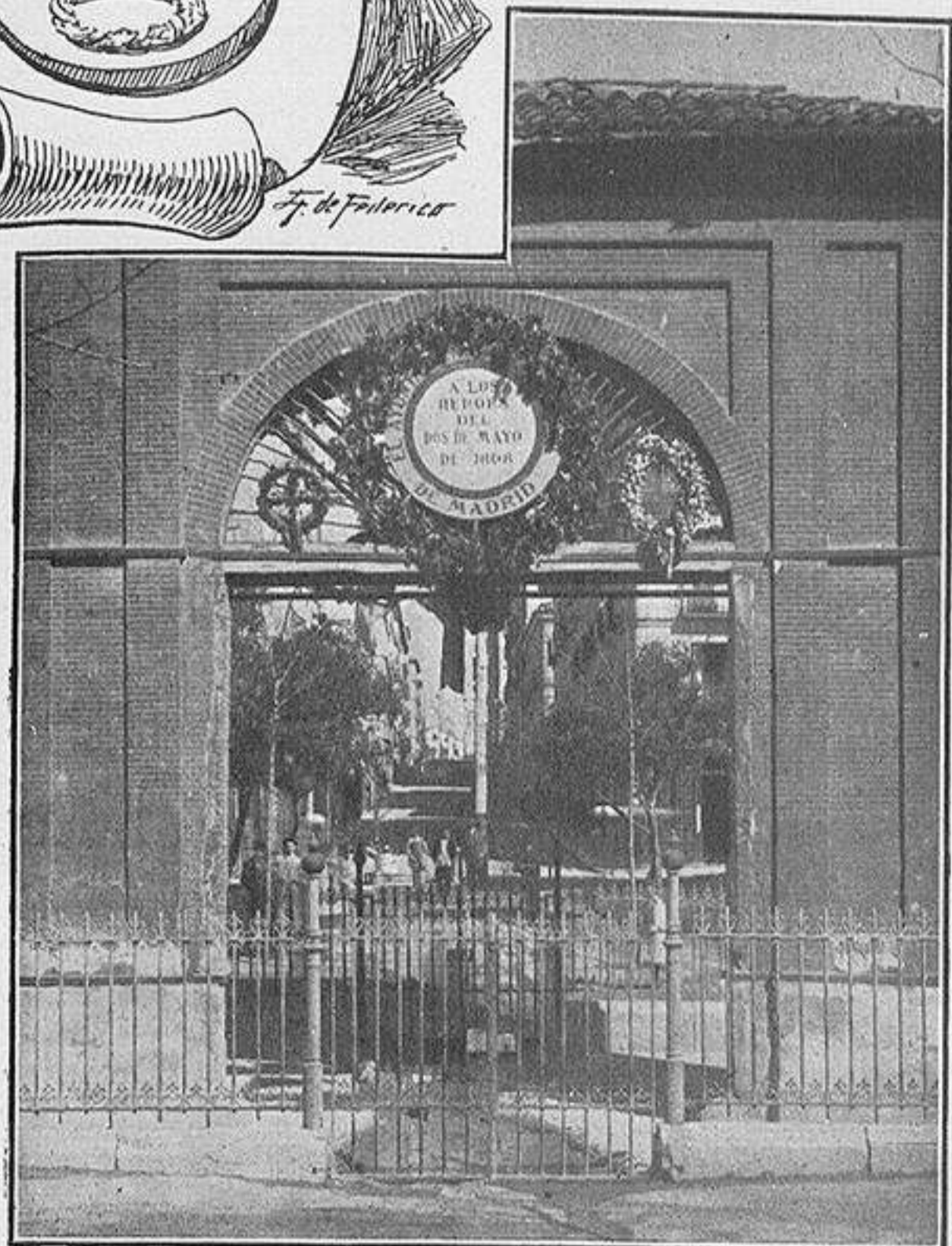
- (1) Hoy del Dos de Mayo.
- (2) Era éste el célebre Conde de Montholon, tan conocido después por haber acompañado en el cautiverio, como amigo más fiel, al prisionero de Santa Elena.
- (3) Merecen citarse el parte de la defensa del Parque dado por este coronel al Capitán General de Madrid, y el que, en su consecuencia, dirigió esta autoridad al Gran Duque de Berg. Hállanse los originales en el expediente personal de Velarde, donde los encontró el Académico de la Historia y Comisario de Guerra D. Angel de Altolaguirre.
- (4) Respecto á la intervención de Malasaña en aquellos sucesos, se lee lo que sigue en certificación expedida por el capitán de la tercera compañía de Voluntarios de Estado D. Rafael de Goicoechea. «Un paisano anciano que vivía en una casita que dominaba el Parque, ocupó una hija suya de quince años en llevarle cartuchos del Parque, en cuya ocupación fué muerta de una bala, continuando su padre inalterable haciendo fuego, sin querer cesar hasta la tercera orden que le envió, aunque no sé si esto ó la falta de pólvora le hizo suspenderlo.» Publicado esta certificación el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán, en el interesante trabajo que hace años fué inserto en el Memorial de Artillería, y á ella hizo también referencia el distinguido historiador en el folleto que escribió acerca del teniente de infantería D. Jacinto Ruiz de Mendoza. Pero aunque el Sr. Fernández de los Ríos en su Guía de Madrid afirma también esencialmente lo mismo, y esa haya sido la opinión mantenida por muy doctas autoridades, me creo en el deber de notar que, en el expediente de víctimas del Archivo municipal de Madrid, figura una solicitud de pensión que, como hermana de la madre de Manuela Malasaña, dirigió en 12 de Mayo de 1815 al Abad y cura párroco de San Martín, Marcela Oñoro, en la cual se dice: «entre las víctimas sacrificadas por la ferocidad francesa el memorable día Dos de Mayo, fué una su sobrina carnal, Manuela Malasaña, de edad de quince años, hija de Juan y de María Oñoro, ya difuntos, habitantes en la calle de San Andrés, núm. 18, cuya joven, viniendo de bordar, fué registrada, y sin más motivo que haberla hallado las tijeras que traía colgadas de una cinta para uso de su ejercicio, la fusilaron bárbaramente los soldados franceses, hacia el Parque de Artillería, en cuyo sitio aún subsiste una cruz.» Esta versión contradice, á la par que á las ya citadas, á la que expuso D. Antonio García Bermejo (que también cita Pérez de Guzmán), en su «Oración fúnebre» de 1817, manifestando: «según he podido averiguar, este anciano que se llamaba Juan Malasaña, murió después víctima de la miseria durante la dominación francesa; pero se acomoda á la partida de defunción de Manuela Malasaña, inserta en el expediente, y que comprobó el laborioso Bibliotecario del Ayuntamiento de esta corte D. Carlos Cambroner, con la que existe en los Registros de defunciones de la Parroquia de San Martín, correspondientes al año 1808, en cuyo folio 230 vno se lee: «Partida: Manuela Malasaña, soltera, de edad de quince años, hija legítima de Juan, difunto, y de María Oñoro, parroquiana de esta iglesia, calle de San Andrés, número diez y ocho murió en dos de Mayo de 1808; se enterró de misericordia. Concedida con su original á que me remito.—San Martín de Madrid, y Mayo 12 de 1815.—Fr. Bernardo Laco.» No hago más que señalar estos antecedentes, porque los estrechos límites de un artículo no me permiten otra cosa; pero existen, á mi parecer, documentos por extremo importantes acerca del Dos de Mayo de 1808; acordos los unos, en notoria desarmonía los otros, y pienso también que no se ha hecho hasta el momento actual una monografía completa, donde depurándose partes, escritos y juicios diversos, con el imparcial y sereno criterio que demanda la verdad histórica, se aclare de una manera perfecta cuanto ocurrió en aquellas memorables horas de estrago horrendo en la capita de España. Como el Sr. Pérez de Guzmán ha de publicar con motivo del Centenario un libro, que resume los frutos de la árdua tarea á que viene dedicado hace tiempo, el docto académico sabrá realizar, sin duda, cumplidamente aquella labor.



MALASAÑA Y SU HIJA

DUMONT





PUERTA DEL PARQUE DE MONTELEÓN

## El arco de Monteleón

FIÉLES relatos de testigos y actores de aquellos inenarrables y trascendentalísimos sucesos del Dos de Mayo de 1808 — tan heroicos y sublimes que la fulgente imaginación de los poetas, el fogoso entusiasmo popular y la jactancia de los combatientes que intervinieron en la lucha, no han logrado encontrar palabras que realcen el intrínseco valor de su épica grandeza, describen con sombrías tintas el estado anímico de los madrileños, en los últimos días del mes de Abril de 1808. Vergonzosas mansedumbres de la Junta de Regencia, reflejo de un poder que esfumaban las nieblas del Pirineo; altiveces y osadías del Gran Duque de Berg; indignación sorda de los avisados patriotas; iras del pueblo que, con sagaz instinto, atisbaba la traición de los intrusos y la cobardía de los gobernantes, confundidos en el mismo soberano desprecio, que se exterioriza silbando al representante de Napoleón; las noticias de Bayona, que el sobresalto y la inquietud revestían de tétricos matices, interpretadas con apasionamiento en las reuniones patrióticas de San Ginés y en la casa de la calle de Preciados, en donde, con Daoiz y Velarde, se reunían los confabulados artilleros: todo esto entenebrecía los espíritus, turbando las ideas. Y así como las reacciones químicas empañan la transparencia del disolvente para cristalizar después con radiante pureza, así cristalizaron aquellos sentimientos é ideas en la viva inteligencia de Velarde y en el maduro juicio de Daoiz, sintetizándose en las siguientes palabras de éste: *perdida está España, pero tú y yo moriremos por ella.*

En Palacio, un niño, el infante D. Francisco de Paula, protesta con sus lágrimas contra la tiranía de los que le arrancan de su patria; en la plaza, una mujer lanza uno de esos gritos que enardecen á las multitudes; el pueblo se rebela, en bullicioso tumulto, para impedir la marcha del Infante; una descarga de los franceses ahoga los gritos y siembra el espanto y la muerte. La muchedumbre se dispersa, para rehacerse hostil, allá en donde puede oponer sus navajas, chuzos y cachorrillos á los templados alfanjes de los mamelucos, á las agudas lanzas de los polacos,



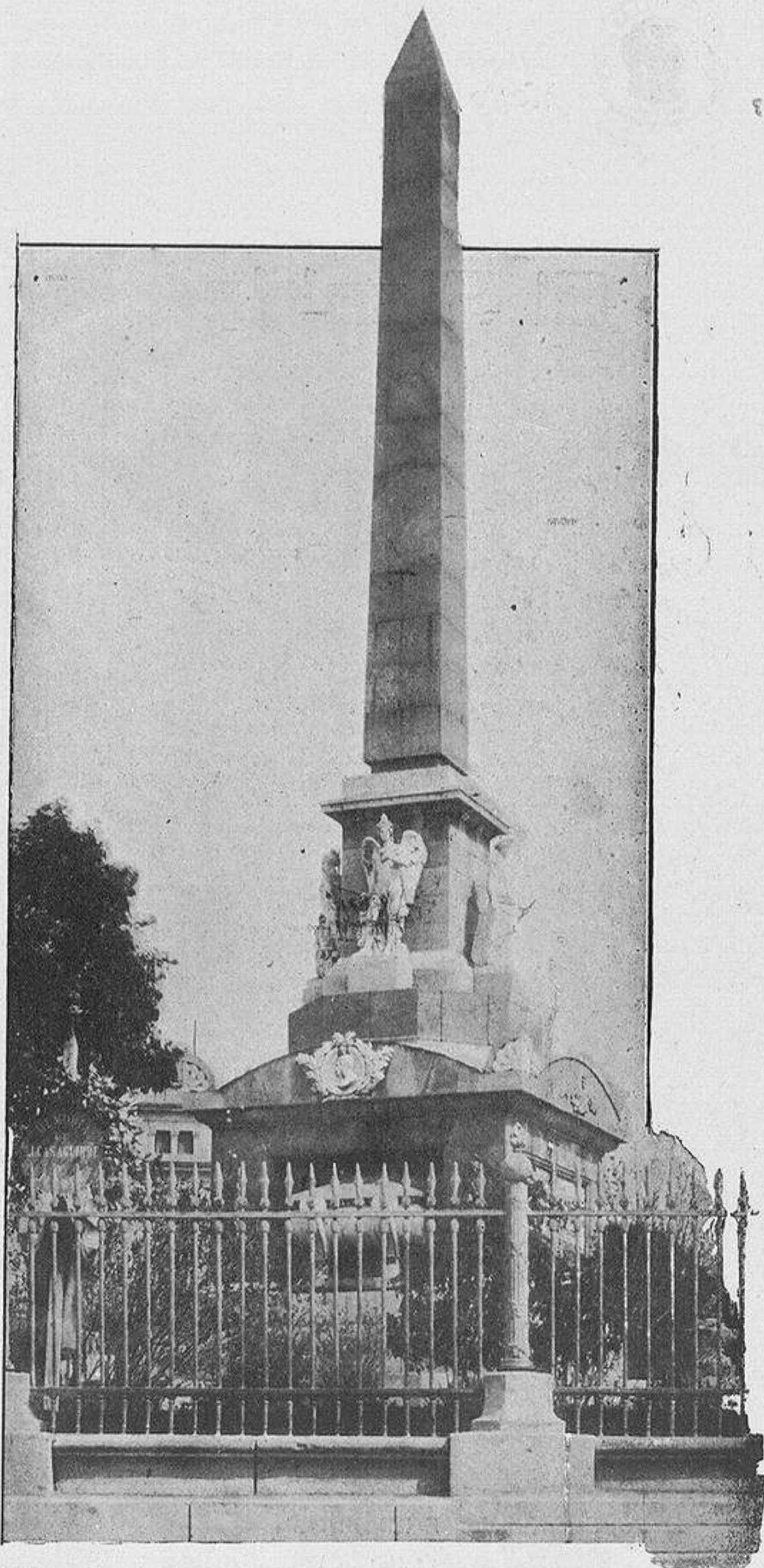
SALIDA DE PALACIO DEL INFANTE D. FRANCISCO

á los certeros disparos de los fusiles y de los cañones. La Junta ordena que las tropas se encierren en sus cuarteles y no se unan al paisanaje; la orden se cumple. El pueblo acude á Monteleón, llama á las puertas que cerraban el arco que aún existe — débil barrera que separa la España servil de la España libre — y aclama á la Artillería, no grita ¡viva España! la cruel realidad le enseña que en aquel supremo instante la patria está representada por los artilleros y que el altar en que han de inmolarse las víctimas propiciatorias de la libertad, es el Parque. Dentro de él, se libra en el espíritu de Daoiz una lucha más horrible, más heroica, que la que, momentos después, ha de llevarle á la muerte; luchan en su limpia conciencia, perturbando su recto juicio, el deber del soldado y el del patriota, deberes que una orden inexplicable convierte en antagónicos. ¿Qué hacer?... Acaso recuerda el precepto de la ordenanza que exige *tomar... en los lances dudosos, el partido más digno de su espíritu y honor*; quizá al ver á su lado á Velarde, inquiriendo con angustioso mirar su resolución, hiere su memoria la patriótica promesa... y, ya resuelto, desenvaina la espada. Todos le imitan: Ruiz abandona gallardamente las filas de los voluntarios del Estado, uniéndose á los artilleros; Velarde desarma el destacamento francés y Goicochea le custodia; los diez y seis artilleros arrastran los cañones; Cónsul y los demás capitanes de Artillería, el teniente Arango, Rojo y Almira, los cargan; ábrense las puertas; el pueblo invade el Parque; los hombres se arman; las mujeres acarrean municiones. Vuelven á cerrarse las puertas del histórico arco, á las que apuntan los cañones. Los franceses avanzan, se acercan, golpean las puertas con las culatas de los fusiles; las hachas de los gastadores intentan derrumbarlas. Entonces, se oye la voz de ¡fuego!, vuelan las puertas en astillas y la metralla destroza la columna enemiga: ¡ES EL PRIMER COMBATE DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA! Todos los madrileños conocen sus detalles; en su memoria viven los nombres de los heroes: Daoiz, Velarde, Ruiz, Rojo, Clara del Rey, Manuela Malasaña, Santiago, Monterrany, Morales y tantos otros cuyos nombres no caben en el limitado espacio reservado á este escrito. Pero sí he de mencionar, porque sus últimas palabras reflejan la exaltación patriótica de todos ellos, el del cabo de Artillería Eusebio Alonso, que, herido de muerte, al ser auxiliado por su teniente Arango, le dijo: *Acuda usted, mi teniente, á quien pueda tener remedio... Yo no llamo más que á la muerte, que espero conforme, porque muero por mi Rey y porque muero en mi oficio.*

Madrileños: conservad el Arco de Monteleón, único testigo de aquellas hazañas; esculpid en sus viejos pilares:

¡Gloria al pueblo de Madrid!  
¡Loor á los Héroes del Dos de Mayo!

*Basilio J. Grande*



Una fecha inolvidable del 2 de Mayo remueve en el alma española los más nobles sentimientos patrióticos y el más alto y legítimo orgullo nacional.

Ningún español que se envanezca de serlo; ningún español que recuerde la historia que escribieron sus padres con descubrimientos maravillosos, conquistas asombrosas, poderío extraordinario, influencia en los destinos del mundo, civilización y engrandecimiento de pueblos, campañas ganadas, proezas increíbles y sacrificios no superados, dejará de sentirse enaltecido por el recuerdo del movimiento popular espontáneo que, con asombro perdurable, se llevó á cabo en el glorioso día que conmemoramos, y que supera á todos en grandeza, porque supera á todos la bizarría con que se entregaron á sabiendas las vidas al martirio, prefiriendo morir, antes que someterse á un conquistador los que en dos mundos dominaron.

Sin dirección ni Jefes, contra el más grande Capitán que han conocido los siglos; sin ejércitos, contra los más numerosos y aguerridos de la época; deshechos y desmedrados ante los más poderosos; sin esperanzas de vencer á los vencedores de la Europa entera; teniendo, no ya que defender, sino que rescatar el territorio invadido; en la miseria de todo, cuando tales empresas ni se realizan ni siquiera se intentan, sin sobra de recursos de toda índole, bien pudiera decirse que sólo era abundante y copioso el espíritu indomable y, según algunos, quijotesco, de esta raza hidalga, desinteresada y generosa, á quien ningún peligro arredra y en la desgracia se engrandece.

Prosperan las naciones por la influencia de sus artistas, por los descubrimientos de sus hombres de ciencia, por las victorias de sus capitanes, por los éxitos de sus estadistas y por el trabajo de todos sus hijos; pero ninguna vive sin el hábito de sus grandes patriotas.

La Patria es semillero de grandezas y esperanzas, mientras ellos alientan, ó tumba que los guarda. Y como nada harán hoy mejor los españoles que llevar coronas de admiración y gratitud al altar de sus heroes ejemplares, el Batallón de Milicianos Nacionales y soldados veteranos, que tantas glorias recuerda, se honra tejiendo la suya, y me encomienda, como comandante que soy suyo, el honor de depositarla en su nombre respetuosamente, al darle guardia de honor, como en este día acostumbra.

*Estuwo Salvador*









**El Dos de Mayo.**

Monumento erigido en la Glorieta de San Bernardo.

(ANICETO MARINAS)





BAJO RELIEVE. PROPIEDAD DE LA EXCMA. SRA. DOÑA A. LORING, VIUDA DE SILVELA

## FINAQ DEQ DOS DE MAYO

Cómo se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que puedo yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan á manifestar angustia tan grande. Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allí, en la esquina del palacio de Medinaceli, la rápida luz del fogonazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un montón de personas, en distintas actitudes colocadas y con diversos trajes vestidas. Tras de la descarga oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaron al fin en el silencio de la noche. Después, algunas voces, hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha en dirección al fondo del Prado era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. Llegué al fin al Retiro, y en la puerta del primer patio me detuvieron los centinelas. Un oficial apareció en la entrada.

«Señor—díjele juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba,—busco á dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes: La Princesita no arrojó á la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado á ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.»

El oficial, que no entendía, hizo un movimiento para echarme hacia fuera; pero yo proseguí con fuertes gritos:

«Señor oficial, ¿será usted tan inhumano que mande fusilar á dos personas inofensivas, á una niña de dieciséis años y á un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar: yo le diré cuáles son, y usted mandará que les pongan en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Señor oficial, usted es bueno; usted no puede ser un verdugo. Un hombre como usted no se deshonrará asesinando á mujeres y ancianos inocentes.»

Sin duda mi ruego, expresado ardentemente y con profundísima verdad, conmovió al joven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjeras para él, y apartándose á un lado me indicó que entrara. Hícelo rápidamente, y recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no había más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aún palpitantes, y no lejos de ellas otros esperaban la muerte. Ví que los ataban codo con codo, obligándolos á ponerse de rodillas, unos de espalda, otros de frente. Los más agitaban los brazos al mismo tiempo que lanzaban imprecaciones y retos á sus verdugos; algunos escondían con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedían la muerte, y ví uno que, rompiendo con fuerte sacudida las ligaduras, se abalanzó hacia los granaderos.

Algunos acababan en el acto, pero los más padecían largo martirio antes de expirar. Hubo muchos que, heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron, después de pasar por muertos, hasta la mañana del día siguiente. Los mismos franceses, reconociendo su mala puntería, les mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros: yo sé de dos ó tres á quienes cupo la suerte de vivir después de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta.

Casi sin esperar á que se consumara la sentencia de los que cayeron ante mí, los examiné á todos. Las linternas, puestas delante de cada grupo, alumbraban con siniestra luz la escena. Entre los inmolados y entre los que aguardaban el sacrificio, no ví á Inés ni á D. Celestino, aunque á cada instante me parecía reconocerles en cualquier bulto que se movía implorando compasión ó murmurando una plegaria.

En aquel trance doloroso, una mano helada cogió la mía, y al inclinarme ví un hombre desconocido que dijo unas palabras y expiró. Repetidas veces pisé los piés y las manos de varios desgraciados; pero en trances tan terribles, parece que se extingue todo sentimiento compasivo hacia los extraños, y buscando con anhelo á los nuestros, somos impasibles para las desgracias ajenas... Corrí hacia otro extremo del patio, donde sonaban lamentos y bullicio de gentío, cuando un anciano se acercó á mí cogiéndome por el brazo.

«¿A quién busca usted?—le dije.

—¡Mi hijo, mi único hijo!—me contestó.—¿Dónde está? ¿Eres tú mi hijo? ¿Eres tú mi Juan? ¿Te han fusilado? ¿Has salido de aquel montón de muertos?»

Comprendí por su mirada y por sus palabras que aquel hombre había perdido el juicio, y seguí

adelante. Otro se llegó á mí y preguntóme á su vez á quién buscaba. Conté brevemente la historia, y me dijo:

«Los que fueron presos en el barrio de Maravillas no han venido aquí ni á la Casa de Correos. Están en la Moncloa. Primero los llevaron á San Bernardino, y á estas horas... Vamos allá. Yo tengo un salvoconducto y podremos salir.»

Salimos, en efecto, y en el Prado, aquel hombre corrió desalado y le perdí de vista. No puedo decir qué calles pasé, porque ni miraba á mi alrededor, ni tenía más ojos que los del alma para ver siempre dentro de mí mismo el espectáculo de aquella gran tragedia. Sólo sé que corrí sin cesar, que oí las dos en un cercano reloj y me encontré en la plazuela del Barranco, próxima á los Caños del Peral. Medí con el pensamiento la distancia y corrí hacia allá. La desesperación aligeraba mis pasos... Pronto llegué á la portalada que da á la huerta del Príncipe Pío, donde ví tanta gente curiosa que era difícil acercarse. Quise introducirme, intenté conmovier á los centinelas con ruegos, con llantos, con razones, hasta con amenazas. Pero mis esfuerzos eran inútiles, y cuanto más clamaba, más enérgicamente me impelían hacia afuera. Después de forcejear un rato, la desesperación y la rabia me sugirieron estas palabras que dirigí al centinela:

«Déjeme entrar. Vengo á que me fusilen.»

El centinela me miró con lástima, y apartóme con la culata del fusil.

«¡Tienes lástima de mí—continué,—y no la tienes de los que busco! No; no tengas lástima. Yo quiero entrar. Quiero ser arcabuceado con ellos.»

Desde fuera escuchaba un sordo murmullo, lúgubre concierto de plegarias dolorosas y de imprecaciones violentas. No hallando razones que convencieran á los centinelas discurrí un artificio que me parecía salvador. Registré ávidamente mis bolsillos, como si en ellos encerrase un tesoro, y sacando la navaja de Chinitas, que aún conservaba, exclamé con febril alegría:

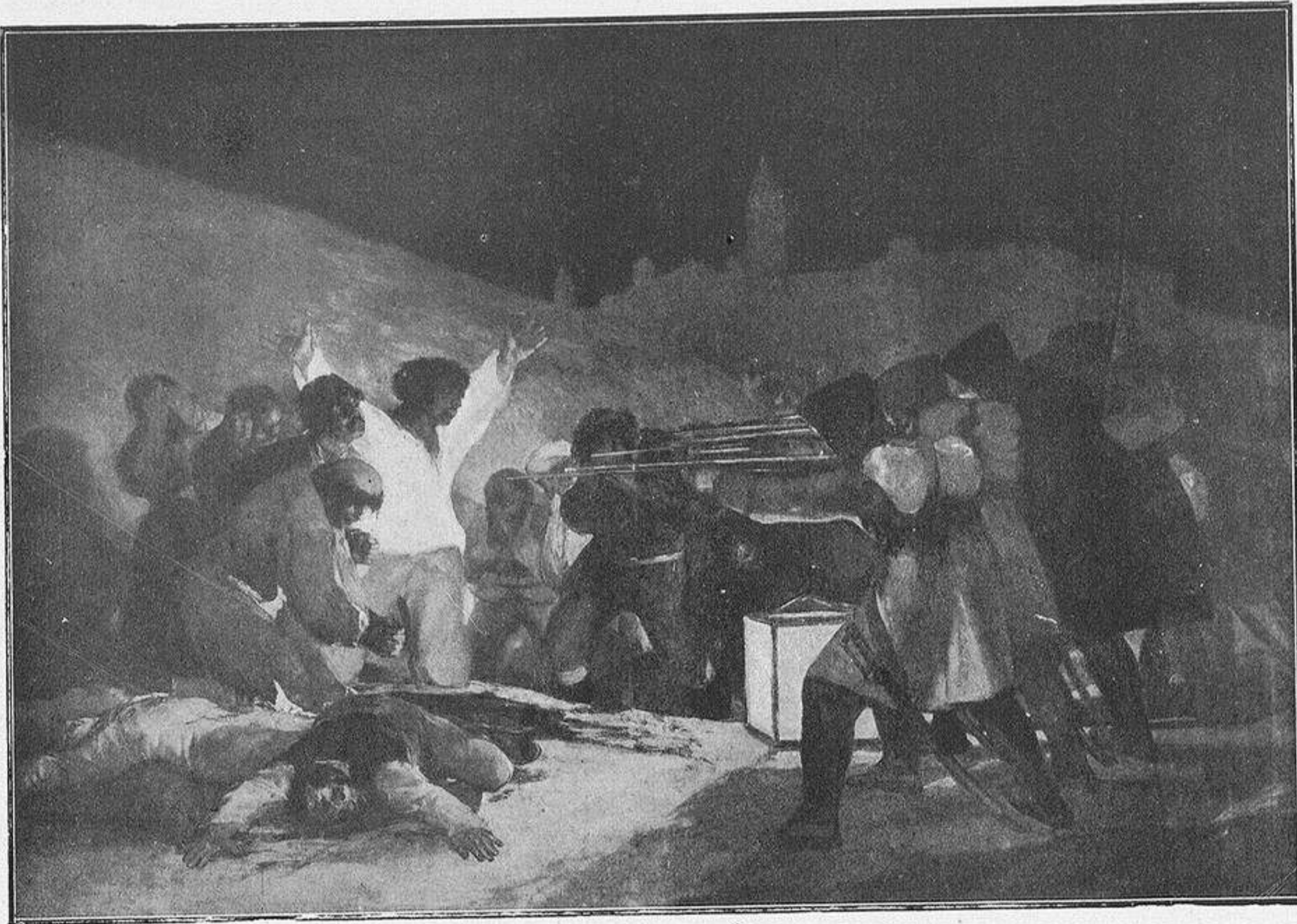
«¡Ah! ¿No veis lo que tengo aquí? Una navaja, un cuchillo aún manchado de sangre. Con él he matado muchos franceses, y mataría al mismo Napoleón I. ¿No prendéis á todo el que lleva armas? Pues aquí estoy. Torpes, habéis cogido á tantos inocentes, y á mí me dejáis suelto por las calles... ¿No me andábais buscando? Pues aquí estoy. Ved, ved el cuchillo: aún gotea sangre.»

Tan convincentes razones me valieron el ser aprehendido, y al fin penetré en la huerta. Apenas había dado algunos pasos hacia las personas que confusamente distinguía delante de mí, cuando un vivo gozo inundó mi alma. La Princesita y D. Celestino estaban allí, ¡pero de qué manera! En el momento de entrar yo á ambos les ataban, como eslabones de la humana cadena que iba á ser entregada al suplicio. Me arrojé en sus brazos, y por un momento, estrechados con inmenso amor, los tres no fuimos más que uno solo.

«¡A mí, á mí también!—grité á los franceses con bárbaro delirio—. Ponedme á mí en la cuerda. Yo soy culpable, ellos no. Fusilad al mundo entero, pero poned en libertad á esta niña inocente y á este pobre sacerdote.» El oficial francés que mandaba el pelotón miró á la Princesita, y viéndola tan humilde, tan resignada, tan bella, tan dulcemente triste en su disposición para la muerte, no pudo menos de mostrarse algo compasivo. D. Celestino, viendo aquella inclinación favorable, se echó á llorar, y dijo también: «Todos nosotros hemos pecado, pero esta niña es inocente.» Las lágrimas del anciano produjeron más efecto que mi ardiente súplica... Inés y D. Celestino fueron desatados de la cuerda... y me ataron á mí...

Cuando me ataban, volví el rostro, y ya no ví á mis amigos. Mi Cuento de Hadas se difundió en la claridad de la rosada aurora... Y allí me quedé con mi cuento trágico, cuyas últimas sensaciones apenas puedo contar... Un estruendo horroroso, después un zumbido dentro de la cabeza y un hervidero en todo el cuerpo; calor intenso, seguido de penetrante frío; después una sensación inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; debilidad incomprensible que me hacía el efecto de quedarme sin piernas; palpitación vivísima en el corazón, y súbito detenimiento en el latido de esta viscera; después la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello, y en la boca; la inconsciencia de tener cabeza, la absoluta reconcentración de todo yo en mi pensamiento; luego unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro, parecidas á las que forma una piedra cayendo al mar...; luego obscuridad profunda, misteriosamente asociada á un agudísimo dolor en las sienas...; un vago reposo, una extinción rápida, un olvido creciente, y, por último..., nada, absolutamente nada.





(GOYA).

## LOS FUSILAMIENTOS EN MADRID EL DÍA 2 DE MAYO DE 1808

La continua entrada de tropas francesas en España, que con el pretexto de ir a Portugal ó dirigirse á Cádiz para sitiarse á Gibraltar habían ido ocupando casi todas las plazas y puntos estratégicos del Norte de la Península; la llegada á Madrid del Gran Duque de Berg al frente de tres divisiones; la marcha á Bayona de Carlos IV, Fernando VII y el Infante D. Carlos, obedeciendo á sugerencias y engaños de Napoleón; la altanería con que Murat trataba de imponer su voluntad á la Junta Suprema, que Fernando VII al partir para Francia dejó encargada del Gobierno, y las astucias con que había ido alejando de la corte las tropas españolas hasta reducir su guarnición á 3.000 hombres, iban convenciendo al pueblo de que las miras de Napoleón eran muy distintas de las que aparentaba, y que en realidad pretendía colocar en el trono de los Reyes Católicos una personalidad incapaz de oponerse y que le secundara en sus ambiciosos proyectos de dominación universal.

Si á esto se agrega que los franceses se entregaban á todo género de excesos sin que Murat les impusiera el debido castigo, y que los choques entre el pueblo, que no se dejaba ofender, y los soldados, que con su conducta lo provocaban, se hicieron tan frecuentes que hubo necesidad de montar un servicio de patrullas para evitar sangrientas colisiones, se comprenderá fácilmente la atmósfera de recelos y antipatías que contra los intrusos se iba formando y que amenazaba convertirse en violenta tempestad, no obstante los esfuerzos que para pacificar los ánimos hacía el partido francés, que, á pesar de ser poco numeroso, ejercía influencia por la posición y cultura de los individuos que lo componían.

Creó Murat que provocando al pueblo de Madrid y castigándole con dureza, el terror aplacaría el espíritu de rebelión que iba extendiéndose por toda la Península, y aprovechando la orden arrancada por Napoleón á Carlos IV de que fueran también á Bayona sus hijos, la Reina de Etruria y el Infante D. Francisco, únicos miembros de la Real familia que se encontraban en España, hizo circular por Madrid el 1.º de Mayo la noticia de que al siguiente día saldrían los Infantes para Francia, al propio tiempo que se repartía profusamente un folleto (1) que, aunque fechado en Toledo el 23 de Abril, fué impreso en su propia casa, titulado «Carta de un oficial retirado á sus antiguos compañeros», en el que se trataba de demostrar la conveniencia nacional de cambiar la dinastía de los Borbones por la Napoleónica; la caída de un rayo, escribe un testigo presencial de los sucesos, no causara inflamación más rápida que la que encendió en los pechos españoles la sacrilega proposición del cambio de dinastía.

El guante estaba arrojado y no faltaba más que el pueblo lo recogiera, y el pueblo aceptó el reto, concurriendo en masa en la mañana del día siguiente á los alrededores del Real Palacio para protestar de la marcha de los Infantes; un alarde de fuerzas francesas hubiera probablemente contenido los ardores de la multitud, pero esto no era lo que Murat deseaba, y retirado en el Palacio de Doña María de Molina, esperó tranquilo el desarrollo de los sucesos, seguro de que había de presentarse ocasión de realizar sus designios.

La vista de los coches que iban á conducir á los Infantes, y las noticias que los servidores de Palacio circulaban de que don Francisco, niño de doce años, lloraba porque no quería separarse de los españoles, exasperaron á los patriotas que, al ponerse en marcha la comitiva y escuchar el grito «que nos lo llevan», lanzado por una anciana, rodea el coche, corta los tirantes de los caballos y se hubiera apoderado del Infante á no evitarlo los guardias valonas. A los pocos momentos apareció un batallón

francés con dos piezas de artillería que, sin previa intimación, hizo una descarga al aire, á la que siguió otra apuntando que sembró la plaza de muertos y heridos; desbandóse la multitud, profiriendo gritos de indignación y venganza; la lucha estaba empeñada, el fin que se proponía Murat cumplido; iracundo el pueblo peleaba con desesperado valor allí donde los franceses se presentaban; pero falto de armas, de cohesión y de jefes, tuvo que ir cediendo el terreno, y á las tres de la tarde el alzamiento estaba vencido y las tropas francesas ocupaban todos los puntos más importantes de la Villa.

A esta hora se fijó en las esquinas un bando en que Murat, después de recomendar á todas las clases sociales que cooperasen al mantenimiento del orden, publicaba la siguiente orden del día:

«Soldados: la población de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato: sé que los buenos españoles han llorado estos desórdenes; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que sólo anhelan el pillaje; pero la sangre francesa ha regado las calles de la capital y clama una venganza; en su consecuencia mando:

- 1.º El General Grouchy convocará esta noche una Comisión militar.
- 2.º Todos los que han sido cogidos en el alboroto y con armas en la mano serán arcabuceados.
- 3.º La Junta de Estado va á desarmar los vecinos de Madrid; todos los habitantes y pasajeros que después de la ejecución de esta orden se hallasen armados ó conservasen armas sin un especial permiso, serán arcabuceados.
- 4.º Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.
- 5.º Toda reunión de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fuerza.
- 6.º Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos, y los ministros, de los conventos de sus religiosos.
- 7.º Los autores, vendedores y distribuidores de libretos impresos ó manuscritos provocando la sedición, serán considerados como unos agentes de Inglaterra, y arcabuceados.—Dado en nuestro cuartel general de Madrid á dos de Mayo de mil ochocientos ocho.—Joaquín.—Por mandato de S. V. F. y R. El Jefe de Estado Mayor General, Bellard.»

Las relativas garantías ofrecidas en el bando no se cumplieron; numerosas patrullas recorrían las calles de Madrid y sus afueras; detenían á los sospechosos y si les encontraban algún arma, entendiendo por tal cualquier instrumento punzante ó cortante, ó lo enviaban á los depósitos, que era tanto como condenarlos á muerte, ó sin más investigación los pasaban por las armas en el mismo sitio en que fueran detenidos; Angel de Rivacoba, cirujano practicante del médico D. Inocencio Bedoya, fué sorprendido por una patrulla y fusilado en el acto por haberse encontrado la caja de instrumentos con que iba á operar un enfermo; Antonio Martínez, por llevar unas tijeras con que acababa de esquilarse las mulas de la Real Casa en el Retiro, y Claudio de la Morena, por hallarse en la montera una aguja grande para coser los sacos de trigo, objeto de su comercio.

Por la noche la situación se mejoró un tanto; las autoridades españolas no descansaban tratando de salvar á los infelices que llenaban los depósitos, pero no pudieron impedir que se les diezmasen y que los designados por la suerte, sin que se oyeran sus descargos ni formáseles proceso, fueran pasados por las armas en la Montaña del Príncipe Pío; de notar es que entre los fusilados no aparece ni un solo militar; con esta benevolencia se proponía sin duda Murat promover disidencias entre el pueblo y el Ejército.

El docto académico D. Juan Pérez de Guzmán, tras patientísimas investigaciones, ha formado extensas listas de los españoles que sucumbieron en la luctuosa jornada, pero á pesar de sus esfuerzos son á todas luces incompletas; Murat, al dar parte el 3 de Mayo de los sucesos del día anterior al General Dupont le decía: «Tout est entré dans l'ordre; 50 paysans pris les armes á la main ont été fusillés hier soir; 50 autres l'ont été ce matin... 11 y a en au moins dans la journée d'hier 1.200 hommes de la po-

pulace ou paysans detués dans Madrid... La leçon que je viens de donner est bonne» (1).

El número de 100 fusilados está fijado á cálculo, y es de creer excedieran de esa cifra, porque solo en la Montaña del Príncipe Pío se encontraron en un hoyo 43 cadáveres; en el patio del Hospital del Buen Suceso, y en un sólo grupo, fueron pasados por las armas 19 paisanos, y no son pocos los que se ha podido averiguar que sufrieron igual suerte en el Prado, en las tapias del Convento de Jesús, ó en las de los Jardines del Retiro, dentro del patio del Palacio del mismo Retiro y en la Puerta de Atocha.

Goya, el gran artista, que tan identificado se hallaba con el pueblo de Madrid y que con tan vivos colores pintó sus costumbres y sus fiestas, quiso también inmortalizar su heroísmo y su duelo en sus dos cuadros «La lucha del pueblo con los mamelucos en la Puerta del Sol» y «Los fusilamientos en la Montaña del Príncipe Pío.»

En este último, que reproducimos, apenas se dibujan en el fondo, envueltos por la obscuridad de la noche, los edificios de Madrid; en primer término yacen ensangrentados los cadáveres de cinco ó seis hombres del pueblo que iban en cabeza de la cuerda que se está ejecutando; parte de los que les seguían se preparan á morir y hacia ellos dirigen sus fusiles los soldados franceses formados en línea; ilumina la lúgubre escena, la luz de un farol colocado en tierra, en el espacio que separa las víctimas de sus verdugos, y en segundo término, el resto de los que componían la cuerda, esperan á que les toque el turno.

Juzgando el cuadro, escribe Mr. Paul Lafon, conservador del Museo de Pau: «Impossible de rien imaginer de plus batailleur, de plus violent de plus excessif. C' est le cri de la haine la plus implacable du désespoir le plus esaspéré de la colère arrivée á son paroxysme»; en efecto, Goya acertó á representar con extraordinario realismo los vivísimos y encontrados sentimientos que embargaban el ánimo de todas las personas del cuadro, pero especialmente los de la figura principal. Frente á los soldados franceses, que al ir á disparar inclinan la cabeza como abrumados por la idea del crimen que la disciplina les obliga á cometer, se alza enérgico y valiente un hombre del pueblo presentando el pecho á las balas, erguida la frente, erizado el cabello, los ojos próximos á salirse de las órbitas despiden miradas de reconcentrada ira y extiende los brazos como si quisiera con un supremo esfuerzo ahogar entre ellos á sus verdugos; posible es que Goya tratara de presentar condensados en esta figura la desesperación, el odio y la sed de venganza que en aquellos momentos sentía el pueblo de Madrid.

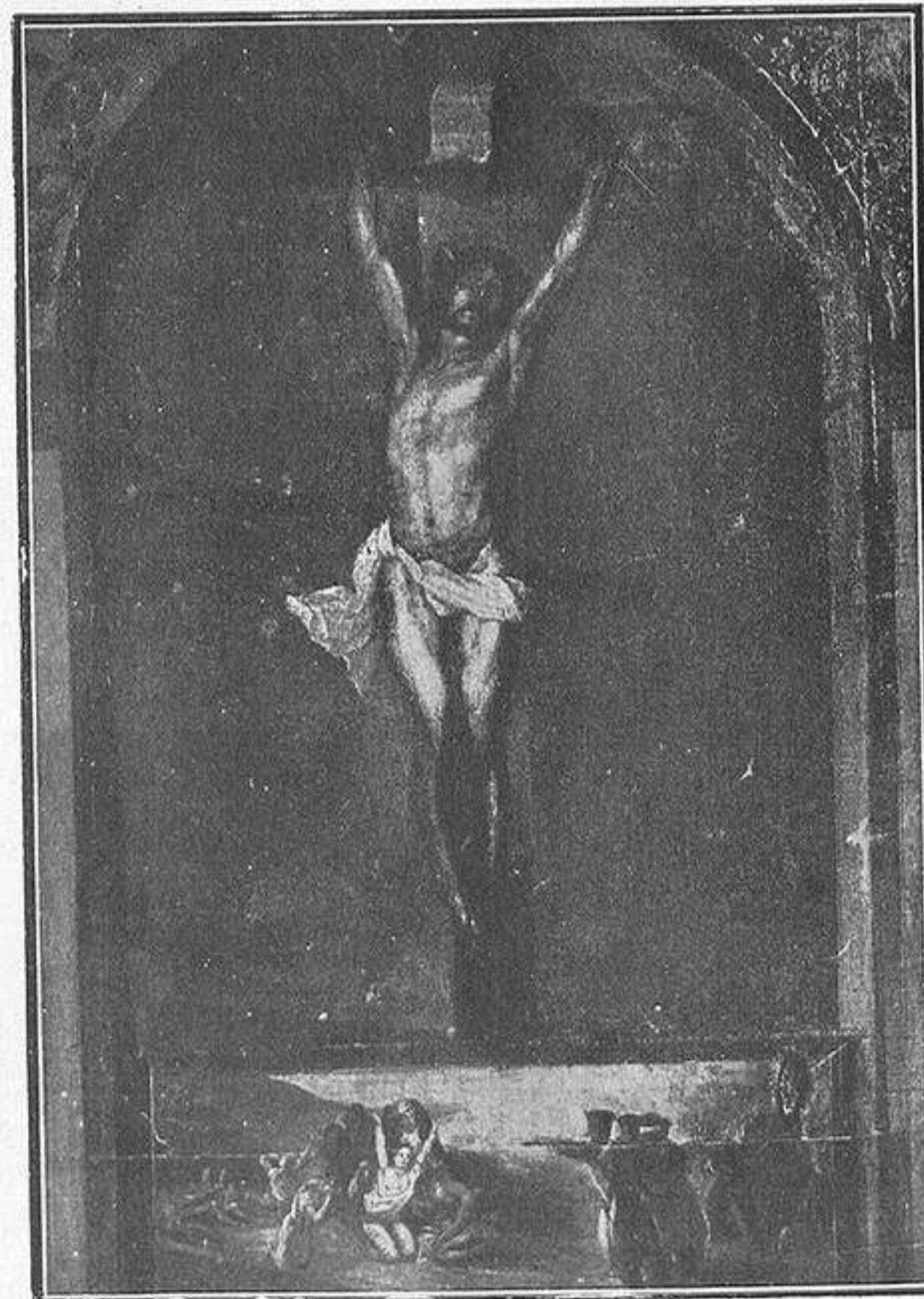
El desconocimiento del carácter español condujo á Murat al error de creer que ahogando en sangre los primeros conatos de rebeldía se haría dueño de la situación, y lo que consiguió con su crueldad y arbitrario proceder, fué provocar el alzamiento nacional y herir de muerte al partido francés haciendo que fuera el calificativo de *afrancesado* el mayor insulto que podía inferirse á un español.

Cuando en la madrugada del 3 de Mayo sonaban en la Montaña del Príncipe Pío las descargas de las ejecuciones; cuando satisfecho de su hazaña y creyéndose dueño de la nación el Gran Duque de Berg, escribía á Dupont: «La leçon que je viens de donner est bonne», cientos de patriotas habían ya salido de la corte y se dirigían á todas las comarcas de la Península para sembrar en ellas el odio al invasor que tan sazonados frutos dió más tarde en El Bruch, en Bailén, en los Arapiles y en San Marcial.

Murat fué inconscientemente el mayor enemigo que en España tuvo la causa napoleónica.

*Duque de Salaparuta*

(1) Archivo Histórico Nacional. Sentado leg. 46.



EL CRISTO DEL 2 DE MAYO.—IGLESIA DE JESÚS

(1) Existe un ejemplar en el Museo de Artillería. Estante 24 Tabla 7. N.º 51.







## LA CONGREGACIÓN DE LA BUENA DICHA

Es la historia de los humildes, de los pobres: un romance de héroes anónimos, una leyenda de patriotismo en que los personajes no tienen nombre; fueron un puñado de esos que constituyen el montón de la humanidad.

En esta tragedia no hay galán ni dama: son sus protagonistas todos por igual, como se dice en el reparto de las comedias: „Hombre del pueblo 1.º, hombre 2.º“, y así sucesivamente; todos del cuarto estado en un impulso sublime de soberanía nacional, entonces acto de irreverencia al Gobierno, insurgencia contra el poder constituido, desacato, revolución, todas las que son demencias el día en que se cometen, y que rodando los años resultan actos fundamentales en la vida de las naciones, al medirse con el cálculo de la posteridad.

Como no es relación de príncipes ni de reyes triunfadores, de los que por la gracia de Dios vienen al mundo para ser guiones, apenas si me atrevo á referirla; pero fuera injusto añadir á la insignificancia social de nuestros mártires el olvido en que la Historia los tiene hace un siglo.

Unos pobres vecinos del barrio de la Buena Dicha, que era en 1800 en Madrid la parte comprendida entre las calles de los Tudescos, la Cueva, la Luna, la Estrella, Flor alta y de la Justa, pidieron á la Junta de alcaldes de la Villa y Corte permiso para reglamentar una congregación que, organizada desde 1726, tenía por objeto piadoso rezar el rosario cantado y visitar los enfermos de su barrio.

No hay que sonreír por el propósito humilde de la Congregación; estas asociaciones ultrasociales modernistas tienen por móvil despedazarse los prójimos, endiosar aventureros provincianos y alzarse el tesorero con los fondos. Por esta diferencia de atracción corporativa la Congregación de la Buena Dicha, que obtuvo su real permiso en 1803, subsiste todavía; 111 años. Hemos dejado de rezar el rosario cantado, pero tenemos en depósito lo único que resta auténtico, sagrado, popular, reverenciado, de los que con sangre del pueblo de Madrid abrieron la era gloriosa de la nacionalidad española el 2 de Mayo de 1808.

Esta Congregación recorría con su rosario cantado un vía crucis establecido en la prolongación de la Puerta de San Bernardino, es decir, donde ahora se abre la calle de la Princesa. Con la imaginación conviene reconstruir un poco el plano de Madrid para ver que en todo lo que es hoy barrios de Argüelles y Pozas no existía más que campo abierto, lindando con la Montaña del Príncipe Pío, posesión del Patrimonio Real. La última casa edificada después del palacio de Liria era lo que hemos conocido como Hospital Militar, entonces Seminario de Nobles.

Por estas circunstancias, la Congregación de la Buena Dicha, que rezaba el rosario en la Puerta de San Bernardino, acompañó el terrible cortejo de hombres y mujeres que en la



EL 3 DE MAYO DE 1808

(V. PALMAROLI)

madrugada del día 3 de Mayo llevaban los franceses para fusilar, dando cumplimiento al terrible bando de Murat, publicado el mismo día 2.

Aquel pelotón recogido en toda la barriada Norte de Madrid, donde la lucha había tenido caracteres de batalla, lo componían 43 personas; algunas, sin duda, pelearon en las calles de San Miguel y San Juan, donde estaba el Parque de Artillería.

No se han podido saber más que dos nombres; sólo dos ha legado la partida de enterramiento de los libros parroquiales de la Iglesia de San Antonio de la Florida; esos nombres son: D. Francisco Gallegos, presbítero, y don Manuel Antolín, hermanos de la Buena Dicha. Los demás, nada, el gran pueblo, el eternamente vivificador de la Historia, el que levanta sobre sus hombros la eternidad de los vencedores.

La tragedia tuvo un acto sólo, breve, tremendo; brilló lo que tardara en hacer tres descargas el piquete francés. Luego la Congregación de la Buena Dicha amontonó en un hoyo los 43 cuerpos.

Nueve días después, cuando el terror dió un intervalo, la Congregación volvió á cumplir su misión cristiana, enterrando á los muertos en un cementerio que era entonces de los empleados de la posesión de la Florida. Allí quedaron las 43 víctimas del ejército francés, sin lápidas, sin inscripciones, sin otra memoria que la de la Congregación de la Buena Dicha, que hace ahora lo que hizo el 12 de Mayo de 1808: rezar y recordar; es un recogimiento sentimental que el ludir del tiempo acabará, y entonces se borrará hasta el sitio material del cementerio. Manos impías, tal vez las de una Sociedad mercantil francesa, cavarán la fosa sagrada, desmontarán el cerrete cuyo suelo se empapó con sangre de héroes, y los vientos reinantes de antipatriotismo aventarán el polvo de aquellos huesos, ejemplo de cómo las naciones, defendiendo su integridad, son grandes ante el juicio de la Historia.

Los fusilados en la Puerta del Sol y en el Prado el día 2 y el 3 de Mayo de 1808 tuvieron enterramiento digno de la perpetuidad de su holocausto; los más pobres de la Montaña del Príncipe Pío esperan allí hace un siglo el recuerdo que en piedra y bronce ofrecen los cantores de los altos ejemplos á los que en aras de un heroísmo pierden la vida. Todos en aquella jornada son iguales; no hubo capitanes ni caudillos; la grandeza de ese día, único tal vez en las crónicas de los pueblos nobles, es un arrebató del sentimiento nacional, por dignidad de nuestra patria hollada; por instinto de un alto destino, hombres, mujeres, niños, pelearon aisladamente, sin plan, sin fin, sin otro objeto que morir matando aquellos soldados

dueños del mundo y altaneros en su soberbia no humillada.

Entre cuatro paredes de ladrillo están las 43 víctimas. La eterna fe que el pueblo anónimo tiene en su vitalidad, lleva de año en año un pelotón de pobres á pisar la yerba que crece en aquel cementerio, que no tiene otra protección ni otra guardia que la tradición, timbre de nobleza de la Congregación de la Buena Dicha de 1803, y desde 1811 llamada además de las Víctimas del 2 de Mayo.

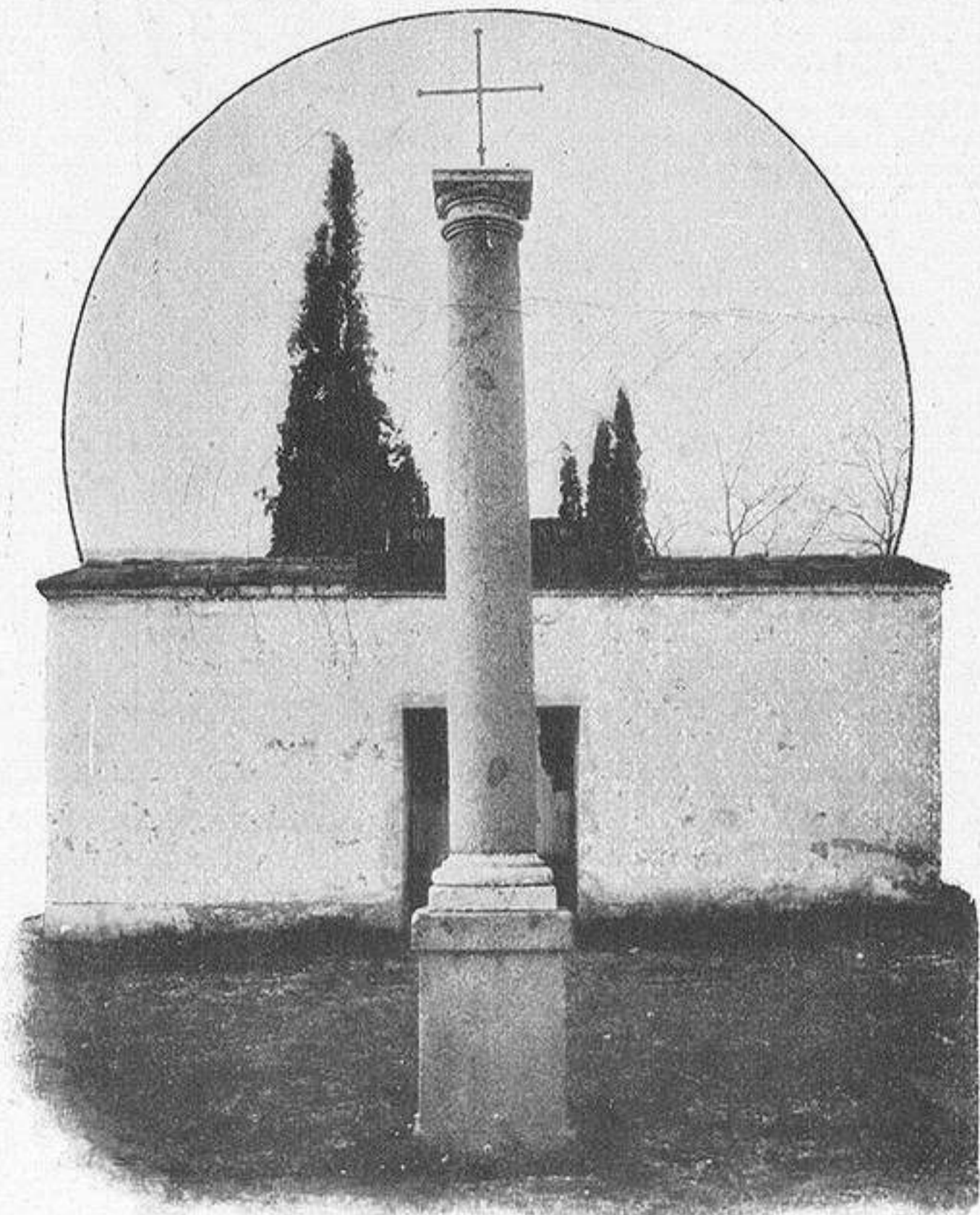


CEMENTERIO DE LA MONTAÑA DEL PRÍNCIPE PÍO

De esa Asociación católica, fuerza coercitiva en otros tiempos de nuestra vida nacional, quedamos solo 11 hermanos; dentro de poco el cementerio de la Montaña del Príncipe Pío será calle, almacén de lampistería del ferrocarril del Norte, y un arqueólogo buscará el rastro de polvo humano de aquellos héroes.

Nuestra última esperanza está cifrada hoy en la palabra noble y entusiasta del alcalde de Madrid y en la protección del Círculo de Bellas Artes que aquí ampara nuestra súplica: son fuerzas salvadoras, pero no encontraremos mármol sobre el haz de la tierra para recoger en una urna las únicas cenizas que aún están desparramadas de aquel gran incendio que comenzó en Madrid y terminó en Waterloo para asombro del mundo.

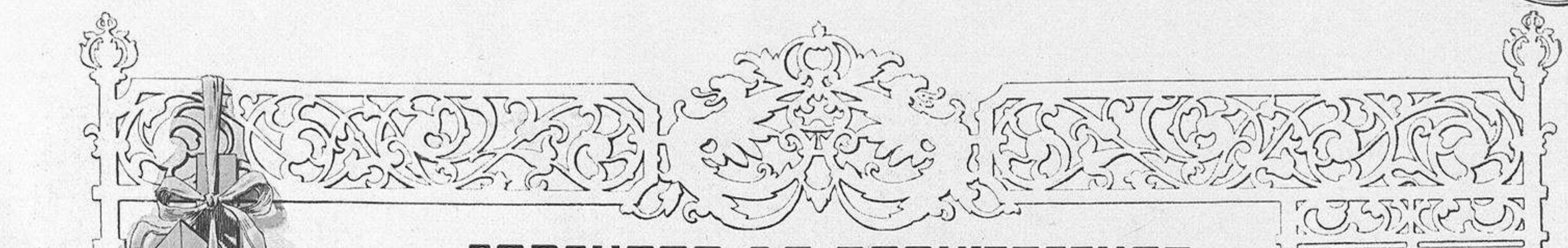
Los anónimos que duermen en el cementerio de la Montaña del Príncipe Pío tuvieron la conciencia de su hazaña y alzaron su mano armada contra Francia sin meditar en el olvido de su patria, porque esta casta española cuando la juzgamos degenerada resurge en un arranque de energía que arranca de nuestro fondo social, arrollando á los filósofos, los leguleyos y los covachuelistas que en 1808 eran afrancesados y ahora son regionalistas.



PATIO DEL CEMENTERIO

*Al. Ortiz de Pinedo.*

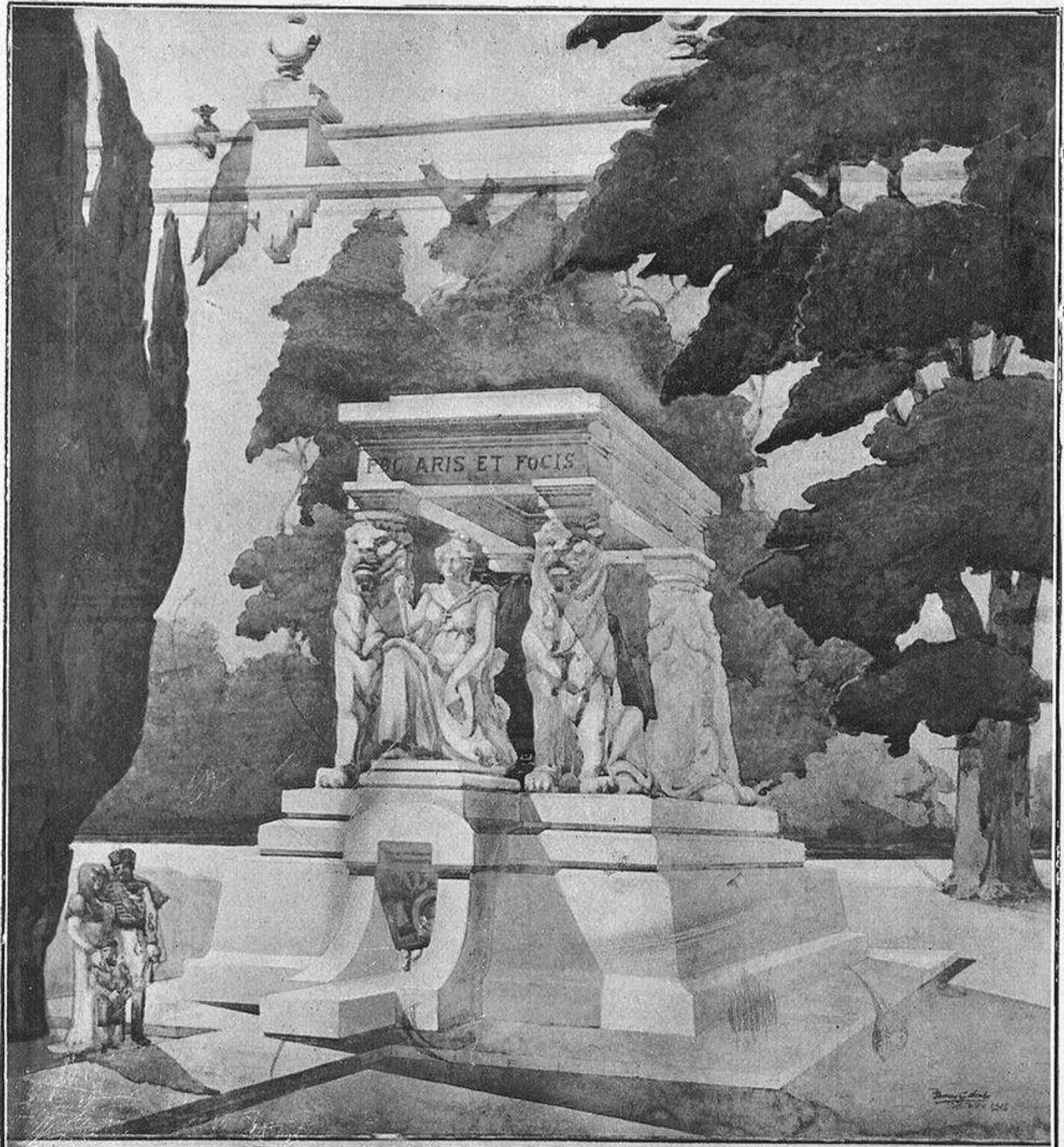




**CONCURSO DE ARQUITECTURA**

1808

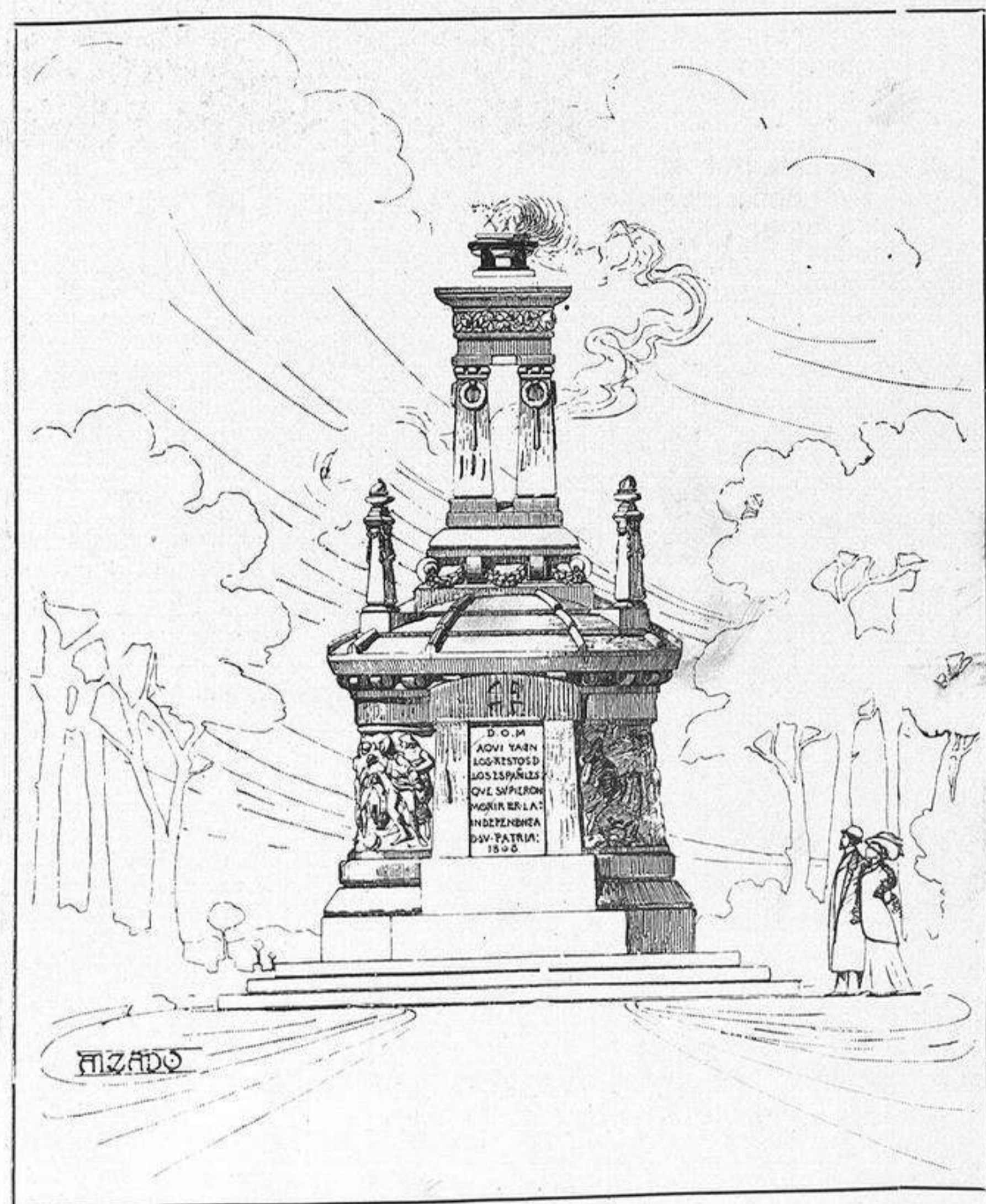
1908



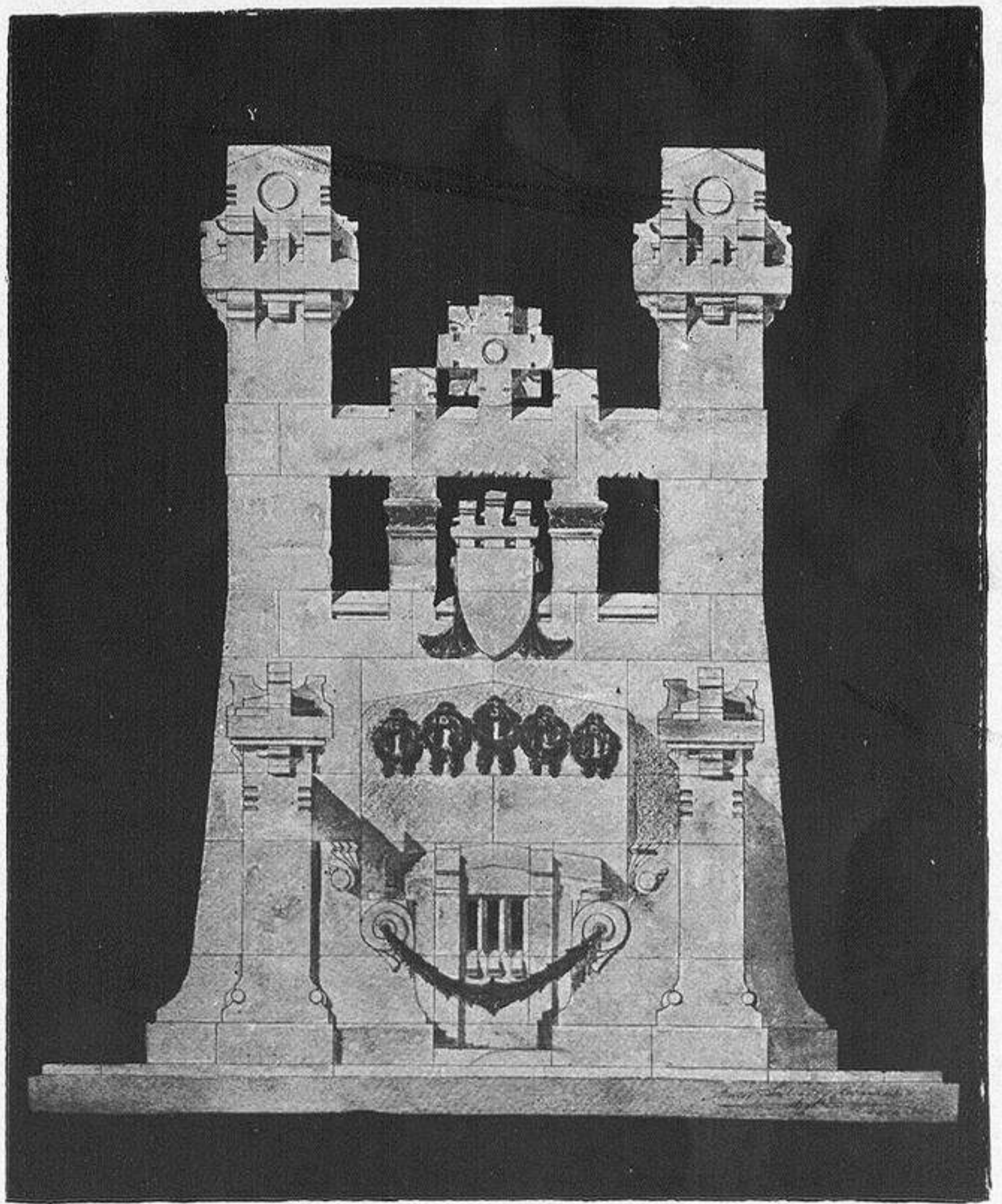
MONVMENTO FVNERARIO CONMEMORATIVO DE LOS HÉROES FVSLADOS EN LA MONCLOA 1808

PREMIO

**D. Manuel Gómez Acebo.**



**D. Manuel Cárdenas.**



**D. Amós Salvador y Carreras.**

MENCIONES HONORÍFICAS





## Los héroes de la guerra de la Independencia.

**N**o nos fué propicia la fortuna en aquella gloriosa guerra del Rosellón de 1793, cuyo causante no pudo tener objeto más generoso, el de vengar el suplicio de un Rey y de una Reina infortunados, caídos despiadadamente bajo el filo de la guillotina, y, sin embargo, de ella se destacó una figura legendaria, la de Ricardos, superior á las que en su tablero nos ofreció nuestro enemigo secular geográfico.

El espíritu de rivalidad y envidia que tanto nos desfavorece, divide, desconceptúa y hace impotentes en todo el curso de nuestra historia, marchitó los bien ganados laureles de aquella breve y caballerisca campaña de Portugal de 1801, en que la sagacidad de un genio político eminente impidió que la avalancha republicana de Francia invadiera, desde entonces, la Península; pero ella nos restituyó en Europa el prestigio de nuestras nobles tradiciones nacionales, aunque careció de héroes, porque no tuvieron ocasión de revelarse.

No obstante, en 1805 los héroes surgieron con tan nutrida profusión en Trafalgar, que el mundo, en medio de nuestra desastrosa derrota, nos tejió asombrado las palmas de la admiración, y en 1806, la defensa de Buenos Aires fué otra demostración elocuente de lo que, á pesar de cuanto se ponderaba la decadencia de España, eran todavía los relámpagos de su tradicional valor.

Cuando Napoleón, después de tantas solapadas tentativas, al fin logró invadirnos en 1808, no sé, no creo que lo había previsto; pero el caso fué que se encontró con un hecho para él nuevo. Él hasta entonces no había combatido en toda la extensión del continente más que con ejércitos reglados, con Generales y soldados movidos por el rigor de la dis-

ciplina; pero desde que, aun apoderado militarmente de nuestro suelo por los medios mañosos de que se valió, su enemistad fué conocida, y la guerra á muerte se declaró entre el invadido y el invasor, entonces el soldado emperador se persuadió de que tenía que habérselas con un pueblo de héroes. Supónese que en su carta del 29 de Marzo al Príncipe Murat, luego que supo el motín de Aranjuez, ya escribió: „Temo que me engaños sobre la situación de España y que os engaños vos mismo. No creed que atacaréis una nación desarmada y que os bastará con hacer alarde de vuestras fuerzas para someter á ese país. La revolución del 20 de Marzo prueba que entre los españoles hay energía. Tenéis que habéroselas con un pueblo nuevo que tiene todo el valor y todo el entusiasmo que no se encuentran entre los hombres á quienes han enervado las pasiones políticas. Tengo partidarios; pero si me presento en faz de conquistador, no me quedará ni uno.“ Esta carta yo la considero apócrifa; pero no las *Memorias* del Mayor Husson, de la división Gobert, que con ésta quedó prisionero en Bailén, en Julio de 1808, y que al cabo de un siglo comienza ahora á publicarse. El Mayor Husson, al llegar á la frontera del Bidasoa, nos saluda diciendo: „El 11 de Enero pisé por vez primera esta tierra de héroes (*Le 11 nous entrâmes dans cette Peninsule habitée jadis par un peuple de héros*), y en la recepción poco amiga que nos hizo pudo augurarse todo lo que nos sucedió después.“

Y, en efecto, en brazos del heroísmo, se inició en Madrid el 2 de Mayo de 1808, la protesta sangrienta de la Nación española entera contra el yugo de una dominación extranjera. Los soldados que el valor y la muerte elevaron á la glorificación de la inmortalidad, pasando por



encima de la disciplina, como héroes se comportaron, como héroes murieron y como héroes dieron al mundo el alto ejemplo de la resolución y el civismo. El pueblo, que inflamó el motín y sostuvo tras él las desventajosas luchas de la desesperación, del mismo modo promovió el desigual combate en brazos del heroísmo, y cuando el eco de su glorioso y cruento sacrificio se difundió por toda España, entre los sentimientos de horror y de rabia que despertó en todas partes, templó las almas para las mismas heroicas resoluciones." „El parte de aquel suceso, dice Alcalá Galiano, transmitido á nombre del Alcalde de Móstoles, fué leído con tal ansia, que no hubo una sola población en España que no hubiera abrigado el deseo febril de imitar á los madrileños y vengarlos." La insurrección de los pueblos, la fuga de los soldados de Alcalá de Henares, de Portugal, de Dinamarca, en busca de los estandartes, en cuyos escudos flameaba el sol brillante de la libertad de la Patria; las ciudades y aldeas provocadoras, que en castigo de su lealtad, se condenaban al saqueo y al incendio; las turbas mal armadas que corrían á formar ó á engrosar los ejércitos de la independencia; los grandes, los pequeños, cuantos sentían un átomo de vigor y de vida que sacrificar por la Patria y denodados la sacrificaron entre la borrasca del cañón, del fusil y de la bayoneta, todos fueron impulsados de un mismo sentimiento, todos fueron enardecidos de la misma llama del heroísmo.

Los primeros héroes militares se llamaron DAOIZ y VELARDE; la primera población heroica, Madrid, con sus gloriosos populares. Ella sufrió aquel día todas las pruebas y todos los ultrajes, y ella alcanzó aquel día todas las coronas y todas las palmas de la inmortalidad. Sin DAOIZ y VELARDE, sin el pueblo heroico de Madrid, la epopeya de cinco años, que constituyó la mayor leyenda histórica del valor y del heroísmo de España, aún no estuviera escrita en las páginas perpetuas de la Historia. Tras ellos vinieron todos los dioses mayores y todos los dioses menores; el fantástico tropel del denuedo, de la resolución y de la constancia; los héroes cognominados y los héroes sin nombres; los héroes cuyo mero dictado envuelve un gran símbolo, y los héroes del tesón y de la perseverancia, cuya tenacidad de esfuerzos forma la repetición constante de unos mismos heroísmos. Dejemos en su invulnerable pedestal alzado por su denuedo los héroes de la iniciación viril, los héroes del Parque de Monteleón, los héroes de la plaza del Palacio Real, los héroes de la Puerta del Sol, las heroínas de la calle de Toledo, y los combatientes invencibles de la calle de Segovia, del pórtico de San Isidro, de la plaza Mayor, de la calle de Atocha y de la plaza de Antón Martín. Ellos fueron la voz del mandato y el crisol del ejemplo. A su semejanza brotaron los dioses mayores de la ardua y larga lucha. Castaños, que personifica á Bailén; Palafox, que entraña el alma de Zaragoza; Cuesta, que irradia las iras de la vieja Castilla; Alvarez de Castro, que hizo un perpetuo altar de los desmantelados muros de Gerona; Romana, que acudió desde apartadas tierras con la mayor parte de su ejército al grito de dolor de la Patria, y el Duque de Alburquerque, que salvando la isla de León, erigió el segundo reflejo de salvación que simbolizó en otros siglos y ante otras irrupciones devastadoras, Covadonga. A la altura de éstos, sólo después se midieron los aventureros solitarios de acción personal, Mina y el Empecinado. A la altura de éstos, sólo después se midió el ilustre aliado, que al venir á organizar la guerra metódica en la Península, labró con las palmas de Talavera, Fuentes de Oñoro, Ciudad Rodrigo, los Arapiles y Vitoria, la corona inmortal de Waterló; á la altura de éstos, pero no á más, se destaca de la brillante caterva la figura impávida, serena, augusta, de lord Wellington.

Vendrán después con sus defensas heroicas Santocildes en Astorga, Pérez de Herrazti en Ciudad Rodrigo, Contreras en Tarragona, Mena en Badajoz y Copons y Navia en Tarifa, mientras en Rosas y en Hostalrich cubríanse de verdaderos laureles las tumbas de sus bravas guarniciones; vendrán después Reding, siempre batallador y grande en Menjíbar, en Bailén, en las colinas de Ordal, en Valls y en Molins de Rey; Blake, denonado y entendido en Espinosa de los Monteros, en Zorzoza, en Alcañiz, en Belchite, en la Albuera y en Valencia; Venegas, elevándose desde las acciones de Bribiesca y Tarancón, y las desdichas de Uclés, al desquite de Almonacid; el Duque del Parque, con Mendizábal y Carrera, vencedores en Tamames, donde tomaron un águila imperial y acuchillaron á los franceses por la espalda; vencidos en Alba de Tormes, en cuya arena, con sus célebres cuadros, se acreditó de heroico don Gabriel de Mendizábal; vendrá O'Donnell venturoso en Margalef, en La Bisbal, en Tortosa, en Pancorbo, en Sorrauren y en Neville; vendrá Lapeña en Chiclana; Abadía, en Lugo; Caro en Murviedro, y tantos otros ilustres Generales en el sinnúmero de batallas, acciones y encuentros en que, en triunfo ó en derrota, cuando menos, dieron relieve heroico á su constancia, constituyeron personalidades brillantes en el yunque de la guerra, é hicieron dignas de la permanente gratitud nacional sus ambiciones de libertad y de gloria.

El aura de la popularidad lamió la frente de muchos de ellos, como el insigne Ballesteros; pero este romance lo sintieron aún más con sus hazañas los sublimes guerrilleros. De todas partes brota la pléyade innumerable, Díaz Porlier, de los deportes aristocráticos; Juan Martín Díaz el Empecinado, de los rudos trabajos de la mano; el cura de Villoviudo D. Jerónimo Merino, del servicio de los altares; Palarea, del ejercicio de la medicina; Jiménez Guazo, cuya partida se formó con caballeros de las órdenes militares, de la Secretaría de Gracia y Justicia, en la que era Oficial; Carrillo era párroco de Menjíbar; Serrano Valdenebro, terror de la serranía de Ronda, del Cuerpo general de la Armada; D. Juan Pablo Constans, era canónigo de la Colegial de Pons, en Cataluña; Galarza y Elola, Capitanes del Ejército; Durán y Barazabal, Brigadier de caballería; Fray Antonio Temprano, mercenario calzado; Fray Jacobo Alvarez, carmelita; Fray Juan Martín, benedictino y teniente de cura de San Martín, de Madrid, el cual, después de haber velado los cadáveres de Daoiz y Velarde, y ayudado á su sepultura, proscribió los hábitos monacales para sentar plaza de cabo primero en la compañía de *Voluntarios de Castilla* de la Cruz Roja, de que fué Comandante el cura Merino. ¿A qué citar otros nombres?

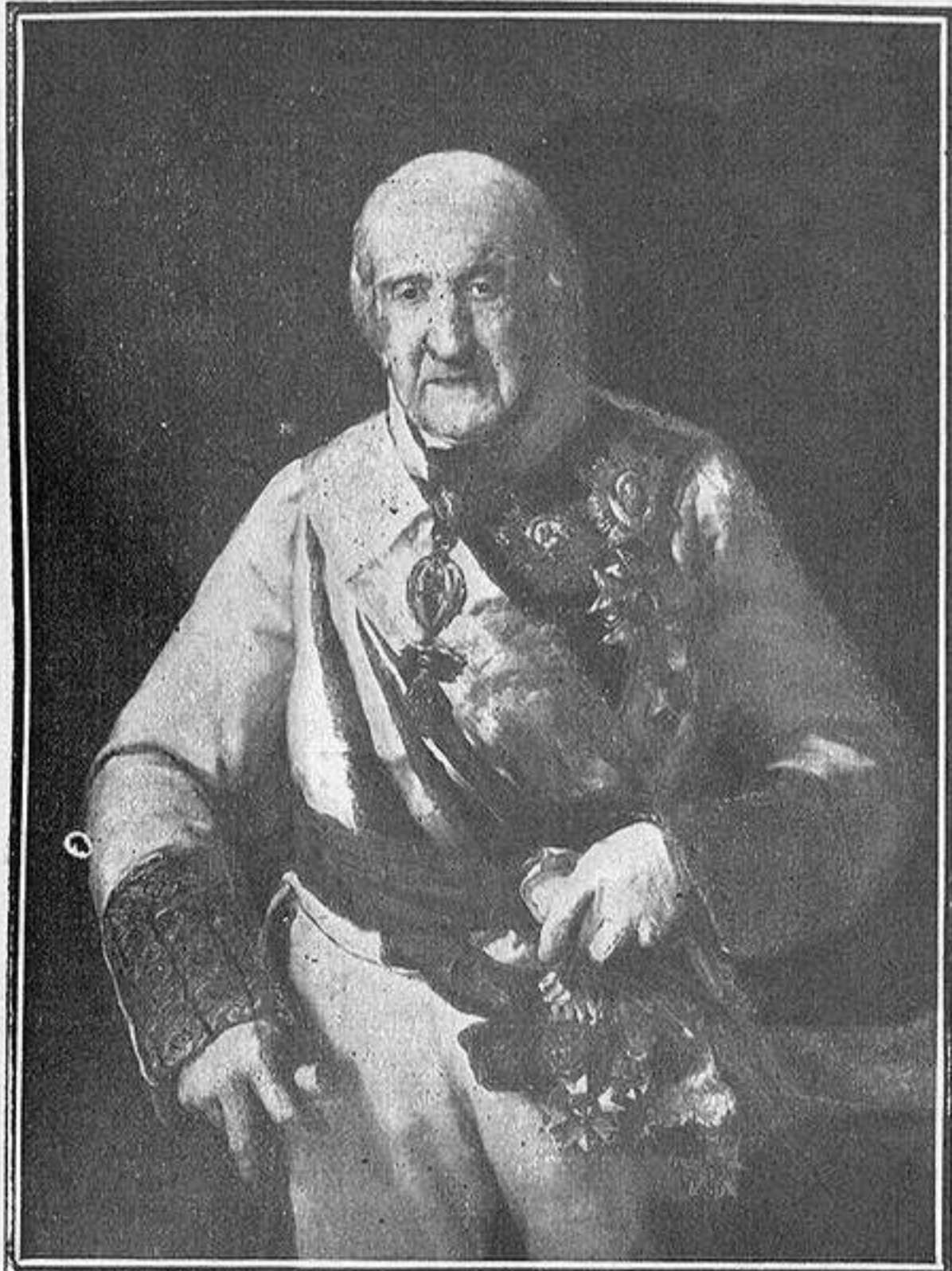
La opinión hacia los héroes, cuando los estudiantes de Valladolid, unidos al pueblo, en número de cinco mil paisanos, se dispusieron á alistarse en batallones para salir á combatir á los franceses, á los pocos días de la jornada del 2 de Mayo, en Madrid. En la locura de su entusiasmo, reuniéronse á la puerta del Capitán general de aquel distrito, D. Gregorio de la Cuesta, y levantando tumultuariamente una horca delante de sus balcones, diéronle á elegir entre ponerse á su cabeza y llevarlos al combate ó ser colgado de aquella. Cuesta los llevó á los campos de Cabezón, y la derrota sólo hizo confirmarlos más en la fe heroica del triunfo definitivo de su causa. Las guarniciones de las plazas fuertes envidiaban el honor y la gloria de Zaragoza y de Gerona. Cuando el Marqués de Alache, D. Melchor Lili, tan ilustre por su gallarda retirada desde la orilla del Ebro hasta la provincia de Guadalajara, en 1809, el 1.º de Enero de 1811 resolvió entregar al enemigo la plaza de Tortosa, sitiada por el ejército del General Suchet, la diezmada guarnición en masa se opuso; pidió él el apoyo del enemigo para realizar la entrega, burlando á sus subordinados. No pudieron éstos vengarse; pero acusado de traición, juntóse un Consejo de Guerra para juzgarle, condenósele á ser degollado, y no pudiendo hacerse de su persona, bajo el asilo francés en que se refugiaba, el día 24 se le ejecutó en efígie en Tarragona, abandonando su nombre al desprecio de la humanidad.

En cambio, ¡qué honores tan desmedidos á los que exaltaban sus nombres en brazos del heroísmo y sufrían con valor los mayores sacrificios! Después de los heroísmos del Bruch, los ciudadanos de Barcelona D. Joaquín Pou, párroco de la Ciudadela; el P. Juan Gallifá, clérigo teatino; D. Salvador Aulet, D. Francisco Masana y D. José Navarro, sargento del regimiento de Navarra, proyectan librar la ciudad condal del yugo francés mediante un plan de éxito probable: descubiertos por los enemigos, sufren la pena de muerte dando vivas á la Patria española. Los vocales de la Junta provincial de Burgos D. Pedro Gordo, don Eulogio Muro, D. José Ortiz y D. Pedro Velasco, fueron sorprendidos por una columna francesa hallándose reunidos deliberando sobre los medios de defensa y de libertad de España. Conducidos á Soria, fueron fusilados al llegar á las tapias de la ciudad. Las Cortes mandan inscribir sus nombres en letras de oro en su salón de sesiones, donde ya obtenían el mismo honor los Capitanes de Artillería DAOIZ y VELARDE y los defensores ilustres de Zaragoza, de Gerona, de Astorga y de Ciudad Rodrigo.

En la sesión del 2 de Noviembre de 1810, se recibe la representación de la Junta Superior de Molina de Aragón, relatando el modo bárbaro con que el enemigo había incendiado esta ciudad. ¡Gloria eterna á Molina! gritan á una voz todos los Diputados: unos piden abrir una suscripción para restaurarla; otros, que su nombre se grave en todos los corazones españoles para que su recuerdo viva en ellos indeleblemente; mas cuando Capmany y Montpalau ofrece cien reales, único dinero que llevaba en el bolsillo para encabezar la cuestación demandada, y Quintana, añade: „Si es menester para vestir á alguno que haya quedado desnudo, aquí está mi capa"; Dou reclama iguales honores para Manresa y Cervera, que habían sufrido tambien el suplicio del fuego, y Arbós añade que eran ya treinta los pueblos que habían dejado de existir en Cataluña bajo la tea de los franceses.

¡Cómo relatar aquí todos los sufrimientos ni todos los heroísmos! El Mayor Husson nos calificó elocuentemente: „El 11 de Enero de 1808 entramos en esta Península habitada por un pueblo de héroes. En la recepción que nos hizo se pudo augurar lo que nos sucedió después." El único que no lo conoció hasta que estuvo en las soledades de Santa Elena, fué Napoleón.





**Castaños.**

A fines de 1793, durante la guerra que sostuvimos contra la República francesa, ocurrió en la altura de San Marcial un hecho que llenó de admiración al ejército que mandaba el General Caro. Al defender los granaderos de África uno de los reductos de Vera, atacado por numerosas fuerzas enemigas, el Coronel cayó mortalmente herido de una bala que le atravesó la cabeza. El descenso desde aquel reducto era impracticable; bajar el herido en camilla, imposible. Sin ayuda de las manos el equilibrio de una sola persona no podía mantenerse, ni en la más favorable vereda. Todo lo allanó, sin embargo, el amor de los granaderos. Los soldados se olvidaron de sí mismos y de la situación por salvar a su jefe.

Vióse entonces una cosa extraordinaria. Tendidos de espalda sobre la terrible y áspera pendiente, formaron de alto á bajo, desde la cúspide á la falda del reducto, una fuerte columna humana sostenida por el mutuo apoyo de los pies, afirmados sucesivamente en los hombros de aquellos bravos. Ya así, se alzaron las manos para recibir y entregar por turno el inerte cuerpo del Coronel. Confiado éste á los robustos brazos de los primeros granaderos colocados en lo alto de la pendiente, fueron deslizándose poco á poco el moribundo por aquel suave y delicado lecho de generosa carne militar.

Era un acto solemne y arriesgado capaz de arrancar lágrimas. La existencia del herido pendía sin duda del más ligero descuido. Una mera sacudida, una tenue oscilación opuesta á la correlativa y acompasada serie de movimientos concertados, hubiera bastado para disipar el soplo de vida que aún agitaba aquel corazón. Más que el cuerpo de un ser vivo, era un cadáver lo que pasaba por manos rudas y ennegrecidas, aunque en tal momento blandamente acariciadas. Al fin los últimos soldados entregaron, abajo, á su Coronel tal como lo habían recibido arriba los primeros, y depositado en una camilla, pudo ser transportado á Hernani. ¡Estaba salvado!

Jamás olvidó aquel hombre que debía la vida á la sublime ternura de los denodados granaderos de África, que en el fragor de la lucha sólo pensaron en él con abnegación conmovedora. Visió por eso siempre, aun después de alcanzar la dignidad casi augusta de Capitán general, el uniforme de tan heroico regimiento, marcial tributo de un alma agradecida. Los colores y el distintivo del Cuerpo de tropas creado por Carlos V del antiguo Tercio de Sicilia, que ganó el sobrenombre de EL VALEROSO en la toma de la Goleta, en las campañas de Italia, Alemania y Flandes, en la conquista de Portugal y en la guerra de Inglaterra, pregonaban la deuda de gratitud del General insigne; y el cuello del glorioso lisiado, vencido desde entonces al lado izquierdo—efecto de la bala de fusil que, entrando por la parte inferior de la oreja derecha, salió por la superior de la izquierda,—daba público testimonio de que el venerable Castaños fué prógido de su sangre. Porque aquel Coronel, que tan hermoso rasgo de cariño inspiró á sus soldados, y que antes de esa ocasión había sido herido ya de un sablazo en Oruña, era el egregio militar que años después se titulaba el vencedor de Bailén. ¡Inmortal dictado en la Historia patria!

¿Habrá que recordar ahora la manera como DON FRANCISCO JAVIER CASTAÑOS Y ARAGORRI—madrileño nacido el 22 de Abril de 1758 en la calle del Barquillo (antigua casa de la Condesa de Chinchón),—ingresó en el Ejército? ¿Que por los méritos de su padre, Intendente en la guerra *prarmática*, fué nombrado Capitán de Infantería á los diez años, y que, educado primero en el Seminario de Nobles, por ser Oficial de menor edad, y luego en la Academia de Barcelona, bajo la dirección del famoso Lucuze, maestro de muchos jefes ilustres, logró una instrucción que en los tiempos aquellos no solían poseer los que comenzaban á profesar las armas por esa vía privilegiada que sancionaron hasta las mismas Ordenanzas de 1768, á pesar de sus pujos progresivos?

¿Tendremos que consignar que destinado al regimiento de Saboya, cuando cumplió los dieciséis años, el joven Capitán empezó á distinguirse en el bloqueo de Gibraltar, encontrando á seguida en la toma de Menorca, en el socorro de Orán y en los campos de Ceuta ocasiones abundantes de acreditar su valor y pericia, así como á bordo del *San Juan Bautista*, mandando la batería baja de este navío durante el combate que el 20 de Octubre de 1782, la escuadra franco-española sostuvo contra la inglesa? ¿Quién ignora que en todo el período comprendido desde 1780 á 1792 ganó Castaños ascensos, recibió distinciones muy merecidas, y que, pasando por diversos grados, obtuvo con el empleo de Coronel el mando del regimiento de África, que siguió rigiendo de Brigadier—como era ortodoxo en aquella época,—al obtener este carácter por sus hechos de armas en 1793? ¿Será imprescindible trasladar aquí la parte de su hoja de servicios en que se anotan los que prestó en la guerra que Carlos IV declaró á Francia, dirigiendo á las órdenes de O'Farril la toma de los campamentos de Sara, la de la Banca, la del Castillo del Piñón y las acciones ocurridas en Oruña, en una de las cuales, según ya se expresó, resultó Castaños herido en tremenda lucha al arma blanca?

Así había llegado á lo que era, cuando fué salvado por sus gra-

naderos en la altura de San Marcial. Y es el caso que no mucho después, sin terminar la cura de sus heridas, vendadas aún, montó á caballo y se empeñó temerario en cubrir su puesto para pelear á la cabeza del regimiento. Y como se propuso lo hizo, sin que nadie pudiera disuadirle... ¿Pero es que vamos á referir en corto espacio toda su vida militar?

¿Qué falta hace, después de todo, para su fama, repetir en este momento que durante el invierno de 1794 operó al frente de una brigada en los Alduides, que guerreo con varia suerte en 1795 hasta la famosa retirada de Irún, y que cuando la paz de Basilea era ya Mariscal de Campo? Bien estará que se haga mérito de que, antes de Bailén, mandó en 1800 una división que se destinaba á atacar algunas posesiones americanas de los ingleses y que, con ella, rechazó á éstos al desembarcar en la playa de Doñiños, cerca del Ferrol, tras dos días y dos batallas, que bastaron para convertir en humo la invasión británica. Pero aun no omitiendo que promovido á Teniente General el 5 de Octubre de 1802 fué nombrado Comandante General del Campo de Gibraltar y que de allí salió para concurrir como General en Jefe del Ejército de Andalucía á la guerra de la Independencia, alcanzando á poco la victoria de Bailén, cuanto realizó con posterioridad á esta gloriosa fecha, apesar de su relieve innegable por los numerosos sucesos de varia índole que esmaltan la vida de Castaños, ¿qué significa ya en puridad? La batalla de Albuera que ganó en cooperación con los ingleses y la de Tudela que perdimos á causa de discordias en el alto mando, y cuya retirada tanto le honra; la favorable campaña de 1813, en la que activamente fué colaborador de Wellington; la batalla de Tolosa, que le valió injusto desaire de la Regencia, y sus extraordinarios esfuerzos al frente del Gobierno de Cádiz para levantar el espíritu público en defensa de la causa común, hasta que reemplazó al Marqués de la Romana en el mando del 5.º Ejército, aniquilado en la desgraciada campaña de Extremadura;... todo ello y algo más ¿qué importa ante el inmortal suceso del que de sencilla, y en cierto modo, manera grandiosa dan idea las palabras cambiadas entre Dupont vencido y Castaños vencedor, terminada la batalla de Bailén?

Al desfilar delante del General español, Dupont,—á quien Napoleón apellidaba el RAYO DEL NORTE por las victorias que sus armas habían alcanzado en toda Europa—con visible emoción y turbada voz le dijo: „GENERAL, OS ENTREGO ESTE ACERO CON QUE HE VENCIDO EN CIEN BATALLAS.“—„PUES, GENERAL,—le contestó Castaños, devolviéndole el arma gloriosa,—MI PRIMERA VICTORIA ES ESTA.“ ¡Qué hermosura de frase!

¡BAILÉN! Cuando los centelleos de la espada napoleónica estremecían de espanto, á principios del siglo XIX, las diversas razas del continente y aquel émulo de Anibal, después de haber hollado en Egipto las pirámides de los Faraones, llevaba sus águilas triunfadoras desde el Rin hasta el Danubio, desde Odoer hasta el Canal de la Mancha y desde el Prejel al Volga; cuando la Prusia del Gran Federico deshecha y encadenada en Iena, sentía remachar sus cadenas en Tilsit, y Austria abatida en Marengo y humillada en Hoelinde sufría la afrenta de la paz de Presburgo, y Rusia, tras la esteril y tenaz carnicería de Eylau, caía vencida en la batalla de Friedland; cuando Inglaterra misma temblaba recelosa viendo como el mapa europeo se iba haciendo triazas bajo las espuelas del conquistador que la amenazaba con el formidable ensueño del bloqueo; cuando cedían, en fin, tronos y naciones al tremendo empuje de las tropas imperiales, lanzadas como rayos de Júpiter á la destrucción y al saqueo, entonces los descendientes de los celtíberos de Numancia, de aquellos cántabros últimos en postrarse ante los antiguos Césares, de los navarros que hicieron morder el polvo á los francos, de los astures que derrotaron á los sarraecinos, de los castellanos que lucharon en Lombardia y Nápoles, de los andaluces que tan gran parte tomaron en el prodigio de la reconquista, de aquéllos, en suma, que nacieron en este suelo divino que engendra por modo dinámico y sutil, aliento generoso y grande, ánimo resuelto, resistencia á la fatiga, amor al hogar, independencia de carácter, valor pronto y fiero, exaltación patriótica, tendencia al idealismo, espíritu todo pasión y arranque; entonces, esos hijos de una España, pobre, enflaquecida con los resortes de su vida oficial gastados y hasta corrompidos, rendida al golpe de calamidades originadas por guerras impolíticas, sin ningún impulso vigoroso nacido de arriba, sin instituciones militares y casi sin soldados ni marinos, desnudos y hambrientos, pero inflamados por el más santo de los amores, lanzaron reto formidable al rostro ceñudo del dictador de Europa.

CASTAÑOS fué de los que no vacilaron. Tuvieron otros la desgracia, hallándose en situación privilegiada, de divorciarse del espíritu nacional y de creer que pensaba bien el Consejo de la Inquisición cuando calificó al glorioso 2 de Mayo de sublevación escandalosa. Creyó también la mayoría de la nobleza que su deber era escapar á Francia y aconsejar desde allí la sumisión. No pensó gran parte de la magistratura que jera oprobio condenar, como lo hizo, el impulso popular.

El clero mismo, que aún es considerado nervio del alzamiento, en pocas partes le inició, y en otras, como en Galicia, las altas dignidades de la Iglesia le fueron contrarias. La Junta de Gobierno no titubeó en publicar que el acto valeroso y patriótico del Parque de Monteleón no era más que un incidente provocado por un corto número de personas inobedientes á las leyes. Los Grandes de España, que siguieron á la dinastía caída, se apresuraron á dirigirse en Bayona á José Bonaparte para expresarle el ansia con que la presencia de su real persona la deseaba España... Pero, ¿cómo había de imitar esta vergonzosa conducta el noble soldado que, adelantándose á los acontecimientos, concertó en el Campo de Gibraltar y antes de que se alzarán las provincias—aunque siendo ya para su fino espíritu presumible la perfidia—un tratado con el Gobernador de aquella plaza, Hew-Darrimble, para garantizar la conservación de Andalucía, debiendo cooperar para ello, en caso necesario, diez mil soldados ingleses, las tropas de Sicilia y auxilios de armas, víveres y dinero, así como rápido aviso al Norte de Europa para que volviera á España el ejército del Marqués de la Romana.

La conducta de Castaños en tal momento y los alientos que, merced á su actitud, cobró la Junta de Sevilla, difundieron la efervescencia patriótica hacia Jaén, Córdoba, Granada y Cádiz, que se dispusieron á resistir, viendo con júbilo que el movimiento popular podía contar con el ejército de Andalucía. La astucia con que el insigne general tendió á Murat hábil lazo para conseguir que se replegaran hacia el punto de partida las tropas españolas que habían salido para invadir á Portugal; la energía y talento de que dió muestras para organizar en quince días, casi bajo el cañon enemigo, un ejército compuesto en sus dos terceras partes de reclutas; el hábil, profundo y perfectamente dispuesto plan de operaciones, obra exclusiva de su saber y experiencia, que produjo la campaña admirable de sus Andalucías, y de la que es no más que consecuencia lógica y necesaria el hecho táctico de Bailén; todo eso justifica plenamente la gloria resplandeciente que alcanzó su nombre.

La victoria de Bailén propagó por España el entusiasmo con ímpetu irresistible, y bajo su influencia se instituyó más adelante el Gobierno Central, adquiriendo consistencia el movimiento popular. Tuvo eco en toda Europa aquel señalado é inesperado triunfo y nos procuró el auxilio de Inglaterra, que no dudó ya de nuestra constancia, y alentó á Austria á redoblar sus preparativos, lanzándose de nuevo á la guerra; Prusia y Rusia, llenas de admiración, y todas las naciones vejadas, se dispusieron á imitar á España, y así emprendieron aquella serie de combates tremendos que dieron fin á la fabulosa carrera del César francés.

No es tenido Castaños por un caudillo en el alto sentido de la palabra. Es verdad. Faltóle aquel fuego sagrado que en los momentos solemnes convierten á un hombre de guerra en árbitro y

dominador de voluntades, encarnando así la aspiración unánime de todo un pueblo y arrastrándolo á la lucha, alistándolo en legiones formidables é irresistibles. No fué tampoco un gran capitán á la manera que lo han sido los que en tal dictado pasaron á la historia, porque tampoco reunía las excelsas cualidades que son precisas para trazar nuevos y sorprendentes rumbos al arte de la guerra; ni gozó del privilegio que proporciona éxitos prodigiosos, convirtiéndolo, por la magia de geniales concepciones, las propias faltas en súbitos y singulares aciertos, que trastornan las reglas consagradas con asombro universal.

Mas, si no alcanzó tan excepcional y olímpica gerarquía, reservada sólo á varones extraordinarios, fué un alma grande y honrada, un ardiente corazón de patriota y un soldado inteligente y valeroso, que en el momento crítico sintió las palpitaciones y supo interpretar los anhelos del alma nacional. Entonces no titubeó en afrontar la situación que se le venía encima, y lo hizo con fé, clarividencia y arrojo. Tuvo la suerte, preparada por él con talento y energía, de que sus esfuerzos se vieran coronados, con oportunidad felicísima para España, de una victoria inmortal en la historia, no ya por lo que reveló al mundo, sino también por la influencia que ejerció en los destinos de Europa. Basta esto para que su gloria sea impercedera.



**Blake.**

Oriundo de noble familia irlandesa, establecida en España, Don Joaquín Blake y Joyes, nació en Málaga el 18 de Agosto de 1759. Educado esmeradamente, cuando ingresó como Cadete en el Regimiento infantería de América, poseía sólida instrucción científica, y conocía el griego, el latín, el inglés, el francés y el alemán. En 1775, ó sea un año después, ascendió á Subteniente—apesar de su poca antigüedad—y se le eligió maestro de Cadetes.

Declarada la guerra contra Inglaterra el 1779, se halló en el bloqueo de Gibraltar hasta el año 81 en el que con su Regimiento pasó á la expedición de Menorca, asistiendo al sitio y rendición del Castillo de San Felipe. Promovido á Teniente el 84, se le nombró Profesor de la Academia de Cadetes del Puerto de Santa María; el 87, Ayudante mayor del Regimiento de América, y en la guerra del Rosellón, Sargento mayor del Regimiento voluntario de Castilla que organizó rápidamente para que formara parte del ejército de Cataluña. Estuvo en la expedición á las montañas de la Muga (Mayo del 94), y en las acciones del 7 y 28 de Junio y 3 de Julio, en el ataque de la Muga el 13 de Agosto, y en los de Monroyh y Viure el 17 y 20 de Noviembre. En una de éstas resultó herido.

Ascendido á Teniente Coronel el 95, mandó los Cazadores Voluntarios de la Corona, distinguiéndose en numerosos combates y, muy especialmente, en la batalla de Pontón, en el asalto de Puigcerdá y en la rendición de Bellver, por lo que se le promovió á Coronel.

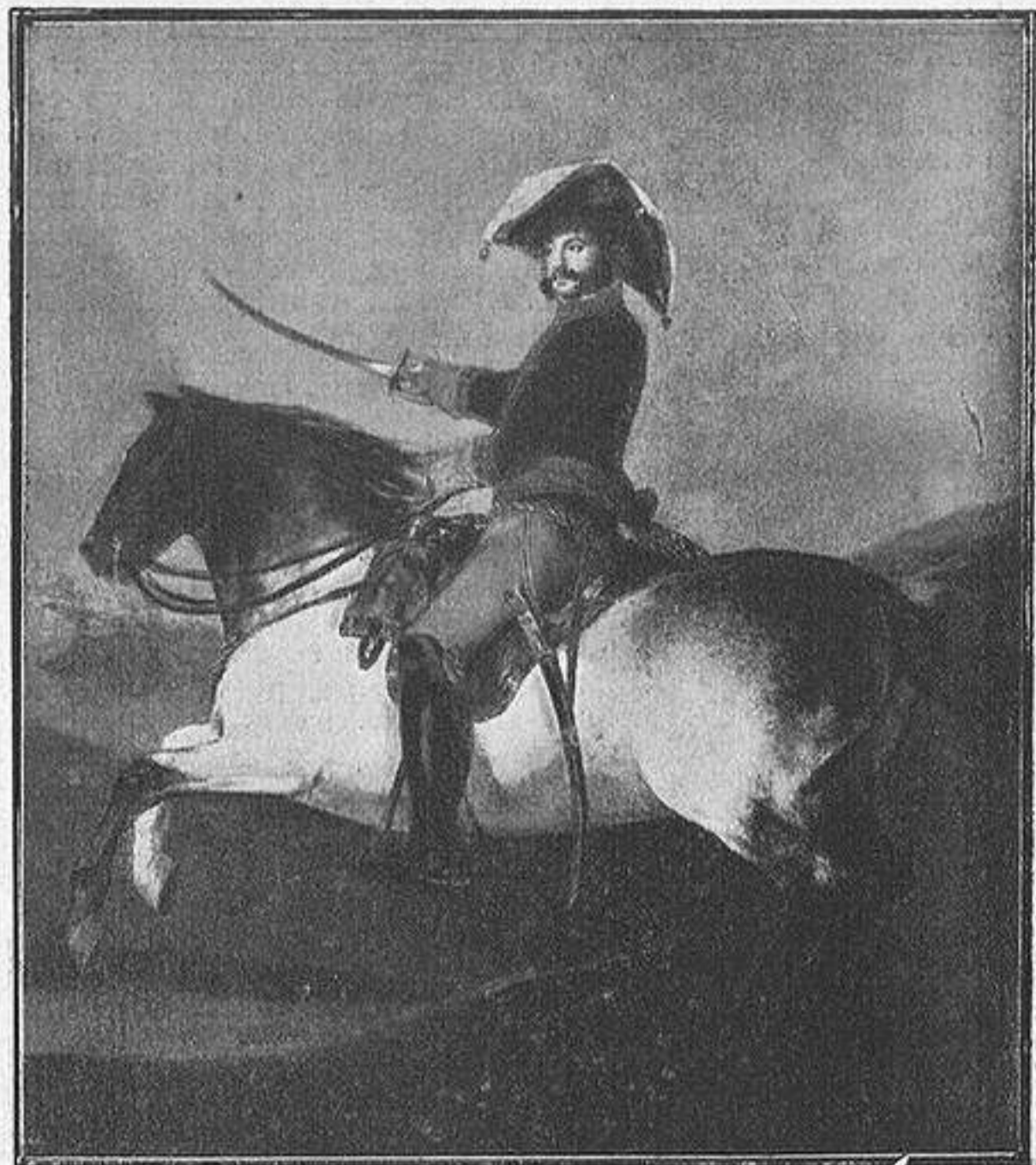
Durante la paz ejerció el cargo de Secretario de la Junta de Generales que debía proponer las reformas y mejoras en el ramo militar, marchando con su Regimiento á la guerra de Portugal, y por los méritos que contrajo fué recompensado con el empleo de Brigadier en 1802, encargándosele de la organización de un regimiento de zapadores minadores, y formando parte en 1807 de la expedición á Portugal, consecuencia del tratado de Fontainebleau.

Al estallar el alzamiento nacional de 1808, siguió Blake la causa popular. Con el ejército formado en Galicia del que fué primero Jefe de Estado Mayor y á poco General en Jefe—por elección de la Junta que le elevó á Teniente General en Junio de aquel año—acudió en auxilio del General Cuesta, concurriendo á la desgraciada batalla de Medina de Rioseco, en la que demostró su denuedo una vez más, retirándose luego con las tropas de su mando hacia las sierras de Manzanal y Fuentebadon, donde se reorganizó.

La acción de Zornoza, en la que dirigió el ejército de la izquierda, por ausencia del Marqués de la Romana, las de Sodupe y Güeñes; la batalla de Espinosa y la retirada á León, son los hechos de este período de su vida militar, hasta que la Junta Central le nombró Capitán General interino de Valencia, y luego, también con ese carácter, General en Jefe del ejército de Cataluña en 1.º de Mayo de 1809.

Concibió entonces el proyecto de batir al tercer Cuerpo del ejército francés, y de arrojarlo sobre Navarra y los Pirineos. La ocupación de Alcañiz, la batalla de este nombre que fué gloriosa para nuestras armas, la expedición sobre Zaragoza, las acciones á que ésta dió lugar, y sobre todo la funestísima de Belchite que trastornó el plan de Blake, obligándole á volver á los acantonamientos de las orillas del Alga é inmediaciones de Tortosa, evidencian con entera claridad el estado de nuestras fuerzas militares, mezcla de cualidades sobresalientes y de vicios orgánicos.





PALAFIX

Logró Blake á fuerza de constancia y por el influjo de sus altas dotes rehacer su ejército y emprendió la ardua tarea de socorrer á Gerona, estrechamente bloqueada, con viveres y tropas de refresco. Lo consiguió más de una vez y esta corta campaña de Cataluña es muy honrosa para nuestras armas. En Enero de 1810 pasó á mandar las escasas reliquias del ejército del centro, las que revistió en el atrio de la iglesia de Guadix (tan corto era el número de soldados que lo componían! En los primeros días de Marzo reunía ya, gracias á los refuerzos del caudillo, diez mil infantes, distribuidos en tres divisiones, y mil quinientos caballos.

Después de la expedición contra Sebastiani, fué elegido Blake Regente del Reino, en unión de Agar y Ciscar. Apesar de tan alta investidura, se encargó del mando del ejército expedicionario á Extremadura y cooperó á la batalla de Albuera con Castaños y Beresford.

Por su comportamiento en tan memorable suceso ascendió á Capitán General y designado por las Cortes para oponerse á los designios de Suchet, se le confirió el mando en jefe del segundo y tercer ejércitos, regidos, respectivamente, por los generales Marqués de Palacio y Freire.

La batalla de Sagunto, la defensa de Valencia sitiada, ciudad en la que fué hecho prisionero, son los últimos episodios de la accidentada carrera de este soldado infatigable y bravo, aunque desafortunado.

En Francia permaneció encerrado desde Febrero de 1812 hasta 1814, en que volvió á España.

En 1815 recibió el nombramiento de Ingeniero general. Se distinguió en la época constitucional, por lo que sufrió después persecuciones, hasta que fué purificado.

Era fervientemente piadoso, muy culto, instruido en matemáticas, ciencias naturales, filosofía, literatura é historia, y en el arte militar muy versado, no abandonando el estudio ni un sólo momento. Murió el 27 de Abril de 1827.

Blake no fué apreciado de sus contemporáneos como merecía. Tenía talento penetrante, memoria prodigiosa y facilidad extraordinaria de asimilación para todas las cosas. En cuanto al patriotismo, dió pruebas y muy notables de que lo sentía honda y noblemente.

En otras circunstancias hubiera sido un general en jefe de nota.

Pero vivió en malos tiempos y le encomendaron negocios muy comprometidos. El genio no basta en los empeños extraordinarios, si no se cuenta siquiera con medianos recursos. Y Blake, que reunía valor, dotes de mando y mucha inteligencia, aparte de que no llegaba á genio, carecía en ocasiones hasta de lo más indispensable á un general.

No estará demás repetir aquí, pues que la ocasión es propicia, que sin instituciones militares no se salvan las naciones. La exaltación patriótica, la furia del momento, la tradición gloriosa, el sacrificio ciego y hasta inhumano por lo estéril, no bastan á la defensa de los pueblos. Solo las instituciones militares crean los ejércitos—que no son otra cosa que fuerza producida,—y les dan condiciones de permanencia. Si aquellas no existen, se podrán improvisar levas entusiastas, que pelearán y morirán con honra, que sostendrán la agonía de un pueblo heroico, pero que no salvarán á la patria.

Esto le ocurrió á Blake no pocas veces.

## Palafox.

El primer sitio de Zaragoza, célebre y sin ejemplo—según expresión del Conde de Toreno—, dió renombre al General Palafox. Hasta entonces, fuera de algunas aventuras guerreras en la campaña del Rosellón, se sabía de D. José Palafox y Melci—el menor de tres hermanos de una de las familias aragonesas más ilustres—, que había nacido el 28 de Octubre de 1775, en Zaragoza, y que comenzó su carrera militar en Julio de 1792, ingresando en la compañía flamenca de Reales Guardias de Corps: cuerpo de preeminencias, fueros y ceremonias, pues los soldados eran Oficiales; los Cadetes, Capitanes; los Exentos y Ayudantes, Tenientes Coroneles; los Tenientes, Generales, y los Capitanes, Grandes de España y Capitanes Generales de Ejército. Así se comprende que tuviera Palafox graduación equivalente á la de Brigadier de los Ejércitos á los quince años de servicios y que pudiera ser promovido á Mariscal de Campo en 6 de Junio de 1808, cuando apenas contaba treinta y tres años de edad, y á Teniente General á poco de cumplirlos.

Y si algo saliente en su vida se conocía antes del sitio era que, á consecuencia de los sucesos de Aranjuez, fué encargado por Fernando VII de custodiar la persona del Príncipe de la Paz, y que, luego en Irún había gestionado, aunque inútilmente, en unión de otros sujetos de viso, la libertad del Monarca aprisionado en Bayona. Entonces, viendo imposible el logro de su arriesgada y generosa empresa, declaró Palafox en Aragón la guerra á Bonaparte, por medio de famosa proclama que lleva la fecha de 31 de Mayo de 1808; acto que, como dice un escritor extranjero, en otro país hubiera sido de locura, pero que en Aragón fué una medida nacional, cuyos efectos estaban lejos de adivinar los franceses.

El movimiento popular le proclamó Capitán General Gobernador de aquella región heroica, enfurecida por el patriotismo; Palafox, puesto á la cabeza de la insurrección se presentó el primero á combatir en Tudela, Mallen y Alagón, si bien con suerte desgraciada: convocó las Cortes regionales que decretaron el armamento nacional y la resistencia ilimitada al opresor; resistió el sitio de Zaragoza, hecho fulgurante que debe ser considerado más bien que sitio como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y pertinaz denuevo de los nuestros llevaba ventajas al calculado valor y disciplina de agueridas tropas capitaneadas por mariscales invictos.

Porque en Zaragoza, vigorosamente enlazada con Navarra y Cataluña, nudo de sólidas comunicaciones con el áspero corazón de los Pirineos Centrales y con las fértiles llanuras catalanas, no pasaba la fortificación—el irregular castillo de la Aljafería aparte—de una débil tapia de barro, mal aspillera y apetitosa para la Artillería, y en cuanto á la guarnición no llegaba á 300 soldados, y hallándose las pocas piezas existentes sin material. Pero aquellos indomables habitantes acudían, sin distinción de clases, hombres y mujeres, á donde estaba el peligro; llevaban á brazo los cañones, y sin tropas ni murallas peleaban y vencían diariamente á costa de grandes pérdidas á los soldados del Rhin y del Adigio, á los veteranos de Marengo y de Austerlitz. Al cabo de dos meses de una resistencia que la Historia proclama digna de admiración tan legítima como la que inspiran Numancia y Sagunto en la antigüedad, quedó libre la ciudad heroica que á la intimidación de PAZ Y CAPITULACIÓN, había contestado por medio de Palafox: «GUERRA Á CUCHILLO».

Terminado el primer sitio, salieron nuestras tropas de la plaza con su General á la cabeza para ocupar la línea del Ebro. Después de varias operaciones y de la derrota de Tudela, volvió Palafox á Zaragoza. En el segundo asedio batió á los mariscales Monecy y Lannes por el frente de la ciudad, y á Mortier y Junot por la parte del arrabal. En un solo día resistió cuatro reñidos ataques, en los que se estrellaron contra nuestras débiles baterías ocho mil granaderos, lo más arrogante del ejército francés.

No había forma ni manera de que Palafox capitulara, y Zaragoza sufrió los horrores del hambre y de la peste. El tenaz caudillo cayó enfermo, contagiado de la epidemia que produjeron los cadáveres hacinados y las privaciones del vecindario y del Ejército. Espirante y desahuciado, quedó prisionero de los enemigos, que penetraron al fin en la ciudad. Ni aun entonces pudieron arrancarle el menor indicio de arreglo, pues sólo vivía lo que alentaba en él para el odio y la venganza. Cinco años estuvo en las prisiones militares de Vicennes, á donde le llevaron moribundo, como reo de Estado, no siendo libertado hasta después del tratado de Valencey, en 1813. ¿Cómo habían de olvidar los franceses las 3.000 bajas del primer asedio, ni las 9.000 que tuvieron en la segunda defensa realizada por Zaragoza, operación militar que preludia á Plewna, y en la que se apuraron todos los recursos del genio y los arranques del más sublime valor! La ciudad, destruida en sus dos terceras partes y ofreciendo los cadáveres espantosamente mutilados y medio envueltos entre los escombros horrible espectáculo, resistía aun después de cerca de dos meses de trinchera abierta, y eso habiendo necesitado el sitiador veintinueve días para poner el pie dentro del recinto donde se seguía la lucha casa por casa, y todavía con 20.000 muertos y 13.000 heridos y enfermos en los hospitales, sólo cuando faltó Palafox y se vió próxima á volar, según propósito del Mariscal Lannes, acordó la entrega con honrosas condiciones, que no fueron cumplidas. A Lannes, que insistía en la entrega á discreción, contestó el Magistrado Ric con altivez: «NUNCA; AUN CONSERVAN LOS ZARAGOZANOS AKMAS, MUNICIONES Y PUÑOS.»

No se puede sin notoria injusticia negar que Palafox fue el alma de la inmortal defensa. Indomable y serena su valentía, la consagró con ardor á un ideal de gloria. «Si carecía de dotes intelectuales para dirigir obra tan ardua como aquella—dice el insigne Pérez Galdós,—tuvo el acierto de reconocer su incompetencia y rodearse de hombres insignes por distintos conceptos.

Estos lo hacían todo y Palafox quedaba tan sólo con lo teatral. Sobre un pueblo en que tanto prevalece la imaginación no podía menos de ejercer subyugador dominio aquel General joven, de ilustre familia y simpática figura, que se presentaba en todas partes, reanimando á los débiles y distribuyendo recompensas á los animosos.»

Se vanagloriaba, y con razón, de haber sido el propulsor de aquel gran movimiento que eternamente servirá de timbre y orgullo á la ciudad cuyo ejemplo se invocará siempre en todas las lenguas allí donde el patriotismo lo necesite para salvar la independencia de los pueblos.

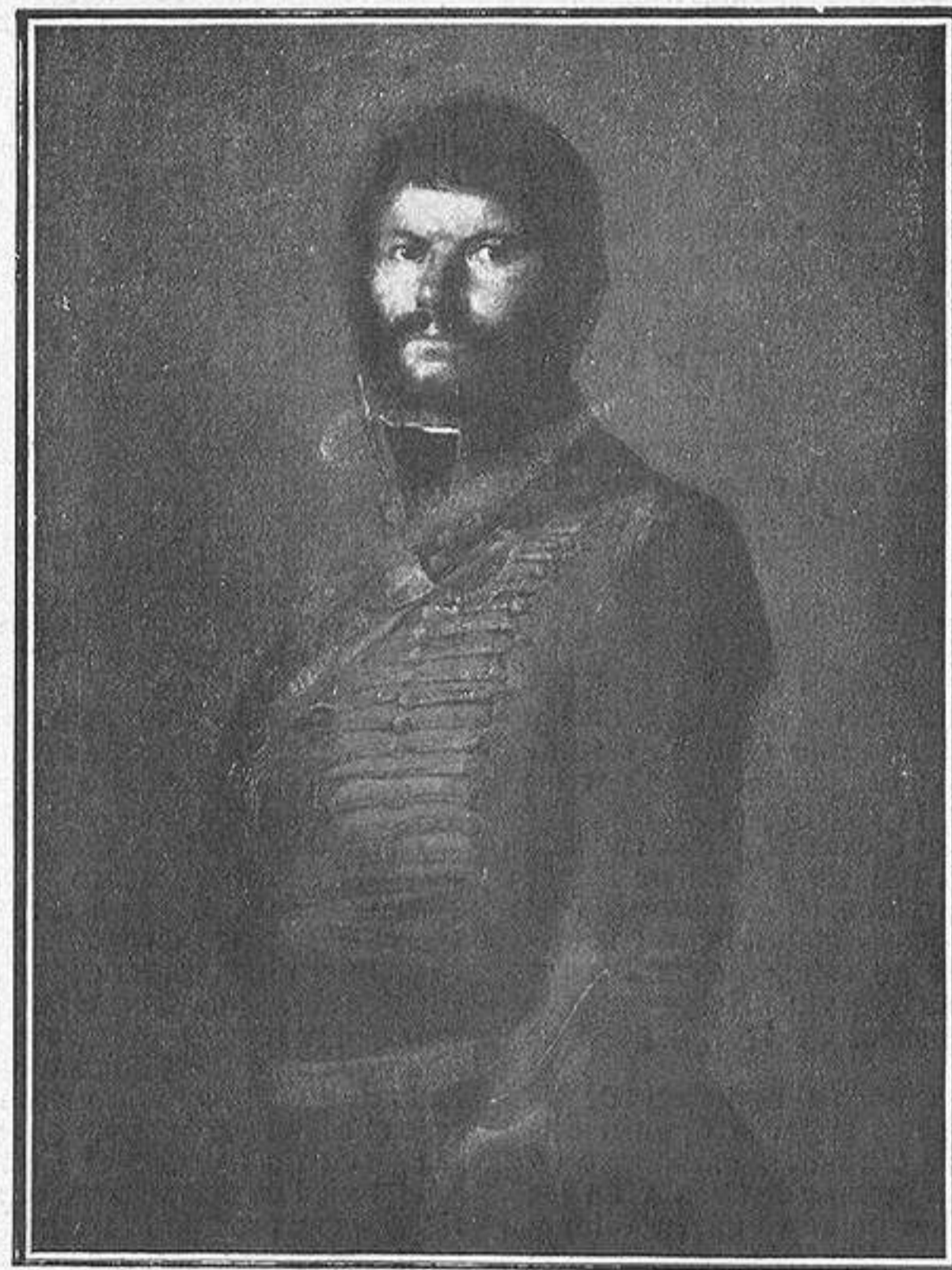
Palafox, vuelto á España, mandó el Ejército de observación del Centro, con motivo de haber Napoleón abandonado su destierro.

Después estuvo seis años alejado de la corte, sin solicitar cargo alguno. Del 20 al 23 fué Comandante general de alabarderos.

Publicó en defensa de la Constitución una enérgica proclama cuando el Gobierno y las Cortes se trasladaron á Sevilla, por lo que se le exoneró.

Nombrado luego Comandante general de Inválidos é Inspector general de Milicias provinciales, y más tarde Jefe de la Guardia Real Exterior, falleció el 15 de Septiembre de 1847, recibiendo sepultura en la Basílica de Atocha.

Era Capitán general desde el 9 de Marzo de 1809 y Duque de Zaragoza desde el 17 de Julio de 1834.



JUAN MARTÍN DÍAZ „EL EMPECINADO.,

## Juan Martín Díaz „el Empecinado“



Hijo de gente aldeana, adiestrado en la guerra como soldado hiciera en el ejército regular á fines del siglo XVIII, Juan Martín Díaz se nos presenta desde la mocedad como el tipo nato del guerrero, no sólo por sus aptitudes, por su voluntad y por sus entusiasmos, sino por singulares rasgos de carácter propios solo de la carrera de las armas. Así se dió el caso de contentarse, una vez terminadas sus primeras campañas, con que se le declarase apellido de familia el sobrenombre de *Empecinado*, sobrenombre con que se le conocía en el ejército, recompensa harto insignificante para el que tanto se distinguía en él. Convertido por breve tiempo en labrador, tan pronto se da cuenta del inicio proceder de Francia en 1808, cuando requiriendo el acero de nuevo, acude á la pelea, pelea individual en un principio, reducida al breve espacio de la tierra conocida, pero que toma cuerpo y vuela en constantes asechanzas, emboscadas y rebatos, hasta que, hecho popular su nombre en ambas Castillas, á su alrededor vanse agrupando, una tras otras, las partidas de patriotas, partidas que no tardan en constituir formal ejército, con el que hace frente y acomete al enemigo, recobra ciudades, destruye convoyes, corta comunicaciones y ejecuta sorpresas que pueden calificarse de verdaderos prodigios. Y así, el antiguo soldado y el guerrillero sagaz consigue grados, honores, consideraciones, incluso el empleo de general, otorgado por la Regencia del Reino. De este crecimiento y popularidad del hombre rústico, que por sus dotes personales se abre paso hasta una alta jefatura, ofreció no pocos ejemplos la guerra de la Independencia; pero ninguno tan admirable como el de nuestro guerrillero, porque á sus condiciones de arrojo y sangre fría, á sus hechos portentosos de audacia, añadía las luces de un claro entendimiento y aquella generosidad y abnegación que tan bien sientan en los caudillos populares. La imaginación de sus partidarios formaba leyenda con sus hechos, que abultados luego por la fantasía popular, eran señuelo de la juventud ganosa de gloria, acicate para los dudosos, poderoso estímulo para cuantos luchaban por la patria. No es, pues, extraño que su nombre llene casi todas las páginas de la guerra y que haya sobresalido entre el de cuantos como partidarios se dieran á conocer.

Pero si gran relieve tiene esta figura en los días gloriosos para la nación, no lo adquirió menor en el aciago período que siguió á 1814. La victoria no devolvió la paz á los espíritus, antes hizo

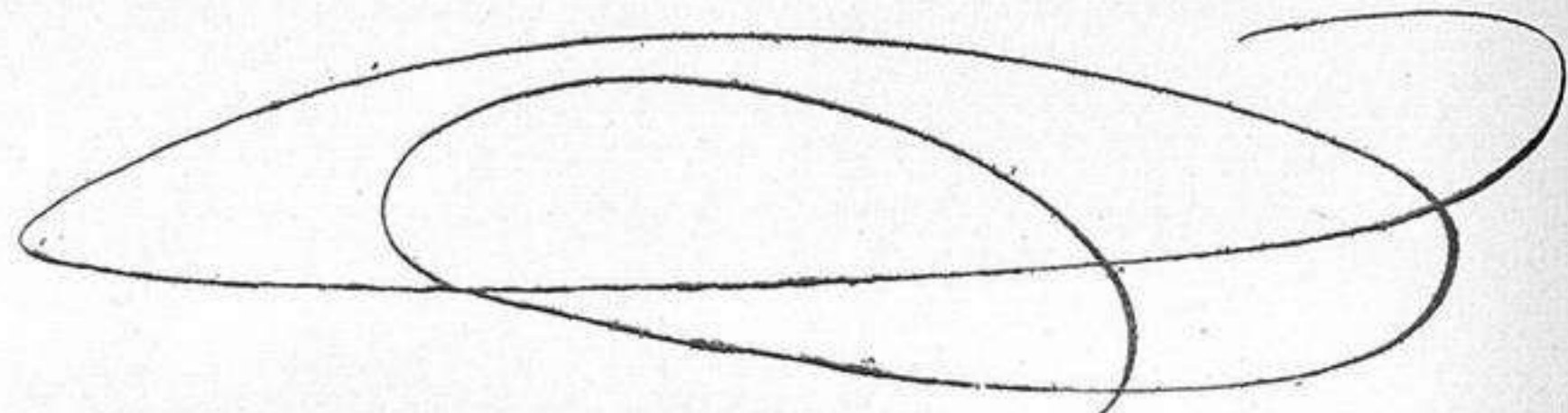
enemigos de los hermanos y trajo al territorio patrio aquellos mismos á quienes nueve años antes, acababa de lanzar. ¡Raros contrastes de la fortuna! El guerrillero de la Independencia tenía que medir sus armas con el famoso cura Merino, otro de los que se quedó á caballo, una vez hecha la paz. Y sin duda que la vida del *Empecinado* en esta segunda etapa, no es menos gloriosa que en la primera, pues tan amante de su libertad como de la Independencia, luchó por aquélla hasta morir en el cadalso. Persecuciones, ingratitudes, traiciones y felonías le acompañaron en sus últimos días. No bastaban la exoneración, ni el destierro á la enemiga del Rey; no el olvido de sus servicios por parte del pueblo; era preciso algo más grave y más doloroso: el espectáculo de su propia esposa, que del brazo de un enemigo iba á presenciar su muerte en el cadalso.

¡Indigno fin el de aquel bizarro soldado! Pero el león, recobrando por un momento todas sus energías, rompe las esposas que le sujetan, arrebata el acero á uno de sus guardianes y arroja contra ellos hasta sucumbir en las mismas gradas de la horca. ¡Así un doble y terrible desengaño le hirió en sus sentimientos de patriota y de hombre honrado; así pasó á la historia en la trágica actitud de protesta propia de los que lealtamente combatieron por la patria, no por el entronizamiento de un tiranuelo!

En estos días, en que se trata por algunos de ensalzar la influencia de ciertos elementos en la guerra de la Independencia, bueno será que honremos y pongamos en el más alto lugar á los que lucharon en los campos contra el enemigo interior, más feroz si cabe y más repugnante, que los enemigos extranjeros. De éstos, salimos vencedores después de seis años de lucha; con aquél hemos combatido por dos veces en sendas campañas y aun amenaza adueñarse de España con artes peores que las empleadas por la clerigalla guerrillera.

*Severo de Madariaga*

*Francisco Barado*





## CONCURSO DE GRABADO

El General Palafox.



PREMIO

D. Francisco Esteve.



## Alvarez de Castro, Santocildes, Pérez de Herrasti, Menacho.

**B**E aquí cuatro nombres que debieran estar esculpidos, no ya en letras de oro, como rótulos de monumentos, sino en el corazón y en la mente de todos los españoles. Ellos simbolizan y resumen la epopeya de la guerra de la Independencia, por su aspecto más interesante, desde los puntos de vista político y militar, inaccesible a la crítica, que no puede hallar en su juicio sino elogios, y seguramente el más digno de ser estudiado, comprendido é imitado por las generaciones venideras, y muy especialmente por la nuestra.

La guerra de la Independencia fué una santa explosión de entusiasmo nacional. España entera, portándose como un hombre de honor, según dijo Napoleón, corrió a las armas, decidida y resuelta a morir antes que soportar ignominiosa servidumbre; tal es la grandeza incomparable, la sublimidad moral de aquel hecho histórico. Pero para que todo hubiera sido cumplido, nos faltó una cosa: gobierno y dirección militar. Los españoles de 1808 hicieron, por su parte, como ciudadanos y como masa social, mucho más que los franceses en 1793; pero les faltó un Carnot que supiera organizar la victoria, transformar las muchedumbres en verdaderos ejércitos, constituir núcleos militares de fuerza efectiva, á que se hubieran agregado sistemáticamente los espontáneos contingentes que daba el pueblo; encauzar, en suma, el entusiasmo nacional, no sólo hacia el heroísmo y la muerte gloriosa, sino hacia la victoria rápida y decisiva. Si hubiéramos tenido esto que nos faltó, la gloria de España no habría sido menor; habrían sido menores los daños padecidos, y la reputación exterior, y aun el orden interior, mucho mayores.

Nuestra patria salió de la guerra con crédito de nación indomable, pero con escasa reputación militar; corrió como lugar común por Europa, y aun los españoles llegaron, á fuerza de oírlo, á convencerse de ello, que para guerrilleros ningunos como nosotros; pero que para campañas regulares y empresas militares de todo género, éramos poco menos que incapaces. Esta idea, fuera y dentro de fronteras, nos ha hecho harto daño en el siglo que va pasado, desde la guerra de la Independencia, y algunos, bien persuadidos de la gravedad incalculable de ese mal, hasta han aborrecido, como funesto, un recuerdo que debemos todos siempre considerar gloriosísimo.

Que la idea es falsa, acredítalo nuestra historia, rica, cual la que lo sea más, en brillantes páginas militares; y el mismo estudio de la *francesada* lo demuestra.

Si para organizar el conjunto de la resistencia no tuvimos el Carnot que necesitábamos, ya porque no le hubo, ya porque la indisciplina de la raza no le dejó hacer, hechos parciales de extraordinaria importancia militar pusieron de relieve que los españoles, cuando encuentran quien sepa organizarlos y mandarlos, son siempre los soldados de Carlos V, de Antonio de Leiva, del Duque de Alba y de Farnesio. „Esta nación, decía Fernando el Católico al Embajador de Florencia, irá siempre delante de todas, cuando tenga á su frente quien sepa dirigirla.“

Entre esos hechos parciales son quizás los más gloriosos las defensas de Gerona, Astorga, Ciudad Rodrigo y Badajoz. Y, ¿por qué?



PÉREZ DE HERRASTI



MENACHO

Porque en cada una de estas plazas hubo un hombre, de los que indicaba Fernando el Católico. Gerona es Alvarez; Astorga es Santocildes; Ciudad Rodrigo es Pérez de Herrasti; Badajoz es Menacho.

Los cuatro son personajes tan semejantes en su fisonomía moral que parecen hermanos. Ninguno fué de los héroes populares que surgen de la muchedumbre, ni caudillos improvisados, ni arengadores de turbas, ni frasistas, ni hombres de frenético entusiasmo. Eran cuatro militares profesionales, que habían empezado su carrera como cadetes, estudiando en los libros y en los campos de instrucción, ascendido por antigüedad y por mérito de guerra, pasado muchos años en guarniciones y en campaña, formado lentamente su espíritu y su carácter en las sabias Ordenanzas de Carlos III. Alvarez era, como dice Arteché, *un veterano severo y taciturno*; Santocildes un militar ilustradísimo, que recorrió en su juventud todas las Academias de ampliación entonces existentes, y conocía profundamente la ingeniería, á cuyo

Cuerpo estuvo algún tiempo agregado; de Pérez de Herrasti escribió Thiers que *no se batía por fanatismo, sino por honor militar*; y este mismo sentimiento animaba el ardiente corazón de Menacho, cuando al llegar herido á Badajoz con su división, entregaba el mando diciendo: *ya no puedo más; he salvado la división, y yo estoy muerto*.

Los cuatro eran de pocas palabras, y las que decían, cuando había necesidad de hablar, tenían la fuerza de sentencias espartanas. Serios y graves, imponían su autoridad con el ademán imperioso, con la sencillez en la orden, con la inquebrantable resolución de hacer ejecutarlo mandado, y más que todo con el ejemplo. Los cuatro fueron queridísimos de sus subordinados, por lo mismo que se hacían respetar. Ninguno de ellos fué murmurón ni pediguño de recompensas, y resalta en sus hermosas biografías que *la satisfacción interior* que sintieron siempre fundaronla sobre la base incommovible del espíritu de sacrificio y del cumplimiento espontáneo del deber. Los cuatro creían en Dios, amaban á la patria, y preferían á todo premio el aplauso íntimo de su conciencia.

*El encargado de defender un puesto, á toda costa lo hará*: así reza un artículo famoso de las Ordenanzas, que estos rígidos ordenancistas tenían en la memoria y en el corazón; y en Gerona, en Astorga, en Ciudad Rodrigo y en Badajoz, lo cumplieron exactamente, al pie de la letra, sin alharacas, ni desplantes, con la

misma escrupulosidad que los habían cumplido todos en su vida. Llegó la ocasión de llegar á la cumbre del heroísmo y subieron á ella sencillamente, sin prosopopeya, como una cosa natural.

Y no sólo cumplieron su deber mandando, luchando y muriendo, sino preparando de antemano sabiamente las empresas que hubieron de inmortalizarles.

Estas celeberrimas defensas no fueron improvisadas: Alvarez, Santocildes, Herrasti y Menacho, lo tenían todo preparado para que las plazas puestas bajo su gobierno pudieran resistir largo tiempo y con éxito.

El carácter de los cuatro inmortales gobernadores se reflejó naturalmente en las defensas que dirigieron. En los cuatro sitios coadyuvó el pueblo; pero... coadyuvó, no dirigió. Y el orden más completo reinaba en las cuatro ciudades sitiadas, donde no se oyó, durante los sitios, más que el fuego y la voz del gobernador dominándolo.

*Angel Salcedo Ruiz*





LA CAPITULACIÓN DE BAILÉN (CASADO DEL ALISAL)

## DESDE EL CAMPO FRANCÉS

(Traducción del borrador de una carta familiar).

A FRANCISCO GUILLERMO COLSON  
PINTOR DE HISTORIA

PARÍS

Cádiz 18 Septiembre 1808.

Mi querido primo y *plus proche parent*: vuelvo á escribirte para que sepas que aún vivo. No sospechaba yo, cuando te dí el abrazo de despedida en el estudio del gran David, tu maestro, llevando mi flamante uniforme de oficial de dragones, que meses después habría de verme encerrado en una fortaleza de la bahía de Cádiz. ¡Me parece un sueño!

Ya tendréis en París noticia de nuestra derrota. ¿Qué habrá dicho el Emperador? ¿Qué opinarán de nosotros los héroes de Austerlitz y de Jena?

¡Dichoso tú que puedes esperar un porvenir! el mío ya ha terminado. Napoleón jamás perdona á los vencidos, y la Francia nunca se creará madre de un prisionero de Bailén.

¿Que cómo ocurrió el inaudito suceso?

Diffícil es explicártelo. Tú no conoces estas tierras ni los nombres de sus villas, pero consultando el mapa acaso halles cierta orientación. Yo únicamente menciono las que son capitales de departamentos y algunas más que te ayuden á ver en esta descripción extravagante y anti-técnica de la batalla, escrita sólo para tí.

No ignoras que era nuestro propósito avasallar toda Andalucía con un total de 23.000 soldados y 48 cañones; que el Emperador creyó la empresa fácil y el contingente excesivo, porque estaba mandado en jefe por el *General Intrépido*, por Dupont de L'Étang.

¿Cómo no había de inspirar ciega confianza el heroico vencedor en Barberino y de Florencia; el coloso que en Lombardía, con quince mil hombres derrotó á cincuenta mil austriacos; el que hace dos años, con cinco batallones, arrolló y deshizo un ejército de veinticinco mil prusianos en el puente de Illalla y el que reprodujo sus hazañas en Lubeck, Mahrungen y Freidland? Pobre Dupont, y ¡cuán triste é inesperado ha sido el epílogo de su gloria militar!

Pero no divagaré:

El 7 de Junio batimos á los españoles en un puente, y del empuje entramos en Córdoba con furor y codicia. No quiero recordar los horrores de que fui testigo. El 19 nos replegamos sobre Andújar y el 20 saqueamos á Jaén.

El 16 de Julio hubo un rudo choque, cerca de Menjíbar, entre un corto destacamento nuestro y una división mandada por Reding.

La superioridad numérica del enemigo nos obligó á una sabia retirada; allí mataron al general Góbert. Por entonces, mal inspirado Dupont acerca de las maniobras de Castaños, ordenó á Vedel que partiera con sus divisiones hacia los montes en demanda de Reding, pero no hallando enemigos, Vedel se detuvo y acampó en unas villas distantes de Andújar más de tres leguas.

Entretanto, Reding había repasado el Guadalquivir con gran sigilo y ocupado á Bailén, interponiéndose entre nuestros dos ejércitos.

Su plan era atacarnos en Andújar; pero Dupont, apenas supo el movimiento de Reding, afanoso de batirlo por el frente y retaguardia, al paso que rehuía las divisiones de Castaños, emprendió su marcha sobre Bailén el día 18 al declinar la tarde.

El 19, de madrugada, nuestra vanguardia avistó la del enemigo y rompió el fuego; pero aquél fué prontamente reforzado y hubimos de retroceder en espera de las columnas. Llega Dupont con los coraceros, cazadores y dragones de Dupré y Privé y la brigada suiza. Yo pertenecía á los dragones de Privé. Apenas desembocamos, los coraceros se arrojan sobre la izquierda enemiga, acuchillan un regimiento de infantería y se apoderan de un cañón, mien-

tras que la derecha es atacada por los suizos de Schramm y otras fuerzas. Yo, inactivo aún entre los míos, aguardando órdenes, pude investigar el campo de batalla. Eran las ocho. A mi vista se ofrecía la mayor parte del ejército español, y recuerdo las *chansonnettes* que le dedicamos. Figúrate unas tropas de las que sólo un tercio estaba uniformado; todos los demás iban vestidos de paisanos, y entre su caballería noté un escuadrón de campesinos andaluces, que en vez de lanzas llevaban largas picas, útiles no más (creía yo antes) para defenderse de los toros.

Mucho nos reíamos de todo aquel ejército abigarrado, pero á la vez nos resultaba inexplicable que siguiesen firmes en sus líneas después de cuatro horas de lucha.

Poco á poco fué trocándose nuestro alborozo en asombro y preocupación. Manifiestamente éramos rechazados: nuestro centro cedía al contrario empuje; Dupré murió y Schramm quedó herido; la artillería enemiga había desmontado la mitad de nuestros cañones y nuestra 4.<sup>a</sup> legión estaba casi deshecha.

Pero urgía mucho á ambos combatientes terminar la batalla, pues de un momento á otro podrían acudir, ó las divisiones de Castaños que nos cogerían entre dos fuegos, ó las de Vedel que efectuarían igual funesta maniobra con los españoles.

Eran las once de la mañana cuando Dupont, ciego de ira, se puso á la cabeza de todas las columnas y ordenó arremeter en masa. Una carga general á la bayoneta, siempre irresistible, no pudo abrirnos paso y resultó infructuosa. A los coraceros y dragones, que avanzamos como un alud contra el ala izquierda, nos salió al encuentro aquel escuadrón de campesinos armados de picas; después del primer choque, que fué espantoso, comprendimos el terrible efecto de su arma única y de la fuerza y la maestría de los jinetes. Nuestra superioridad táctica y numérica era contrarrestada por un sistema, por una forma de ataque que ellos usaban para derribar los toros más fieros... ¡Qué carnicería! pero los malditos no cejaron, no; antes bien... ¡basta!, sólo he de añadirte que nunca me había batido con hombres tan tercios y formidables (1).

Rechazadas nuestras tropas en aquel primer intento y previo corto descanso, ordenó Dupont, ya fuera de sí, otro ataque general con todos los batallones mas la artillería enemiga *vomissait le feu à tout volée* y también fuimos rechazados con enormes pérdidas.

Clamaba nuestro caudillo contra Vedel, que no había llegado, atraído por un cañoneo incesante de seis horas; y cada vez más receloso de que apareciese Castaños, nos arengó invocando el honor de Francia comprometido y la vergüenza y oprobio de que nuestras banderas y nuestras águilas imperiales fueran pisoteadas...

Gritos de rabia y de entusiasmo le respondieron y un tercer ataque se verificó más rudo é impetuoso que los anteriores; en él tomó parte activísima el batallón famoso de los Marineros de la Guardia, que hicieron proezas, llegando casi á tocar los cañones enemigos... ¡Todo en vano! Aquel batallón, siempre invencible, tuvo que retirarse á la desbandada; nuestra brigada suiza se pasó á los españoles; de los dragones y coraceros, la mitad estaban muertos ó heridos y nuestra artillería silenciosa. No habíamos logrado abrir una brecha en las filas contrarias, y como testimonio del valor con que luchamos, yacían sin vida sobre la tierra calcinada más de 2.000 franceses.

¡Qué tristeza, qué amargura se apoderó de mi alma! Ya era una realidad la inverosímil derrota del *General Intrépido* y de su hueste aguerrida.

Todos nos hallábamos abatidos, jadeantes, sedientos y asfixiados bajo un sol canicular cercano al zénit.

Dupont propuso entonces á Reding una suspensión de hostilidades, que fué aceptada como preliminar de la capitulación.

Entretanto llegó al campo de Bailén una división destacada del ejército de Castaños y completó nuestro cerco. Y cuando apareció por fin Vedel con sus tropas, no quiso creer en el armisticio, atacando á los españoles por los flancos y retaguardia hasta que Dupont le intimó la orden de cesar el fuego...

Yo quisiera dejar aquí la pluma. ¡Es tan desagradable lo que me resta por decir! Permite al menos, que sea lacónico.

Dupont solicitó vanamente de Castaños que le dejase marchar hacia Madrid con todo su ejército. Obligado á rendirse, aconsejó á Vedel que partiera salvando sus divisiones; pero cuando Reding lo supo, amenazó á Dupont con pasar á cuchillo todas sus tropas si Vedel no retrocedía y se entregaba también prisionero. Vedel retrocedió, obedeciendo el mandato de su general en jefe.

Por último, se firmaron las capitulaciones.

Los 8.000 hombres de Dupont que quedábamos en pie, desfilaron ante Castaños y rendimos las armas. Los 9.000 de Vedel también las rindieron (con 40 cañones), pero para devolvérselos al embarcarlos en Cádiz, con destino á Francia. Esa fué la distinción concedida á los que no se habían batido.

Quiera Dios, amado Guillermo, que nunca presencias el acto desgarrador de depositar á los pies del enemigo de tu patria su sacrosanto estandarte y las armas con que debiste defenderlo hasta morir.

Merecemos lo que obtuvimos: que los vencedores faltaran á su tratado y que aún estemos prisioneros. ¿Cuándo volveré á verte? Tal vez jamás.

Escríbeme á Cádiz, Castillo de San Felipe.

Te abraza tu indigno primo, SANTIAGO COLSON.

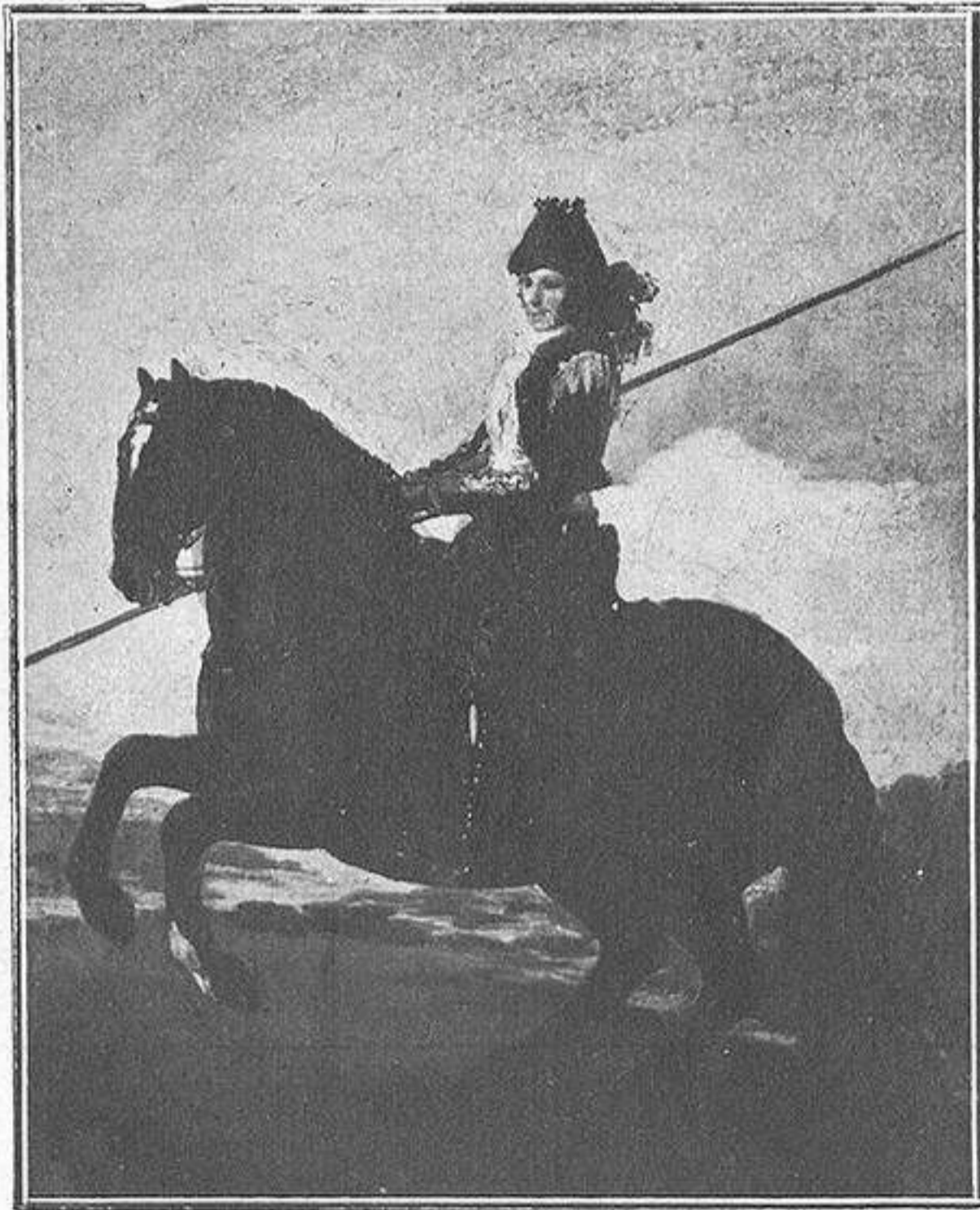
*Advertencia del traductor.* - Tengo noticias muy posteriores al año 1808 del oficial de dragones franceses Mr. Santiago Colson. Cuando las autoridades le pusieron en libertad, viéndose huérfano y ya sin afición á la milicia, quedóse en aquel rincón de España... porque tal era su sino.

Firmada la paz se dedicó al comercio y á la más cortés galantería. Como consecuencia, fué de nuevo rendido y condenado á perpetua esclavitud por la dama gaditana doña Manuela Pareja. Hija de esta pareja matrimonial fué mi buena madre, quien solía repetir que mi abuelo nunca pudo consolarse de la derrota de Bailén.

Supongo que muchos pondrán en duda la veracidad de estos sucesos, que son rigurosamente históricos; pero me consuela la idea de que los más descreídos acaso digan:

- Si non é vero é ben trovato.

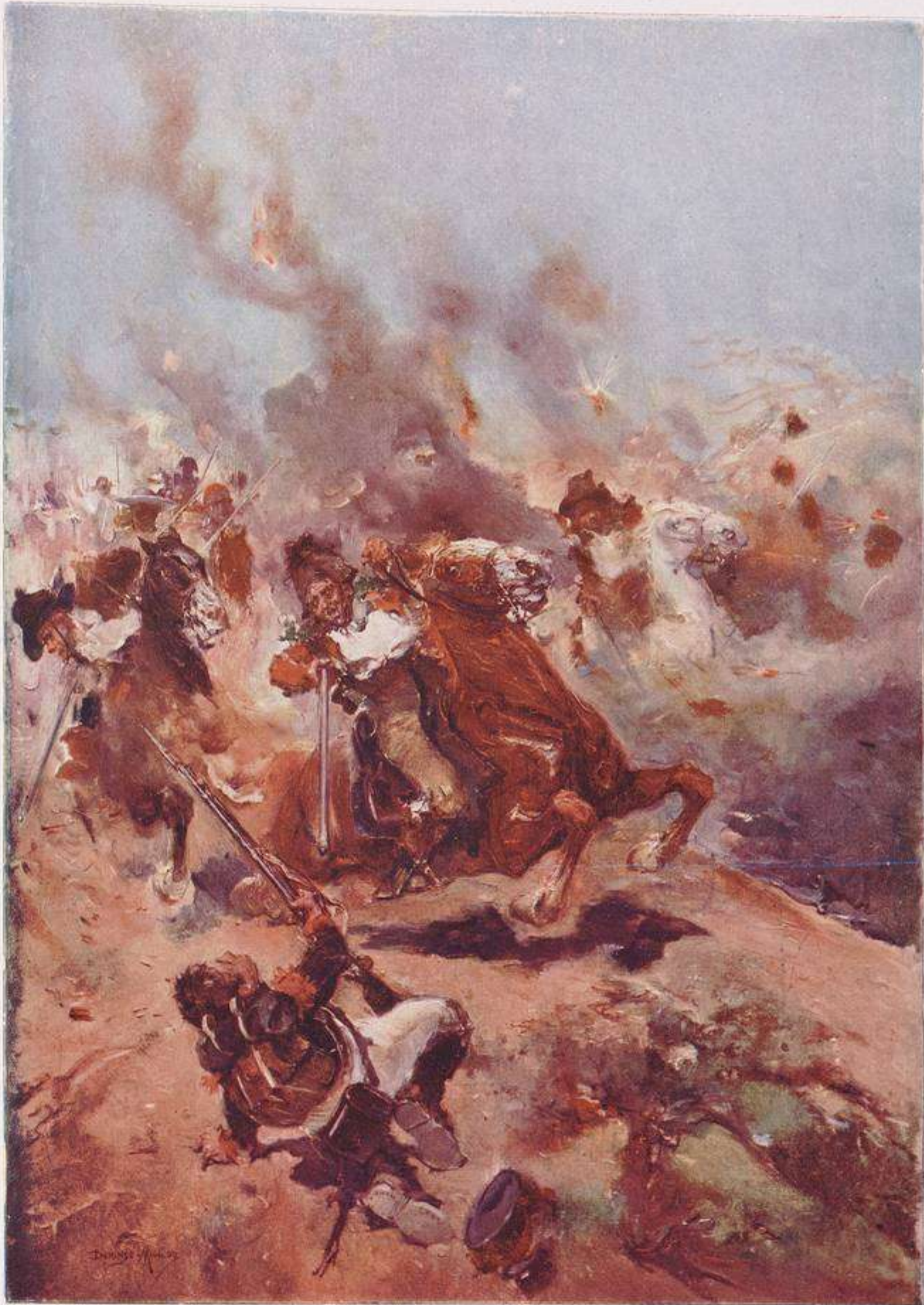
*Santiago Colson*



UN GARROCHISTA

(GOYA)





(DOMINGO MUÑOZ)

Carga de los garrochistas en la batalla de Bailén.

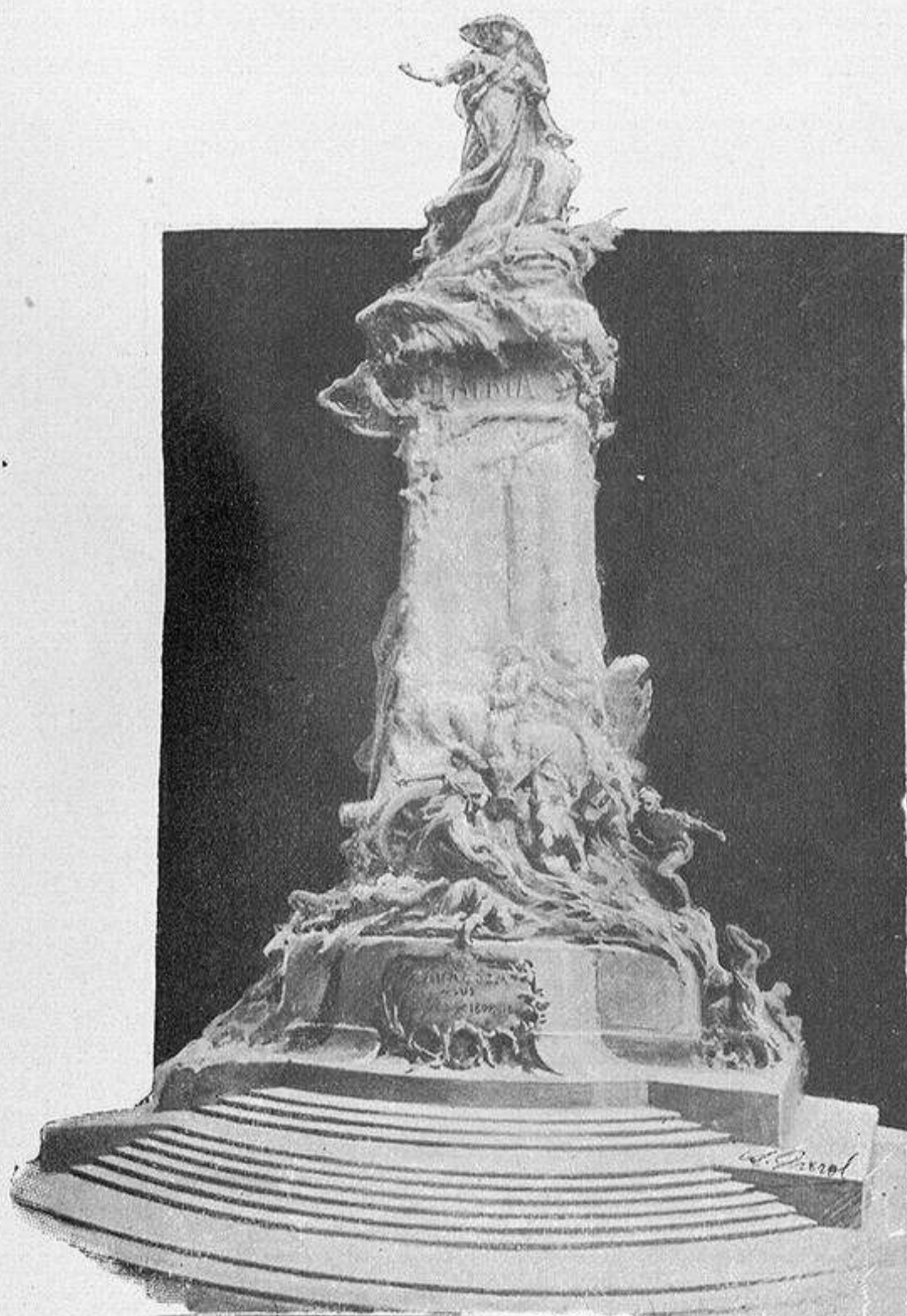


A la memoria de  
los heroes de la  
Independencia Española



Maria Cristina





A. QUEROL

## ZARAGOZA

La Virgen del Pilar dice,  
que no quiere ser francesa,  
que quiere ser capitana  
de la tropa aragonesa.

(Cantar popular.)



UNA de tantas añoranzas de los pasados tiempos; uno de esos viejos refranes, cuyo número forma legión en nuestra Patria, y cuyas "máximas" y "preceptos", creemos y practicamos á cierraos, sobreponiéndose en nosotros, al hacerlo así, como distintivo de nuestra raza en los actuales tiempos, la debilidad y ligereza de juicio de *Quijotes*, á la madurez y reflexión de *Sanchos*, asegura que, "nadie es profeta en su Patria", y, ¡caso raro!, ya en el glorioso año de 1808, un ilustre desconocido, Napoleón Bonaparte, se encargó de desmentir su exactitud y eficacia, siendo *profeta* en su tierra, en lo que á España se refiere, cuando en sus instrucciones al Gran Duque de Berg, el tristemente célebre Murat, que al frente de lo más granado de las tropas francesas venía á nuestro suelo, á sostener en el trono al *deseado* rey Fernando, le decía: "No creáis que vais á atacar á un país inerme, y que os bastará mostrar vuestros soldados para someter á España..."

Para desdicha suya, su don de adivinación, fué un caso único, pues meses después rectificaba, caprichosamente, su criterio, y afirmaba al canónigo Escoiquiz, en Bayona, que "País como España, donde existen muchos frailes, es fácil de subyugar."

Bien pronto la realidad, con la severa elocuencia de los hechos, le patentizó el error que había cometido, al rectificar, sin lógica causa ni motivo aparente, su primitivo juicio sobre España.

Y la gloriosa Zaragoza, y con ella todo Aragón, no fué tardía en demostrárselo.

El día 24 de Mayo, exaltados los ánimos hasta el frenesí por la lectura de la *Gaceta*, en la que aparecían las renunciaciones de Bayona, después

de mal pertrecharse de armas y municiones, dirigieron los grupos que á diario se reunían en el Coso, á la Torre de Alfranca, de donde sacaron en triunfo al general que ellos habían elegido por su caudillo y que, según sus biógrafos, era "no más que de veintiocho años de edad, gallarda presencia, valeroso, activo, ilustrado, y que—aquí los cronistas velan su relación discretamente—había sido requerido de amores por varias damas de la corrompida corte de Carlos IV, entre ellas, con gran ardimiento por cierto, si no por la más hermosa, quizá por una de las más elevadas."

Este general, perteneciente á una de las familias más ilustres de Aragón, hijo segundo de los Marqueses de Lazán, D. José Palafox y Melci, de acuerdo con el célebre patriota Jorge Ibort (conocido vulgarmente por el apodo de *El tío Jorge*), con D. Valero de Borja, Calvo de Rozas, el padre Bogiero, y tantos otros, cuyos nombres ha escrito la Historia en sus páginas con letras de oro, decretó un alistamiento general y organizó cinco tercios de ejército, si escasos en número, grandes en ardores y entusiasmos por defender el santo nombre de España.

Una compañía de fusileros, 60 artilleros, un escuadrón de dragones del Rey y 29 oficiales retirados constituían la guarnición de Zaragoza en aquellos días.

Las partidas de escopeteros, formadas por labradores de las parroquias de la Magdalena, San Miguel y San Pablo, sustituían ventajosamente, con su arrojo y heroísmo, la fragilidad de las murallas de la población. Cada pecho aragonés era una muralla que oponer á los franceses, y cuya rendición sólo había de conseguirse con la muerte.

En los primeros días de Junio partió de Pamplona el general Lefevre, con el propósito de apoderarse de Zaragoza.

Quinientos soldados y algunos millares de labriegos, ignorantes de toda instrucción militar, que jamás habían manejado un fusil, ni mucho menos un cañón, sostuvieron victoriosamente este primer sitio contra cerca de 12.000 franceses, haciéndoles bajas en número de más de 3.500 hombres durante los sesenta mortales días que duró el asedio.

En la desesperada defensa del Portillo, una de las más admirables páginas de la gloriosísima Historia de la invicta Zaragoza, una mujer del pueblo, Agustina, concretando en sí el temple y la indomable arrogancia de las mujeres españolas, realiza la hazaña memorable, cuyo recuerdo perdurará eternamente.

Deseoso Napoleón de tomar el desquite de sus pasadas derrotas, envía al mariscal Lannes sobre Zaragoza con dos cuerpos de ejército, mandados por los generales Montier y Moncey, un tren completo de sitio, considerable número de cañones y abundantes víveres.

El día 20 del mes de Diciembre daba Lannes vista á la ciudad, cuyos moradores se aprestaban de nuevo á la defensa, empuñando toda clase de armas, picas, hierros, palos y cuanto á la mano encontraban, poseídos del mismo fér-

vido entusiasmo y coraje de que tan excelsas muestras habían prodigado.

Del primer intento de asalto quedaron muertos ó heridos más de 3.000 franceses, y esta prueba hizo comprender á Moncey que era ardua y temeraria empresa el querer dominar á la inmortal ciudad, y que el ejército y el pueblo zaragozano, guiados por sus ínclitos campeones Palafox, Velasco, O'Neill y Saint-March, no se doblegaban tan fácilmente al invasor extranjero.

### ARAGONESES Y SOLDADOS

QUE DEFENDEIS A ZARAGOZA.

Dos meses ha que los llamados invencibles Ejércitos Franceses tienen sitiada esta Capital, y han usado de quantos medios pueden sugerir la crueldad y la vileza para asfijaros. No contentos de ejercer el robo de las cosas mas sagradas, de incendiar los campos, de degollar á los rendidos é inocentes, y de violar sin pudor á las infelices que la casualidad y la desgracia han hecho caer en sus manos; han arrojado en la Ciudad mas de cinco mil bombas y granadas, han atacado con furor, y aun tiempo mismo repetidas veces todos los puntos y baterías, y por fin no es han permitido un solo día ó noche para el descanso. A todo habeis sabido resistir, vuestro valor, vuestra constancia, y el fuego sagrado de la Religión y de la Patria os han hecho olvidar el descanso, y preferir la muerte á la humillacion y abatimiento del nombre Español. Vuestras mugeres las Zaragozanas, cuyo valor admirable las hace superiores á quantas la historia nos recuerda han desplegado su extraordinario espíritu y esfuerzo, presentandose en medio de los peligros para animaros y subministraros generosamente durante los combates, los alimentos y auxilios necesarios. La Europa admira la defensa que ha hecho Zaragoza. Toda la Nacion Española dirige sus votos al Altísimo en favor nuestro, y quando llegue á saber que la vista misma de tantas desgracias como han sobrevenido, la rutina de muchas casas, y los robos cometidos por los viles esclavos de Bonaparte no han podido arrancar una sola lágrima, ni queja, y que tan solo respirais armas y venganza, la posteridad llegará á dudar de tanto heroísmo, mas no podrá dexar de venerar la memoria de tanto Oficial de mérito y tantos héroes ya Paisanos, ya Militares como se han distinguido, y cuyos nombres se publicarán en dias de mas quietud.

Soldados, ya la suerte está decidida; nuestro triunfo es seguro, completad la obra que tan dignamente habeis sabido sostener; que no se salve ni escape uno solo de estos pífidos destructores de la paz del género humano. Ya corren presurosos á vuestro socorro los valerosos Ejércitos Españoles acostumbrados á vencer siempre. Estad preparados, y quando llegue el momento de llamarnos, que será muy en breve, acudid, obedeced á vuestros Jefes, y acabese de exterminar ese Ejército Francés que tan mal se ha conducido en España. Cuartel general de Zaragoza 13 de Agosto 1808.

Josef de Palafox y Melci.

En piedras preciosas, sobre plancha de oro, merecía ser transcrita la respuesta que Palafox le envió contestando á su intimación de que le fuera entregada la plaza. ¶

"Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. 50.000 hombres y yo, que tengo la honra de mandarlos, no conocemos más premio que el honor. El entusiasmo de una nación no se apaga con la opresión, y el pueblo que quiere ser libre, lo es."

A principios de Enero formalizose el sitio, y dió comienzo el bombardeo, lanzando incesante metralla sobre la población los cañones enemigos, y causando enormes brechas en las murallas y en las edificaciones.

Penetrando los franceses por los múltiples boquetes y pasadizos abiertos por sus cañones, dió comienzo la cruenta jornada, en la que cada ciudadano era un héroe, una fiera sedienta de sangre y de venganza; cada casa, una fortaleza; cada templo, un reducto inexpugnable, y allí donde existía un tabique en pie, una barricada tras de la cual se defendían los paisanos, con no sobrepujado heroísmo, el arma echada á la cara y el pensamiento puesto en Dios y en España, libre de toda extraña dominación.

Los soldados del imperio avanzaban dos pasos y retrocedían diez, maravillados y atónitos ante aquel alarde portentoso de resistencia tenaz.

Jorge Ibort, el famoso *tío Jorge*, pelea al frente de un pelotón de *matracos*, con increíble de-



nuedo y juveniles arrestos, impropios de sus años.

La lucha se entabla brazo á brazo, y cuerpo á cuerpo. Los cañones franceses son conquistados á navajazos y conducidos á hombros á las barricadas.

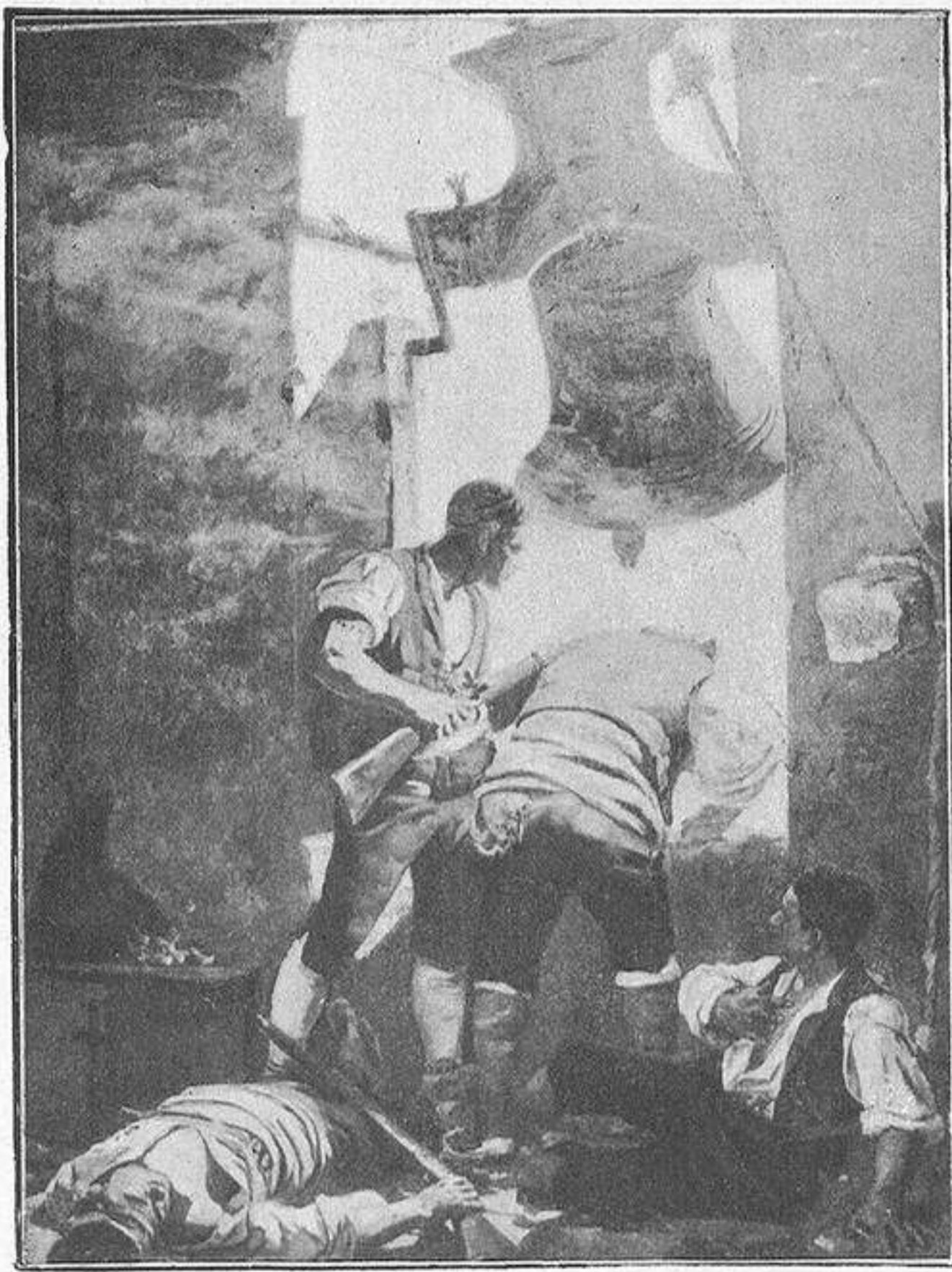
Combaten confundidos jóvenes y viejos, soldados y paisanos, mujeres y niños; aquéllas proveen de yesca para disparar los cañones; los pequeñuelos, abrazados muchos de ellos á los cuerpos agonizantes de sus padres, intentan secundar á todos, y con sus débiles manecitas arrojan piedras; y en aquella horrible confusión y en aquel infierno, entre el estampido de la metralla, los ayes de los heridos, el estertor de los moribundos y las interjecciones y gritos de los vivos, escúchase vibrante, de rato en rato, á manera de plegaria, una voz varonil ó femenina, el sexo no hace al caso, que lanza al aire, con arrogante entonación, la briosa copla:

«La Virgen del Pilar dice...»

Agustina de Zaragoza, la Condesa de Bureta, Manuela Sancho, Carmen Alvarez y mil más, luchan denodadamente, armadas de sables, pistoles, navajas y tijeras en abigarrado y confuso montón, del que forman parte, así las hijas del pueblo, como las damas de la más ilustre y elevada alcurnia.

Uno de los sitios donde la lucha revistió proporciones más colosales, fué en el convento de San Agustín, caserón destartado que servía de residencia á los padres agustinos, y que se alzaba á la parte Oriente de la ciudad.

Después de resistir valerosamente á los imperiales el puñado de *matracos* y soldados que defendía el templo desde las puertas, desde los claustros, desde los altares, y más tarde desde el púlpito, donde media docena de bravos se hicieron fuerte y sembraron de cadáveres las losas de la iglesia con sus certeros disparos, viéronse obligados, rendidos y maltrechos, á replegarse hacia la escalera del campanario, ante el número abrumador de sus enemigos.



E. ÁLVAREZ DUMONT

En cada peldaño, en cada revuelta de la escalera, el valor de los españoles se imponía al denuedo de los soldados de Napoleón, y la lucha continuaba encarnizada, sangrienta, sin cuartel.

Cuatro hombres, de entre aquel puñado de héroes lograron llegar con vida al campanario. Parapetados en aquél su postrer refugio, aún consiguieron tener á raya á los franceses durante largo rato, pero ¡vano empeño!, muertos ó mal heridos aquellos cuatro colosos, la soldadesca francesa se apoderó del templo y se entregó á la vista de las imágenes, de los atributos del culto y de los cadáveres, á toda suerte de abominables desmanes. La peste primero, y casi simultáneamente, el hambre con todos sus horrores, vinieron á completar la tragedia, vigorizando aún más con su sombría presencia, el cuadro pavoroso que ofrecía Zaragoza en su agonía.

Estas dos calamidades propagáronse en tales proporciones por la población, que era rara la familia que no tenía que añadir á la lista de sus deudos, muertos en la lucha contra los *gabachos*, los nombres de aquellos otros fallecidos á consecuencia de alguna de ambas plagas. Y á pesar de tanta y tanta



C. ÁLVAREZ DUMONT

amargura y aflicción, proseguía la pelea en las calles y en los arrabales, sostenida con la misma energía y heroísmo que en los primeros momentos, ahora más bien por espectros que por seres humanos. Tal era el triste estado de demacración y agotamiento en que se encontraban los patriotas zaragozanos después de los angustiosos días transcurridos.

Retenido en el lecho Palafox por persistente fiebre, y designada la Junta que había de sucederle en el mando, el 21 de Febrero fué aceptada por aquella la capitulación ofrecida por el general Lannes, en la que éste prometía solemnemente respetar vidas y haciendas, y libertar á Palafox y á cuantos quisieran seguirle, ninguno de cuyos ofrecimientos, como es sabido, llevó después á la práctica. Sesenta y dos días duró aquel memorable sitio, durante el cual las bajas sufridas por los franceses ascendieron á 8.000 y á 54.000 las nuestras, á contar desde el primer asedio de la ciudad por las tropas napoleónicas.

Al caer Zaragoza en poder de éstas, se hallaban heridos ó enfermos en la cama 26.000 de sus moradores, y fallecían diariamente unos 600, por término medio.

Para formarse idea, aunque remota, del



E. ÁLVAREZ DUMONT

heroísmo derrochado por Zaragoza, basta consignar los siguientes párrafos de una carta, en la que el mariscal Lannes comunicaba sus impresiones á Napoleón sobre la pasada campaña, y que así decían: «Jamás presencié en todas nuestras guerras nada que se parezca á la defensa de Zaragoza. He visto á las mujeres dejarse matar en la brecha. Esta es una guerra que horroriza. En realidad, los franceses sólo hemos ganado un cementerio.»

Pocos días después de terminar el asedio, la Junta Central publicaba un decreto, en el cual á nombre de Fernando VII, y como testimonio de gratitud á Zaragoza por su grandiosa defensa, se la otorgaban diversos honores y mercedes, ordenándose, además, la acu-

ñación de una medalla en su honor, como homenaje nacional por tan eminentes servicios.

¡Llor eterno á la ciudad ilustre, que tan alto consiguió escribir, con su sangre, el bendito nombre de España, y cuyos habitantes dieron



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LOS SITIOS

sus vidas en defensa de tres santos ideales: Patria, Libertad y Amor, simbolizado éste, entonces y siempre, en toda la región aragonesa, por el culto ferviente que profesan sus hijos á su amante madrecita, la Virgen del Pilar!

Luis Mesonero Romanos  
y Barróns

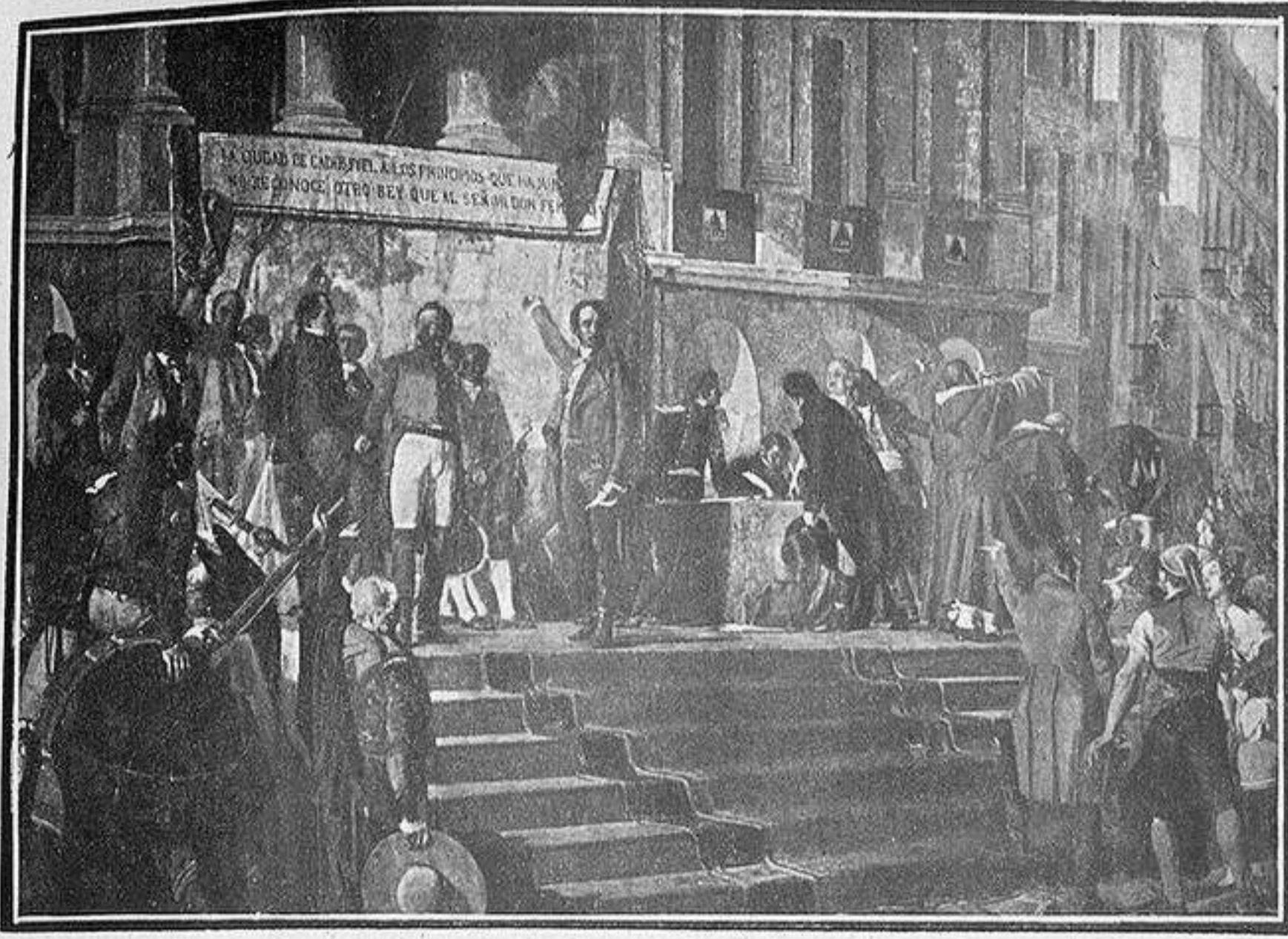


# CADIZ

**„Cádiz ha sido y es el baluarte de la Nación, en donde nunca dominarán otras armas que las españolas, cuya seguridad ofrece el Ayuntamiento á nombre del pueblo.“**

Así se expresó su Regidor preeminente cuando la Corporación fué recibida por la Regencia, presidida entonces por el Cardenal Borbón.

Bien pudo agregar „y lo será siempre“, sin temor á equivocarse, pues Cádiz ha probado después, en todas ocasiones, que sus hijos alientan iguales sentimientos de patriotismo que sus antepasados y que el cariño que profesan á la



CUADRO DE R. RODRÍGUEZ

„Patria chica“ es sacrificado por ellos al amor sublime, á la „PATRIA GRANDE“; „Á LA MADRE PATRIA“.

Hombres, dinero... cuanto España ha necesitado, siempre ha sido por Cádiz satisfecho.

Nunca á Cádiz llegó, sin embargo, el agradecimiento; pero, „no importa! Cuanas veces la Patria se vea en peligro, esa „Noble, muy Heroica y muy Leal ciudad“ será la primera en acudir á la defensa, ofreciendo sus hijos y su dinero; buscando éste, si no

lo tuviera, y constituyendo en garantía todas las casas, como hizo en 1811, al necesitar fondos para atender á la defensa, no de la plaza, sino de España entera, pues entonces „ESPAÑA, ERA CÁDIZ“.

**1808.**—La terrible jornada del 2 de Mayo, estremeció á los gaditanos como hizo estremecer á todos los españoles. Bloqueaba la plaza desde el combate de Trafalgar, una escuadra inglesa al mando de Sir Juan C. Purvis. Anclada en su puerto, estaba la francesa mandada por el almirante Rosily, rodeando en estrecho círculo á la española, cuyo jefe era el insigne marino D. Juan Ruiz de Apodaca.

„¡La bandera francesa, no debe ondear en la bahía de Cádiz! ¡Es una afrenta!“ Así gritaban los gaditanos.

Mandaba la plaza el general Solano, ilustre Marqués del Socorro y de Monsalud: A él acudió la muchedumbre exaltada, frenética, por el más hondo espíritu de patriotismo, pidiendo „GUERRA“. El general no podía satisfacer los deseos del pueblo, aunque eran también los suyos propios; ¡No había pólvora!

Tuvo la debilidad de declararlo; ¡no le creyeron! Esperaba, además, órdenes del Gobierno. Contrariada la muchedumbre, supusieronle „traidor“; „Rendir la escuadra francesa“, era el clamor general; ¡guerra!, se gritaba por todas partes... Lo que ocurrió, la historia lo relata; ¡yo, quisiera ignorarlo!

Aún caliente el cadáver del honrado patricio y general insigne; ocultó éste por el célebre Magistrado Cabrera y dominada la sublevación por el guardián de los Capuchinos, Fray Mariano de Sevilla, demostróse cuán prudente fué la actitud de Solano, y más tarde, en 1810, el Conde de Montijo acabó de justificarla en su escrito: „No tuve parte en la muerte de Solano“.

Huido de Cádiz el Regidor preeminente D. Francisco de Huerta, pariente del desgraciado general, constituyóse una Junta de gobierno presidida por Don Tomás de Morla, la que comenzó á preparar los medios de ataque y de defensa, reuniéndose en pocos momentos ocho millones de reales; firmó Morla un tratado de paz con el almirante Sir Colligwoon, jefe de una escuadra inglesa fondeada en Gibraltar y „pidióle pólvora“. ¡No había mentido Solano! 400 barriles fueron facilitados y su escuadra vino á fondear en aguas de Cádiz.

Recrudesció en el pueblo el odio y el deseo de venganza, al ver aún ondear en el puerto la bandera de Napoleón y creóse el cuerpo de „Voluntarios distinguidos“, la mayor parte de cuyos soldados fueron á Bailén y cubiertos de gloria trajeron prisioneros, entre otros jefes, al general Dupont. Fortificase la costa... Intímase por fin al almirante francés por cuatro veces y el 14 de Junio ríndese la escuadra á discreción „confiada en la humanidad y generosidad del pueblo“, entregando 3.676 prisioneros, 442 cañones, 1.651 quintales de pólvora, 1.427 fusiles, 1.096 sables, 101.568 balas de fusil y víveres para cinco meses.

**1809.**—Al comenzar este año, llega á guarnecer la ciudad un batallón de voluntarios extranjeros, desertores del ejército de José Bonaparte; desconfía el pueblo de ellos, y receloso de que vengan á desarmar el batallón de „Voluntarios distinguidos“, se amotina y proclama como gobernador á Fray Mariano de Sevilla. Este, valiéndose de iguales medios astutos que empleó el año anterior, logra llevar al convento á los amotinados; dales de cenar y de beber sobre todo, y cuando dormían á su sabor, les quita las armas, y por los mismos „Voluntarios distinguidos“, son aquellos encarcelados.

La victoria de Talavera celebróse en Cádiz, coincidiendo con ella la llegada del Marqués de Wellesley, hermano del insigne Lord Wellington, vencedor de Napoleón, como embajador extraordinario de Inglaterra.

En el recibimiento que el pueblo le hizo rayó en delirio el entusiasmo; entre vivas y aclamaciones, y conducido el coche por la muchedumbre, que había desenganchado de él los caballos, llegó el Embajador á su residencia, y asomándose á uno de los balcones, dió las gracias, arrojando al pue-

blo un bolsillo de oro. Recogióle un zapatero, y en unión de otros patriotas pidió en el acto audiencia á Wellesley y devolviéndole el bolso, le dijo: „Si el pueblo de Cádiz aclama á V. E. es porque en él mira al representante de la Nación aliada de España para combatir á Bonaparte; este entusiasmo no se paga con oro, sino con gratitud. Tome V. E. este bolsillo, y no vea en ello un desaire, sino una prueba de la sinceridad y del afecto de esta población.“

Al finalizar el 1809, las tropas de José Bonaparte se acercaban á Sevilla.

**1810.**—Aprestábanse los gaditanos á la defensa de la plaza por el camino que conducía á la Isla de León; allí sólo había una garita; fortificado aquélla, el paso del ejército invasor se hacía imposible.

Todas las clases sociales acudían á La Cortadura; con su trabajo personal contribuían á la construcción del fuerte. Hombres, mujeres, ancianos, niños, nobles, sacerdotes... todos en fraternal competencia, veían con alegría alzarse rápidamente los muros de aquella fortaleza. Desmantelaban todas sus casas de aquellos elementos que podían contribuir á la seguridad de los atrincheros, dejando la de sus viviendas confiada á la honradez del pueblo; 803 hierros de ventanas; 268 balcones; 111 pasamanos... fueron llevados á La Cortadura. Terminada estaba casi la fortaleza, cuando con júbilo inmenso de los gaditanos, llegó el 4 de Febrero el Duque de Alburquerque, salvador de Cádiz.

Al siguiente día, el ejército de Bonaparte, al mando del Mariscal Víctor, que le iba á los alcances, se acuarteló en el Puerto de Santa María. Vino un emisario á Cádiz, pidiendo que se reconociera como Rey, á José Bonaparte.

Reunióse la Junta de gobierno, que presidía don Francisco Javier Venegas, y leído que fué el documento, contestósele en las siguientes palabras: „La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce á otro Rey que al Señor Don Fernando VII. Cádiz 6 de Febrero de 1810.“ Esta contestación fué escrita por el Vocal de la Junta, D. Salvador Gascón de Salazar, y refiere la tradición, que al serle leída la intimación del Mariscal Víctor, se ocupaba en liar un cigarrillo, en cuyo papel escribió esa arrogante respuesta, que fué entregada al emisario.

Estrecharon los franceses el sitio, llegando hasta la Isla de León.

Los salineros se ofrecieron á conducir el ejército por terreno seguro... y en los fangos de las salinas quedaron enterrados muchísimos franceses, flotando durante muchos días, las capas, cascos y armas entre aquellas blancas pirámides de sal. ¡Por algo producen hoy el efecto de un extraño cementerio!

Acordó la Regencia residir en Cádiz, y en 29 de Mayo hizo su entrada solemne en la ciudad.

Abrióse una suscripción, con el título de Don Patriótico, para equipar la partida de Juan Martín, El Empeinado, proveyéndose de equipo á sus 300 hombres, y más adelante, á 800 más, hijos de Madrid. Instalóse en 24 de Septiembre las Cortes en la Isla de León. Juraron los diputados en la Iglesia Mayor y á continuación celebraron la primera sesión en el Teatro.

En 1.º de Diciembre empezaron los franceses el bombardeo, y cayó en Cádiz la primera granada en el centro de la ciudad.

**1811.**—En 24 de Febrero trasladáronse las Cortes á Cádiz, y con el nombre de *generales y extraordinarias* instalóse en la iglesia de San Felipe.

Continúa el bombardeo. Éste es en Cádiz motivo de burla, y cantan los muchachos por las calles:

Tres mil franceses murieron pero han logrado en desquite en la batalla del Cerro; que una bomba mate á un perro.

Los regocijos públicos no se interrumpen: el teatro está abierto.

Desembarca en Cádiz una división de infantería que acababa de obtener la victoria en la batalla de Albuera; los soldados vienen desnudos, y por suscripción costéase el vestuario. Dase el nombre de Regimiento de Cádiz al del General Castaños, creado al empezar la guerra; la Junta de señoras bordan la bandera, que en sus ángulos lleva las armas de Cádiz, y además en dos semanas proveen al regimiento de artillería de cuantas prendas necesita, y más tarde al regimiento de Guadix. Convócase por orden de las Cortes á un certamen para nombrar director de la Academia de Bellas Artes, presentándose muchos cuadros alegóricos á la guerra y á la Constitución española.

Al terminar este año, los gaditanos ríen, los franceses rugen. ¡No han logrado adelantar ni un paso después de veinte y tres meses de asedio!

**1812.**—Organízase muchas expediciones para la reconquista del territorio, y en tanto las Cortes terminan la Constitución de la Monarquía, que es publicada solemnemente el día 19 de Marzo.

A las tres de la tarde salió del Ayuntamiento la comitiva presidida por el General Valdés, y dirigióse al Palacio de la Regencia, en donde le fué entregado por el ministro de Gracia y Justicia el libro de la Constitución.

Dióse lectura á éste, por un rey de armas en cuatro sitios diferentes de la población: ante la casa Aduana; en la plaza de la Cruz de la Verdad; en la de San Antonio, y en la de San Felipe, en cuya iglesia (palacio de las Cortes) la Constitución había sido jurada por los Diputados el día antes.

El Rey José celebraba su fiesta onomástica. En la costa de enfrente, la bandera francesa se izaba triste, y los cañones sordamente hacían las salvas de ordenanza. En Cádiz, la bandera española ondeaba más gallarda que nunca, y los cañones, las campanas, las cornetas y tambores hacían llegar á oídos de Bonaparte el eco del fausto acontecimiento, que con inmenso júbilo el pueblo celebraba.

Arreciaba, en tanto, el bombardeo. La frontera francesa estaba en Santi Peiri.

*España era sólo la isla gaditana.*

El castillo del Puntal la defendía por el lado del puerto, resistiendo hasta 16.000 proyectiles de cañón, que los franceses lanzaron durante el sitio. Las bombas de mayor alcance llegaban al centro de la ciudad; el pueblo reía y cantaba:

Con las bombas que tiran los fanfarrones, se hacen las gaditanas tirabuzones...

El 25 de Agosto, el ejército invasor dió fuego á un campamento y emprendió la retirada.

¡Con la victoria de Cádiz empieza en ese momento á agrandarse España! Héroe y leyes dió á la Patria; ¡hasta allí llegaron los soldados de Napoleón! Pero allí el águila imperial abatió sus alas y si el león de Castilla no pudo dominarla en su vuelo, los leones de Hércules lo consiguieron en Cádiz.

¡No se equivocó Argüelles al decir: „Cádiz: ¡Patria dichosa de mis mayores! Este pueblo afortunado no me dejará mentir; ¡tendremos soldados que hagan la guerra; tendremos dinero para continuarla; tendremos la dicha de ver entre nosotros al verdadero Rey!“



IGLESIA DE SAN FELIPE



EL CARDENAL BORBÓN PRESIDENTE DE LA REGENCIA

Senor  
Abriendo sabido extrañado...  
cuando se trataba de atarpe-  
dar la presencia de my Musi-  
do el Musy de Monsalud  
y condenando q<sup>e</sup> su Unica-  
do y patriótico modo se pen-  
sar le hacen incapaz de  
un mal proceder....  
La Musy de Monsalud

Salvador Venegas





## LAS CORTES DE CADIZ

**N**INGUNO que recorra hoy las silenciosas calles de Cádiz, contemple su puerto casi desierto y visite los despoblados pueblos de su magnífica bahía, podrá darse cuenta de lo que fué la metrópoli de Andalucía en los años del 8 al 13. La invasión francesa, detenida apenas en Bailén, arrolló á su paso cuantas defensas ofrecieron los españoles, inundando al fin el territorio de la Península, hasta acercarse por una parte á Cádiz y por la otra á Lisboa, últimos baluartes de la independencia española y portuguesa.

Ante la ola de sangre y de fuego, cuanto había en España de inteligente, de liberal y de varonil, se fué replegando sobre el Guadalquivir y apoyándose en el Océano, se organizó la defensa en toda la Península gaditana, último baluarte de la libertad de Europa. El Duque de Alburquerque, con el instinto de un verdadero soldado, se apresuró á cortar el paso por tierra, fortificando todos los accesos, de suerte que, cuando los franceses llegaron, hallaron dentro de aquellas defensas soldados españoles, portugueses é ingleses, auxiliados por las bandas de paisanos armados, que les acosaban por todos lados, y cuando creyendo fácil el paso de las salinas, los dragones que á ellas se aventuraron quedaron sepultados en sus fondos.

Y mientras en Santi Petri y en San Fernando se cerraba el paso al enemigo, en la ancha y poderosa bahía de Cádiz se acumulaban los bu-

ques de guerra españoles é ingleses, que enemigos ayer en Trafalgar, ante el ataque napoleónico se convirtieron en nuestros aliados.

Por todas estas causas, la inteligencia, el valor, los prestigios históricos, el dinero, la vida en fin, de España en todas sus manifestaciones, afluyó á Cádiz y vino á albergarse en su blanco caserío, aprendiendo con grata sorpresa el valor inapreciable que para España tenía aquella tierra bendita, que, pareciendo el último extremo de la Península española, era el primer estribo del puente que con América nos unía.

Alcalá Galiano y Adolfo de Castro han dejado sobre aquellos memorables días páginas, cuya sola lectura enardece el espíritu y abre el corazón á la esperanza. Tan lleno de vida es el cuadro que ofrecía la ciudad, y tan consoladora la esperanza, que en el ánimo despierta aquella síntesis de la raza española reducida á los últimos extremos, pero decidida á afrontar al Gran Capitán del siglo.

Quizá lo más característico de aquella epopeya es la absoluta confianza, la fe inquebrantable en el éxito, que sólo vive en las almas bien templadas. Y en medio de aquella efervescencia, de aquel conjunto, germinaban y se preparaban á vivir las Cortes llamadas de Cádiz.

¿Qué fueron éstas? ¿Cómo se formaron? ¿Qué hicieron? Todavía no se ha escrito su historia, y no es, quizá, este período de desaliento y de escepticismo político el más propio para verificarlo. Pero hay algo que dá su sentido y hace comprender su inmensa trascendencia, y ese algo es el efecto que nos produce su recuerdo, porque con sólo decir Las Cortes de Cádiz, la gente entiende que se habla de algo noble, puro, patriótico, elevado. Y aun cuando la generación presente, y por desgracia la que le precedió, hayan olvidado el sentido y hasta los hechos de las Cortes de Cádiz, y aunque ha sido moda en cierta época y alarde de ingenio en algunos menguados espíritus citar preceptos de la Constitución del año 12 para mostrar el candor y la inocencia de sus autores, ello es que basta nombrar las Cortes de Cádiz, como basta oír las notas del *Himno de Riego*, para que los españoles sientan despertarse algo en el fondo de su dormido espíritu, y agucen el oído y estimulen la conciencia para sentir con el recuerdo de aquella época, el efluvio de libertad y patriotismo que exhalan las inmortales páginas de la epopeya que hoy celebramos.



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LAS CORTES DE CADIZ

*S. Mored*





## ENTRE HIDALGOS

(1813)

**A**LGO tienen de bueno las adversidades, sobre doctrinar y amaestrar, más que los sucesos prósperos: que, ó acaban, ó acaban; quiero decir: que se acaban ellas, ó acaban con quien las padecía. No dió al través con nuestra independencia nacional la formidable invasión francesa de 1808; al contrario, acabó España con ella y con el efímero reinado de un intruso, y derramando sangre generosísima en aquella prolongada lucha, nuestros soldados y nuestro pueblo escribieron heroicamente el prólogo de aquella gran tragedia denominada Waterloo; lección harto elocuente, demostradora de que las pompas humanas pasan *velut umbra*, y de que nadie es grande sino Dios, que humilla á los soberbios y exalta á los humildes.

Pero á estado tan lamentable nos habían reducido en aquel tiempo una infinidad de concausas, que toda nuestra ansia de independencia no nos hubiera dado el triunfo en el breve período de seis años, á no contar con el auxilio de Inglaterra, y, especialmente, con el de un inglés, meritísimo por su talento militar, por su valor, por su constancia, por su singular modestia, y, en resolución, por su bizarra hidalguía, pues aun siendo tan relevantes aquellas prendas, esta última descollaba gentilmente entre todas.

No voy á recordar las proezas que el general Arturo Wellesley, el Lord Wellington, como aquí le llamaban, hizo en aquella guerra famosa; son harto conocidas, y su sola enumeración excedería de los límites de este ligero apunte. Mucho más humilde es mi propósito, como verá el lector. Wellington, que, aún no cumplidos los cuarenta años de su edad, vino á España en 1808 mandando la división que nuestras juntas patrióticas habían pedido á Inglaterra, se hizo desde luego célebre; sus admirables hechos de armas le granjearon universal renombre, y el pueblo adoraba á quien tan gallardamente se desvivía por combatir y derrotar á los invasores. El combate de Talavera, entre otros, la toma de Ciudad Rodrigo y de Badajoz, la batalla de los Arapiles, importantísima por sus consecuencias, habíanle dado una aureola tal de gloria, que rayaba en adoración la vehemencia con que las gentes le admiraban. Bien lo demostró Madrid en el fervoroso entusiasmo con que lo recibió el día 12 de Agosto de 1812.

Mas este gran soldado que así sabía ganar los laureles, era enemigo de recogerlos y lucirlos entre manifestaciones estruendosas del popular aplauso, raro y notable mérito del orden moral, que más y más le enaltecía á los ojos de las muchedumbres. Véase lo que sucedió, por lo que toca á su recibimiento en Sevilla, al mediar el mes de Enero de 1813. Con noticia de que el ya á la sazón Duque de Ciudad Rodrigo, acabado de nombrar Generalísimo de los Ejércitos Nacionales, había de salir de Cádiz para ponerse al frente de ellos y continuar su gloriosa campaña, el Ayuntamiento de Sevilla le preparó un recibimiento digno de tal huésped y de tal ciudad, acordando en su cabildo de 4 de Enero lo necesario para que todo se hiciese „conforme á la demostración y obsequio que debe tributar el Excmo. Ayuntamiento á nombre de Sevilla á tan ilustre Jefe, *sin limitación de facultades*.“ Y como era de temer que Wellington, por su extremada modestia (tal, que en toda su correspondencia de aquel tiempo no usó, ni tan sólo una vez, la palabra *gloria*), quisiera pasarse, de secreto, la Ciudad envió á uno de sus escribanos para que, al par que lo cumplimentase en el camino, avisase acerca de su llegada, y, con efecto, la anunció desde Utrera en la mañana del 11, por medio de un posta. Recibido este aviso, pusiéronse sobre las armas las tropas de la guarnición, acordonando la carrera desde la Puerta Nueva hasta la calle de la Laguna (hoy de Castelar), en donde se le había de alojar regiamente. Pasábanse las horas sin que llegase el famoso General, y ya bien entrada la noche se retiró la tropa y se descolgaron las calles.

„Pero sospechando mucha gente de la ciudad—añade don Félix González de León en su inédita *Crónica de Sevilla*—que el Lord se había detenido apropósito para entrar de noche y evitar los aplausos y aclamaciones, se fueron muchos á la Calzada de la Cruz del Campo, resueltos á esperarlo, y los artilleros, que estaban preparados para hacer la salva por orden de sus jefes, se llevaron los cañones á los Caños de Carmona, para que no se pudiese entrar sin ser visto, porque sospechaban lo mismo que el pueblo. Con efecto, á las siete y media de la noche llegó á la Cruz del Campo; inmediatamente la gente que lo esperaba prorumpió en aclamaciones y encendieron multitud de hachas de viento para que todos lo viesen. Á los *vivas* continuó la salva, á las salvas empezaron los repiques y luminarias de la Catedral, á la Catedral siguieron las parroquias, y á los repiques se siguió la iluminación general en toda la ciudad y el juntarse un inmenso pueblo en los sitios por donde debía pasar. Entró en Sevilla en coche, entre millares de luces y repetidas aclamaciones, y á la puerta de su casa estaba una música marcial. Para satisfacer más la curiosidad del pueblo, luego que entró, salió al balcón para que todos lo viesen.

„Inmediatamente fué á cumplimentarlo una diputación del Ayuntamiento, que salió de sus Casas Capitulares, compuesta de la música, cuatro ministros, los maceros, dos regidores y un alcalde constitucional, que lo fué el Marqués de Íscar, un escribano, un sustituto y seis lacayos con hachas de cuatro pabilos: en esta forma fué y volvió por la calle Tintores. Las casas de Cabildo estaban iluminadas y había un concierto. El Triunfo del Arenal lo iluminaron los vecinos con muchas candilejas, y el puente lo adornaron con muchas banderas y gallardetes y lo iluminaron.

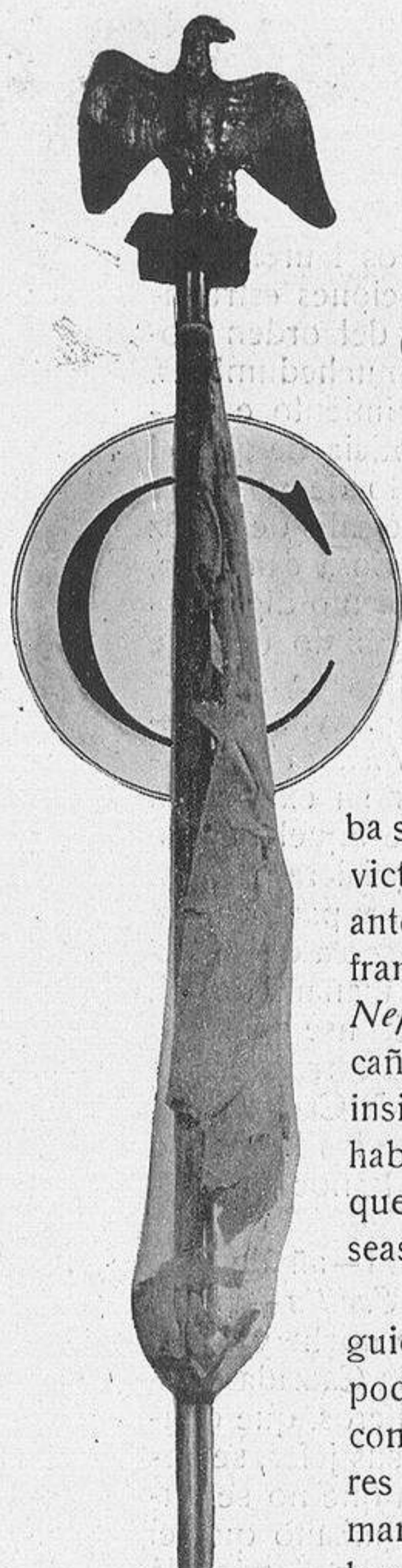
„Después de haber cenado y recibido á la diputación de la Ciudad, fué el Lord á la comedia á pie, yendo delante una música marcial y rodeado de hachas de cera. Á la entrada en el teatro lo recibió la diputación de la Ciudad con seis hachas de cuatro pabilos, que le acompañaron hasta el palco preparado, que estaba adornado con un espejo y guirnalda de flores. El teatro estaba iluminado y colgado, y se hizo la comedia *Si una vez llega á querer, la más firme es la mujer* (1), boleras, el caballo, el baile *El Barbero de Sevilla* y el sainete *Don Ciroteca*. Concluida, se retiró el Lord á su casa en coche, acompañado de muchos con hachas de viento para obsequiarlo. Esta fué la entrada, y el empeño y entusiasmo que tomó Sevilla en obsequiar y agradecer al Lord y su nación inglesa los servicios que había hecho por España en la presente guerra.“

Esto dice González de León, añadiendo que el generalísimo, á las siete de la mañana siguiente, vió muy de prisa la Catedral „y salió de la Ciudad para el Ejército.“ Pero el prolijo cronista hispalense omitió en su relato, sin duda porque le atribuyó poca importancia, lo más curioso é interesante: lo referente al regalo que hizo la Ciudad á aquel su perínclito huésped, que cinco meses después, con la batalla de Vitoria, había de poner fin á la invasión francesa, y que dos años más tarde había de aniquilar en Waterloo la soberbia del Gran Capitán del Siglo. Honrando á un tiempo mismo el nombre de España y la exquisita hidalguía de Wellington, la ciudad de Sevilla le ofreció, en magnífica bandeja de plata, un ejemplar ricamente encuadernado de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

(1) De Cañizares.

*Francisco Rodríguez  
Marín*





Bandera del almirante Rossily, jefe de la escuadra francesa incendiada en el puerto de Cádiz.

## ¿Qué cosa es la guerra?

UPO á la Marina, en 1808, la honra de ser suyo el primer triunfo de importancia, pues el 14 de Junio se rendía en Cádiz la escuadra francesa del almirante Rossily, á las fuerzas navales del almirante español Ruiz de Apodaca, después de un empeñado combate, aunque con la indecisión de aquellos días, en que aún el enemigo no estaba suficientemente determinado. En aquella memorable victoria, arbolamos la bandera de España, cosa que ni antes ni después ha podido decir nunca la Marina francesa, en los navíos *Héroe*, *Argonaute*, *Plutón*, *Neptune* y *Algeciras*; quedando en nuestro poder 456 cañones y 3.674 prisioneros, más las banderas y la insignia del Almirante, que se salvaron sin duda por haber quedado en Cádiz, que no pisó el invasor, y que hoy, en el Museo Naval, son quizás las únicas pre-seas que conservamos de aquella epopeya nacional.

De esta victoria, como de la de Bailén, que le siguió poco después, no se obtuvo el resultado que podría parecer á primera vista, por los que consideran como decisivas, cuando se ganan, las funciones militares que se conocen con el nombre de batallas, sean de mar ó de tierra, y es que la guerra es una función en busca de un éxito; el modo de obtenerlo no es otro que la tenacidad para alcanzarlo, y las batallas no son más que un incidente.

Las victorias y las derrotas militares no son más que accidentes de aceleración ó de retraso para llegar al fin, y si la victoria es del que tiene la suficiente tenacidad para llegar al éxito, es casi siempre decisiva; pero, en caso contrario, quitada la parte de vanidad nacional, suelen ser una partida más á la cuenta de la indemnización de guerra. A su vez, la derrota de quien no puede seguir la lucha, suele ser decisiva, y después de cien victorias, basta un Waterlloo, un Ayacucho, un Cavite y un Santiago, para resolver de una vez para siempre el conflicto, y en cambio, una derrota al que está dispuesto á luchar, otra vez al siguiente día, sin cejar jamás, es un incidente de una batalla muy larga, que puede durar días, meses y años, pero que alguna vez ha de tener un triunfo, y éste para siempre.

Así, nuestros padres lucharon con increíble tenacidad, y puede decirse científicamente que jamás fueron derrotados, pues si perdieron el campo de batalla, fué para escoger el inmediato, en otro lugar, sin que jamás se acabara este mañana que se nos echa en cara, pues hasta los que morían sabían que mañana otros les vengarían.

No fueron vencidos los italianos en Cutozza ni en Lissa, pues la tenacidad del pueblo que luchaba por su unidad, convirtió aquellas batallas en encuentros desgraciados que el pueblo italiano estaba dispuesto á continuar al día siguiente; y como el vencedor no podía hacerlo, el éxito fué de quien es siempre en la historia, del que llega al fin.

Lástima grande que no hayamos aprovechado la lección en nuestra propia casa durante todo el siglo XIX, y que confundamos la política de los sajones, considerándola mercantil, cuando

es eminentemente militar, salvo en casos, como en el Paraguay ó en el Transvaal, en que puede llegarse al exterminio de los habitantes del territorio; y aquí, en que se considera por muchos que la misión de las fuerzas armadas es la de demostrar su valor con completa independencia del resultado, ha de parecer herejía la máxima axiomática de uno de los mejores publicistas militares de aquellos pueblos, en que dice que EL ÉXITO SIN COMBATIR, ES LA PRINCIPAL MISIÓN DE LAS CORPORACIONES ARMADAS.

De llegar á combatir, el éxito es del más tenaz; y así, desgraciados los militares de mar ó tierra que combatan sin tener detrás de sí la opinión del país, que les asegure los medios de la tenacidad hasta conseguir el éxito. El pueblo español combatió á principios del siglo XIX resuelto á obtener un fin; y vencidos unas veces, vencedores otras, solos unas veces y otras en unión de las fuerzas inglesas, que no venían á ayudarnos, sino á luchar con nosotros por su propio interés, siempre, al reposar después de la lucha, dijeron: ¡Hasta mañana, que volveremos á empezar!

Y esta es la guerra, que, como todo lo humano, está sujeta á aquella máxima divina que dice, que:

„El que persevera hasta el fin... aquel vencerá“.

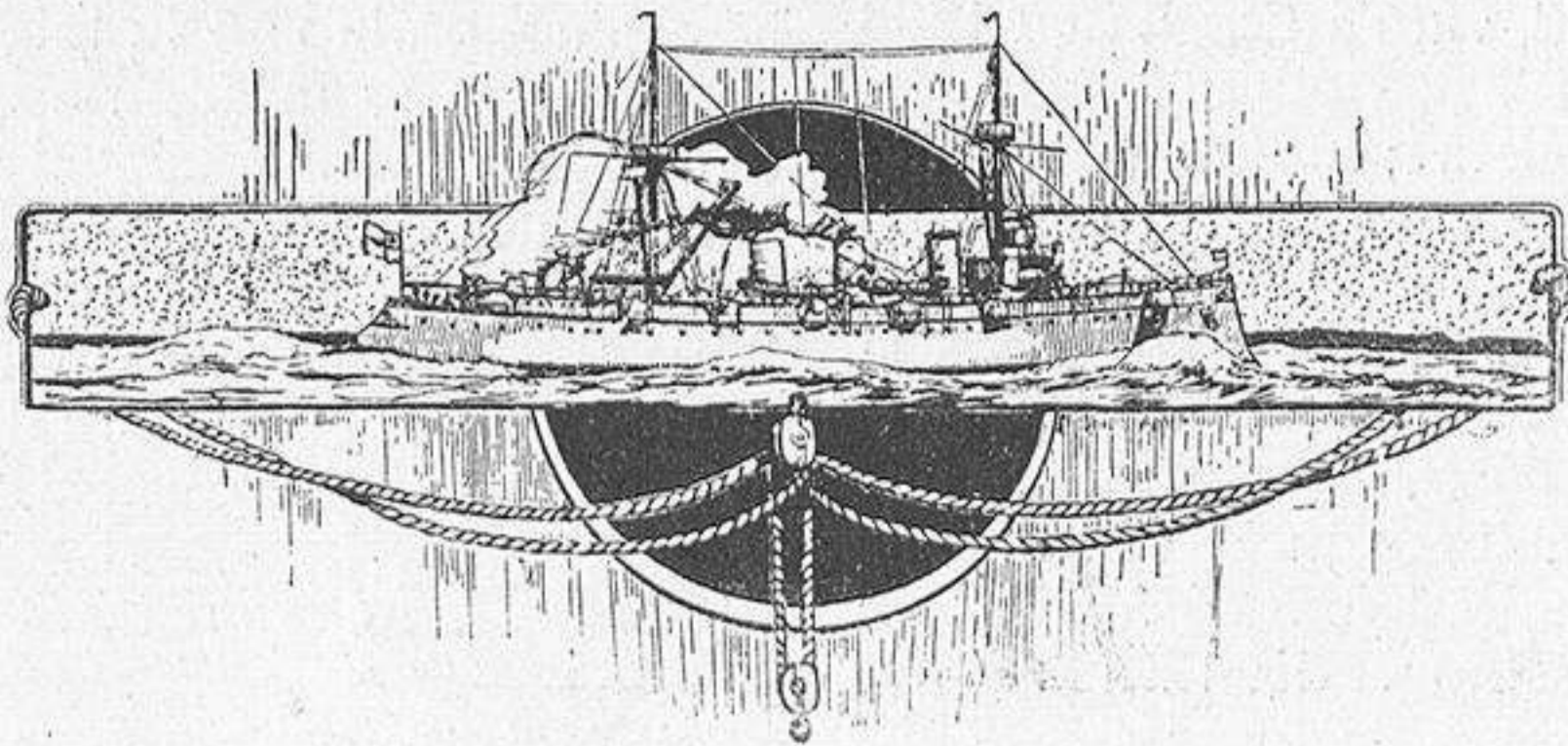
*Victor M. Concas*

## El arte de la guerra.

NACE el arte de combatir con los primeros hombres, se desarrolla lentamente, siendo el faro de la civilización en cada época el arte de la guerra, cuyos avances y retrocesos son los jalones que marcan las etapas de la civilización humana. Parecía que habíase llegado en el arte de combatir á la más alta novedad clásica cuando de la Revolución Francesa, que todo lo derrumba, surge una figura grandiosa, surge el más potente genio de la guerra hasta entonces conocido: Bonaparte, que, al transformarse en Napoleón y dominar la Europa con sus asombrosas concepciones estratégicas y con la impulsión táctica de una ofensiva ardiente, pone en peligro todas las hegemonías de Occidente.

Pero las concepciones estratégicas y la ardiente ofensiva tropiezan en España con un obstáculo, hermosísimo por su sencillez, con la intervención del NO IMPORTA. El NO IMPORTA demostró al mundo que la intervención del espíritu público en las guerras fué un factor que no tuvo en cuenta el genial guerrero, tan potentísimo el factor, que destruye con estrépito la gran armazón napoleónica, legándonos á nosotros los españoles una hermosa herencia: la seguridad absoluta de que nuestra independencia perdurará siempre á través de los siglos.

*Agustín Lique  
Fementé Leherab*







### Noticia bibliográfica.

DESPUÉS que los franceses, quitada la máscara de cariñosos aliados con que en 1808 penetraron en España, se mostraron como insolentes invasores, muchos patriotas de Madrid se alejaron de esta villa al verla convertida en corte del rey intruso, y se dirigieron á Andalucía, refugiándose algunos en Cádiz, adonde no era de esperar que llegara la invasión francesa. Entre aquellos patriotas iban un insigne poeta, Don Juan Bautista Arriaza y un celebrado comediante, Don Juan Carretero, que en Cádiz se hallaban cuando en 1810 se deseó conmemorar solemnemente la terrible y gloriosa jornada del *Dos de Mayo*, prólogo del heroico poema de la Independencia nacional, que, con sangre vertida á torrentes, iba escribiendo el pueblo español, así en las más grandes ciudades como en las más humildes aldeas.

La función conmemorativa había de hacerse en el teatro y para ella escribió Arriaza una especie de «loa», compuesta de un monólogo y un himno, al que puso música el maestro D. Benito Pérez.

La escena representaba un campo: al fondo veíase el arco de entrada al Parque de Artillería de Madrid, y ante él, formados, algunos individuos de aquel arma; varios cantores vestidos de luto, representaban al pueblo, y hallábanse agrupados convenientemente para intervenir cuando les correspondiera en la representación.

Á un lado y otro del proscenio dos grandes urnas sepulcrales en que estaban pintados con letras de oro los nombres de *Daoiz* y de *Velarde*; evocaban el recuerdo de aquellos héroes.

Carretero, con traje de oficial general del ejército español, se presentó en escena, declamó el monólogo, recitó las estrofas del himno, cada una de las cuales era cantada después por un artista lírico al que seguía el coro y terminó, dirigiéndose á los soldados, con una décima final en que se enaltecía y glorificaba el brillante Cuerpo de Artillería.

Así, por vez primera, se llevó al teatro el recuerdo de aquel glorioso episodio, que más tarde ha inspirado á muchos autores dramáticos, aunque no siempre con el acierto y la fortuna que merece. Cuando en 1814 el mismo actor representó en Madrid el monólogo de Arriaza, en función solemne verificada en el teatro de la Cruz el día 3 de Mayo, ya se había estrenado en el coliseo del Príncipe el 9 de Julio de 1813 una obra, basada en los inolvidables sucesos de aquel día, escrita por D. Francisco de Paula Martí, introductor en España de la taquigrafía, dibujante, grabador y autor de numerosas obras teatrales, particularmente políticas y «de circunstancias.»

EL DÍA DOS DE MAYO DE 1808 EN MADRID Y MUERTE HERÓICA DE DAOIZ Y VELARDE, *tragedia en tres actos y en verso*, cuyo papel principal desempeñó Isidoro Maiquez, fué muchas veces representada y de ella se hicieron varias ediciones en Madrid, en Barcelona y en Valencia, demostrando, más que su mérito literario, el entusiasmo con que el público acogía la representación de las escenas, en que lograron immortalizarse los nombres de aquellos valerosos y rebeldes militares y el heroísmo épico del pueblo de Madrid.

Ignoro si desde aquella época hasta 1846 otros autores siguieron el ejemplo de Arriaza y de Martí, pero desde este último año son tantos los dramas, comedias, loas y apropósitos en que el *Dos de Mayo* ha sido llevado al teatro, que la falta de espacio me obliga á hacer rápida y sencilla enumeración de las que conozco.

¡EL DOS DE MAYO! *Drama original en cuatro actos, dividido el tercero en dos cuadros, escrito en verso por D. Roque Barcia*. Madrid 1846.

Esta obra del famoso revolucionario, dedicada á D. José Salamanca, fué aprobada en Abril del citado año por la Academia real de música y declamación, pero no consta que fuera representada.

EL SITIO DE ZARAGOZA EN 1808. *Drama original en tres actos y en verso, precedido de EL DOS DE MAYO, prólogo en un acto, por D. Juan Lombía*. Estrenado en el teatro de la Cruz el día 22 de Marzo de 1848.

Es notable la «Instrucción para la dirección de escena», que acompaña á los ejemplares impresos, y en la que se explican minuciosamente los «principales caracteres, trajes de los interlocutores, decoraciones y evoluciones» de la obra.

EL DOS DE MAYO, *drama original en tres actos y en verso, de los Sres. D. Juan José de Nieva y D. Cayetano de Suricaldy*. Representado con grande aplauso en el teatro de la Cruz el 2 de Mayo de 1854.

LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA Ó EL PUEBLO DE MADRID EN 1808, *drama original en tres actos de los Sres. D. Ramón de Valladares y Saavedra y D. Francisco de Botella y Andrés*. Representado con grande aplauso en el teatro de Tirso de Molina el 24 de Diciembre de 1855.

EL DOS DE MAYO, *drama en tres actos y en verso, original de los Sres. D. Manuel Santana, D. Francisco de Paula Montemar y D. Ceferino Suárez Brabo*. Aunque esta obra de tan

conocidos escritores fué impresa en Salamanca en 1868, no tengo noticias de que haya sido representada.

MADRID EN EL 2 DE MAYO, *drama de costumbres populares en tres actos y en verso, original de D. Pedro Escamilla*. Estrenado con extraordinario éxito el 1.º de Mayo de 1868 en el teatro de verano del Circo de Paul.

LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, *epopeya en tres partes y en verso, original de D. Enrique Zumel*. Representada por primera vez en el teatro de Variedades el 2 de Mayo de 1872.

DOS DE MAYO, *loa original de la señorita doña Blanca de Gassó y Ortiz*. Estrenada en Madrid con extraordinario aplauso en el Teatro-Romea en la noche del 2 de Mayo de 1873 y en el precioso teatrillo de los señores de Malpica.

EL DOS DE MAYO DE 1808, *loa original y en verso de D. Leopoldo Vázquez y D. Manuel Curros*. Representada por primera vez con extraordinario éxito en el teatro de Novedades el día 2 de Mayo de 1874.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA Ó MÓSTOLES EN 1808 *drama histórico en tres actos y en verso, original de Juan Ocaña y Prados*. Aunque la acción de esta obra pasa en Móstoles y no en Madrid, la anoto aquí por suceder el mismo día *Dos de Mayo* y ser «consecuencia inmediata» de la lucha del pueblo madrileño con los franceses. Fué escrita para que la representaran en el Círculo del Recreo de Móstoles é impresa en Enero de 1883 cuando aún no había sido representada. La breve noticia biográfica del autor, que va al frente de los ejemplares impresos, es, por más de un concepto, notable y curiosa.

¡DOS DE MAYO! *Loa en un acto y en verso, original de D. Manuel Cansinos*. Estrenada con extraordinario éxito en el teatro Martín, de Madrid, en la noche del 2 de Mayo de 1884.

¡PATRIA Y LIBERTAD! *Episodio nacional en un acto, dividido en tres cuadros, original y en verso de D. Marcos Zapata*. Representado por primera vez en el teatro de Variedades la noche del 4 de Diciembre de 1886.

PATRIA, *capricho dramático en un acto y en verso, original de D. F. Pi y Arsuaga*.

Esta obrilla, que sólo tiene tres personajes, y forma parte de «El teatro de la infancia, galería dramática para niños y jóvenes» fué impresa en 1889, pero ignoro si ha sido representada.

EL DÍA MEMORABLE, *drama de espectáculo en cinco actos y en prosa, inspirado en la obra «Patrie», escrito por D. Jacobo Sales y D. Felix G. Llana*. Estrenado con extraordinario éxito en el teatro Español de Madrid la noche del 2 de Mayo de 1892.

Inspirarse en una obra patriótica francesa en que se agravia á los españoles para escribir una obra patriótica española en que «se devuelve la fineza», recordando los sucesos del «día memorable», fué peregrina ocurrencia de aquellos aplaudidos escritores.

EL CELOSO DE SU IMAGEN, *drama trágico en tres actos y un epilogo, dividido en nueve cuadros, original de Eugenio Sellés*. Representado por primera vez en el teatro Español el día 8 de Abril de 1893. Aunque el argumento de esta obra es invención de su autor, está hábilmente enlazado con los primeros acontecimientos de la guerra de la Independencia y la acción se desarrolla desde los sucesos del *Dos de Mayo* en Madrid, representados en el primer acto, hasta la batalla de Bailén y rendición de las tropas mandadas por Dupont, que constituye el cuadro final del epilogo.

CHISPITA Ó EL BARRIO DE MARAVILLAS, *zarzuela en un acto y tres cuadros, en verso; libro de los Sres. Francos Rodríguez y Jackson, música de los maestros Torregrasa y Valverde (hijo)*. Representado por primera vez en el teatro Cómico el 14 de Diciembre de 1901.

Posible es que más afortunados rebuscadores puedan ampliar esta relación de obras con que numerosos autores han conmemorado en la escena española los trágicos y gloriosos sucesos del DOS DE MAYO.

Yo sólo he pretendido recoger esas flores esparcidas, algunas ya mustias y olvidadas, para formar un ramo, que á falta de otros méritos tenga el aroma de la intención patriótica y del amor á España, para ofrecerlo á la memoria de los héroes conocidos ó anónimos del 2 de Mayo de 1808.

Un siglo ha transcurrido, borrando los odios que entonces engendraron en dos pueblos hermanos, la ineptitud y la bajeza por una parte y la soberbia y la ambición por otra, de sus desatentados y funestos señores.

Al conmemorar hoy aquellos hechos, cantando las glorias de los nuestros, nadie pretenda renovar agravios y rencores olvidados, y recordemos los versos que Sellés, en su mencionada obra, pone en boca del general Castaños después de su victoria:

«Soldados del patrio honor,  
campesinos, guerrilleros,  
arrojad hoy los aceros  
para abrazaros mejor.»

*Felipe Torres y Gouret*





### Despacho del otro mundo.

Por el cable de

*Mariano de Cavia*

¡Vaya! Os lo confesaré con franqueza baturra. Si poco tiempo antes de dejar allá en Burdeos la envoltura corporal me hubieran preguntado cómo creía yo que conmemorarían los españoles el Centenario de la Guerra de la Independencia, hubiera respondido: «Probablemente de ningún modo; porque en 1908 hasta los chicos á quienes desteten romperán á hablar en francés.» Hasta hubiera dudado que os acordáseis mucho de mí mismo. Y por vida de Dios, que me hubiese equivocado de medio á medio. Veo con sumo placer que, á pesar de vuestras calamidades y desengaños, y á pesar de las innumerables influencias extranjeras, ponéis empeño en no arrojar el españolismo por la ventana. Veo también con suma gratitud que cada día aumenta la devoción á vuestro viejo D. Francisco. Y ved vosotros lo que son las cosas: lo que más os estiman, agradecen y aplauden los extranjeros, con esos egoístas de franceses á la cabeza, es el veros hacer arte y más arte á la española. Que lo diga si no ese bravo pintor que ahora se lleva de calle á las gentes por toda Europa, sólo porque le recuerda un tal D. Diego, el de los enanos, y un tal D. Paco, el de los majos y las brujas. Nadie amó más que yo lo bueno de fuera de España; pero, hijos míos, la casta y raza es lo primero. Nadie satirizó con más fuerza lo malo y nocivo que había dentro de la patria; pero aun para eso mismo no pedí armas prestadas al extranjero, sino que las busqué y hallé en el fondo del alma nacional, en el inagotable tesoro de la tierra. Cultivad vuestro huerto, artistas españoles, y rendid religioso homenaje á los que cien años há os lo conservaron á costa de sus vidas. Cultivad vuestro huerto, que no es tan pobre como se figuran los torpes y los mentecatos, y al que os lo quiera arrebatar ó estropear, dadle cuatro pases de muleta, como los que todavía daba yo de ochentón, y luego *una hasta la mano*, como las que largaba el Sr. Pedro Romero.

Francisco Goya.

### Visión del año 8.

Dándose la mano, virilmente, caminan por un campo de hierba agostada, donde la luz se refleja clara y cruel en charcos color de sangre.

Detrás de ellos el horizonte rojea y se inflama. Es la hoguera de un inmenso incendio.

Bajo sus pies el suelo calcinado se agrieta; se diría que no quiere sufrírselos.

A su alrededor los matorrales de jaras y chaparros se animan de cólera, y un sordo rumor furioso estremece y sacude en sus hojas el polvo blancuzco del terruño castellano.

Andan, andan; el sudor gotea de sus frentes tostadas por el sol de cien combates; sus bocas secas se abren como picos de aves de rapaña moribundas.

Ven un manantial fresco y se acercan jadeantes. El manantial de suyo se esconde entre la hendidura del peñasco de donde surtía.

Ven una madroñera con fruto. Alargan la diestra y cogen los purpúreos madroños. Al tocarlos con los labios se vuelven brasas; les quemán el paladar, les retuestan la lengua.

Pasa una mujer. Es moza, morena, pálida, quebrada de cintura. Les mira: sus ojos azabachados lanzan una chispa salvaje. Ellos, en su lengua gabacha, la requiebran. Ella se vuelve, les escupe, y grita: «¡Malditos!...»

Llegan á un pueblo de casas de adobes, de iglesia con alto campanario. Piden alojamiento. No hay más remedio que alojarles. Se acuestan rendidos, exhaustos. Bajo la ventana, un perro negro aulla. El huésped se levanta sigiloso y con su cuchillo de cachas siega el cuello de los soldados dormidos. Llama á los hijos, á la mujer, á los nietos inocentes, y entre todos sepultan en las viejas cubas á los invasores... Y el vino de los campos de Castilla espuma gozoso y salta rebosante al sentir que caen en su seno los vencedores del mundo, los hombres de las Pirámides y de Austerlitz... El alma española del vino, su esencia sanguiñaria, bravía, indómita, parece reír triunfante en los borbollones y remolinos que alza alrededor de los cuerpos inertes...

*Emilia Pardo Bazán*

### La Universidad de Valladolid y el levantamiento de España en 1808.

Los elementos que representaban la cultura española á principios del pasado siglo, fueron quizá los que menos acordes estuvieron en la conducta observada ante la invasión de las huestes napoleónicas, y el fenómeno no carece de explicación. No sin algún motivo la aceptaron los más animosos de aquellos que transigían difícilmente con un régimen caduco, amenazado de muerte con la entronización de José Bonaparte, y que esperaban ansiosos algún feliz acontecimiento que sacase á España de un letargo imposible de hermanar con las ideas progresivas de aquellos españoles, que por el estudio se habían adelantado bastante al estado petrificado de la civilización patria por entonces. Estos fueron los que, sin duda, lucharon en los batallones de afrancesados á las órdenes de los Generales del Imperio.

Los menos animosos, aunque pensaron lo mismo, se limitaron á transigir con la dominación extranjera, pero sin tomar parte activa en su apoyo; á unos cuantos pudo no serles simpática, á pesar de lo cual, y á reserva de favorecer el movimiento del pueblo, rindieron pleito homenaje al nuevo Rey. Prueba cumplida de ese estado de indecisión suministran las exposiciones presentadas por las cuatro Diputaciones de los Grandes, Consejo de Castilla, Inquisición, Indias y Hacienda, y la del Ejército, congregadas en Bayona, para ser obligadas de improviso á presentarse ante José Bonaparte y reconocerle como su soberano en los salones del palacio de Marraj.

No todos los representantes de la cultura patria siguieron estos derroteros. Había un grupo animoso, cuya juventud, entusiasmo y ardoroso patriotismo, eran materia abonada para andantes empresas; que, si pudo juzgar de las pretendidas ventajas políticas y sociales de un cambio de dinastía, hubo de comprender también que se aceptaban á costa de un sacrificio de la personalidad nacional, que, por su solo esfuerzo, y nunca bajo el influjo de dominación extranjera, debía proponerse acelerar su progreso. Este grupo representaba, por su condición de intelectual y por su exaltación juvenil, un factor de transición entre los que se gobernaban con el pensamiento y los que se dejaban arrebatar por los impulsos del corazón; era el grupo de los escolares. Desde luego se afiliaron á aquel partido, cuyo depurado criterio, para apreciar la situación, no oscureció los sentimientos patrióticos y la idea de que mayores bienes, que esos presentidos y venideros, se podían renunciar en aras de mantener la dignidad nacional, gravemente comprometida, á cuyo supremo ideal debía subordinarse todo género de conveniencias y mejoramientos.

En los comienzos del levantamiento se organiza el llamado BATAILLON LITERARIO, por los estudiantes compostelanos; en Valladolid, uno de los primeros focos de la insurrección, acuden los estudiantes á las armas, y sus trabajos de instrucción militar en el Campo Grande, y su actitud resuelta, contribuyeron no poco á mover el ánimo del General D. Gregorio de la Cuesta, que se manifestaba harto rehacio á secundar el ardor popular.

Y justo es escribir unas líneas en vindicación de la conducta de los escolares vallisoletanos, que yace maltrahada ante un falso espíritu de imparcialidad histórica, por quien, como yo, tiene tantos motivos para sentir acendrado amor por aquella población en que nació y por su Universidad, en que cursó su carrera y comenzó á ejercer la función del Magisterio. Los estudiantes, con sus reuniones y sus protestas ante los trabajos de la Chancillería en pro de la paz; tomando parte en las amenazas que el pueblo dirigió á D. Gregorio de la Cuesta, por armonizar su conducta con la del sesudo grupo de juristas, otra representación de la cultura patria, que tal vez por razones de su ministerio no contemporizaba con el espíritu de la protesta armada y de la sublevación, trataron por todos los medios de favorecer sus propósitos, y, sin embargo, no se mancharon con la sangre del desgraciado Director de la Escuela de Artillería de Segovia D. Miguel de Ceballos, que al refugiarse en Valladolid, después de derrotado por Frère, fué muerto por las turbas, que le tacharon de traidor.

Objeto de juicios despectivos ha venido siendo el arranque de los escolares, que después, según se dice, no supieron portarse como buenos en la batalla de Cabezón. Sin ceder á apasionamientos hay que reconocer que el hecho de salir á combatir con el primer Ejército de Europa en aquellos tiempos era ya señal de cierta presencia de ánimo y esforzado corazón. El alzamiento en armas en esa planicie castellana, que por su orografía no presentaba seguros baluartes para la defensa, da idea del odio intenso que germinó en sus pobladores, según observa Lafuente. Exponer sus vidas y ser derrotados por los aguerridos soldados de Bonaparte era un honor antes que un estigma.

Y la verdad es que el cuerpo de estudiantes, formando parte de aquel ejército *colectivo* de 5.000 hombres, con el cual Cuesta esperó á los franceses en Cabezón, se distinguía de los demás por su MEJOR ARREO Y DISCIPLINA, en opinión del Conde de Toreno. Culpa fué de la impericia de Cuesta el resultado adverso del combate; no sabiendo aprovechar la posición ventajosa de Cabezón, colocó sus tropas al otro lado del puente y en una misma línea infantes y caballos. Tal desacierto hizo imposible el orden desde los primeros momentos, y á pesar de todo, los estudiantes resistieron en el puente, al que se agolpaba la caballería en desbandada, y dieron ejemplo á los soldados del ejército regular. Arrollados por los caballos de su propia columna, sucumbieron muchos y cedieron los últimos; no hay motivos para juzgarlos tan desfavorablemente ni para vituperar su imprudencia.

Cuando las tropas francesas entraron en Valladolid, á recibir las y calmar su enojo salieron los miembros de la Chancillería y los catedráticos de la Universidad. En tanto, los estudiantes que sobrevivieron al desastre pensaban si los desaciertos de Cuesta habrían sido intencionados por verse forzado á dirigir un mo-

vimiento que repugnaba. Está visto que los representantes de la intelectualidad española no andaban muy de acuerdo.

Por eso es tanto más glorioso un movimiento en que el pueblo se impuso á sus directores. Más tarde Cuesta luchó con denuedo en pro de nuestra independencia; el profesorado español estuvo al lado del movimiento. El pueblo había triunfado.

*J. López Roman*

### La Ciencia y el 2 de Mayo.

La invasión francesa, que tantas perturbaciones produjo en todas las manifestaciones de la vida, hizo también sentir su pernicioso influencia en la cultura española, invadiendo las serenas regiones de la ciencia, á donde parece no debieran llegar ni las pasiones de los hombres, ni los errores de los jefes del Estado, ni los odios de las naciones.

Prescindiendo de que las luchas exteriores y las discordias intestinas, que siguieron á la entrada del ejército francés en nuestra patria, absorbieron la atención de los españoles durante más de medio siglo, robando inteligencias á la investigación científica, vamos á recordar un hecho lamentable, ocurrido en los días cuyo centenario se conmemora, y que tuvo funestas consecuencias para el progreso de las ciencias en nuestro país, contribuyendo en gran parte á que vayamos hoy día á remolque de los pueblos más adelantados.

Á principios del siglo pasado existía en Madrid, en los terrenos del Buen Retiro, sitio denominado *Ermita de San Blas*, un Observatorio astronómico, que podía competir con los mejores del extranjero, pues aparte los trabajos de investigación que en él se efectuaban, contaba con una acreditada escuela, en que se enseñaba astronomía, física teórica y práctica, aplicada á la construcción de cartas geográficas, cálculo infinitesimal, mecánica, óptica y construcción de instrumentos.

La idea de la creación de un centro científico de esta índole se debe al ilustre marino D. Jorge Juan; la apoyaron con entusiasmo el Rey Carlos III y el Conde de Floridablanca, y continuaron la labor de sus antecesores Carlos IV y sus ministros. En 1799 el Observatorio de Madrid realizaba con gran actividad trabajos de enseñanza y de observación, utilizando un abundante material científico, en parte adquirido en el extranjero, y en parte construido en los talleres de Madrid, pues los creadores del establecimiento habían tenido la precaución de enviar á Londres dos hábiles artistas españoles, para que se perfeccionasen en tan difícil arte. Aún se conservan hoy día algunos instrumentos astronómicos salidos de aquellos talleres, como objetos históricos, y como triste recuerdo de una industria, que desgraciadamente ha desaparecido de España casi por completo.

Este material científico se completó con el magnífico telescopio de ocho metros de longitud, construido en Londres bajo la dirección y vigilancia del insigne *Herschel* y del matemático español *D. José Mendoza*. Aunque no se puede asegurar el precio exacto de tal instrumento, se sabe que su conducción á Madrid costó 21.250 pesetas y 52.500 la torre giratoria en que se le instaló. Llegó á Madrid en 1802 y comenzó á prestar servicios en 1804.

Todo era prosperidad y bienestar en el Observatorio de la capital de España cuando los franceses se posesionaron del Retiro, y considerando el cerrillo de San Blas como posición estratégica, se alojaron en las dependencias de aquel centro científico, destrozaron libros y manuscritos, destruyeron la maquinaria y quemaron el gran telescopio, del que sólo se conservan dos espejos metálicos y la descripción ilustrada del mismo, escrita por Mendoza en francés, inglés y castellano.

Los desmanes de la soldadesca ocasionaron graves perjuicios á la ciencia patria. Los más profanos en Astronomía deben comprender que las ciencias de observación suscitan constantemente problemas nuevos, que son acicate perenne para el progreso de las Matemáticas, la Física y la Química, y los avances de estas ciencias guardan íntima relación con el adelanto de las industrias, artes y oficios.

El Observatorio de Madrid, al cabo de mil intentos de reorganización y de vicisitudes sin cuento, que no hemos de enumerar, no quedó normalizado hasta 1854, y ha sido labor titánica elevarle á la altura en que hoy se encuentra y conseguir que coadyuve á los trabajos de investigación que hoy día se realizan en los establecimientos similares de todo el mundo civilizado.

Pero lo verdaderamente sensible es que en aquellos días nefastos se consumió en Madrid la ruina de un arte casi bello: la construcción de instrumentos astronómicos, que á estas fechas hubiera adquirido gran desarrollo, á no haber ocurrido el destrozo relatado, que nos obliga á ser tributarios del extranjero, con grave perjuicio de nuestros intereses. Basta recordar, en prueba de este aserto, los instrumentos adquiridos con ocasión de los dos últimos eclipses de Sol ocurridos en España; los necesarios para montar los Observatorios del Tibidado, Tortosa y Granada; el material traído de Italia para la formación del Catastro, y hasta el dinero que pagamos por cada termómetro de precisión, reducido á un tubo de cristal graduado y unos gramos de mercurio sacados de nuestro suelo.

Si un clavo saca otro clavo, nuestros antecesores de 1808 pudieron olvidar estas desdichas pocos años más tarde, al ver que nuestros aliados, los ingleses, mataban una industria típica, exclusiva y justamente envidiada, volando la fábrica de porcelana situada en terrenos próximos al Observatorio.

*Art.º Vela*



## Dos escenas de sainete.

ESCENA PRIMERA

1808

*Patio en una casa de vecindad de los barrios bajos. La Gregoria, verdulera, de unos cuarenta años de edad, colorada, fresca y apetitosa. Pepa, su hija, de diez y ocho, hermosa y pálida como una azucena.*

GREGORIA. ¿A dónde vas?  
 PEPA. A la calle.  
 G. ¿Y qué tienes tú que hacer en la calle?  
 P. Pues... tomar el fresco.  
 G. De veras, ¿eh? Tú vas aprendiendo mucho...  
 P. ¡Madre!  
 G. ¡A callar y á coser! Cuando yo salga, saldrás. A mi lao estás muy bien.  
 P. Madre...  
 G. No hay madre que valga.  
 P. Madre...  
 G. ¡Y con ésta van tres! Tu madre es una, yo sola y sola me bastaré pa que ese franchute pierco, no vuelva por Lavapiés.  
 P. Pero...  
 G. ¿Qué te has figurao? ¿Tú piensas que yo no sé que te aguarda en la calleja desde antes de anoche, y que tú vas á buscarle, creyendo que no sus ven y que te pasas dos horas hablando á solas con él...?  
 P. Madre, viene con buen fin...  
 G. El fin yo se lo daré... ¿Casarte con un franchute? ¡Vamos! ¡Tendría que ver!  
 P. Pero, madre; si él me quiere, y yo le quiero también, porque él no nació en España ¿no nos hemos de querer?  
 P. ¡Cállate, porque ya el hígado me está rebosando hiel y se me sube á la boca y me vas á conocer.  
 P. Madre mía de mi alma, por Dios, escúcheme usted...  
 G. ¡Descastada! ¡Mala hija! ¿Cómo has podido creer que iba á ser consentidora de esa sinvergüenza y de...? Tú no sabes entoavía lo que soy capaz de hacer... Con la navaja que usaba tu padre, que en gloria esté; á ese franchute cochino salgo y le corto la nuez, y á ti te ahogo y me mato y así acabamos los tres.  
 ¿Qué demonios te ha hecho ese hombre? Y si sólo habla en francés, ¿cómo te dice... las cosas, ni cómo sus entendéis?  
 P. Madre, basta con los ojos cuando dos se quieren bien...  
 G. ¡Calla, ó te saco los tuyos pa que no le puedas ver!

(Amenazándola en ademán trágico. Pepa sigue cosiendo, y de sus ojos se desprenden dos lagrimones como garbanzos.)

ESCENA SEGUNDA

1908

*El mismo patio de la escena anterior, tan sucio como hace cien años, porque en esto no hemos adelantado nada.*

La GREGORIA, verdulera también, nieta de la anterior, y PEPA, biznietita de la primitiva GREGORIA.

GREGORIA. ¿A dónde vas?  
 PEPA. A la calle.  
 G. Tú no tiés nada que hacer en la calle...  
 P. Es que la Pepa me aguarda.  
 G. De veras, ¿eh? Pues que aguarde ó que se vaya.  
 P. ¡Madre!...  
 G. A callar y á coser. Yo sé quién te está esperando...  
 P. Pero, madre...  
 G. ¿Que lo sé! Por lo que veo has pensao que tu madre está en Belén. Pues no lo estoy, y yo tengo la obligación de saber lo que haces, y te he seguido una vez, y dos y tres, hasta que al fin ayer tarde te he visto hablando con él. Con ese golfo indecente...  
 P. Madre, no le insulte usted...  
 G. Tendré calma; pero escucha. Yo te hablo por tu interés. No pierdas la proporción que tienes...  
 P. ¿La del chofer?  
 G. Ese mismo, que está loco por tí. Yo ya me enteré de lo que era, y me dijeron que está sirviendo á un Marqués, que le ha asegurado la vida, y así no se pue romper el alma en el automóvil aun yendo á todo correr. Es joven, buen mozo y gana seisientos francos al mes, que son... la mar de pesetas, según el señor José.  
 P. Pero...  
 G. Piénsalo, hija mía.  
 P. Pero, madre, si es francés, y no habla más que su lengua, ¿cómo le voy á entender?  
 G. Ya le enseñarás la tuya... Y no hace falta que habléis... Con esos ojos que tienes heredaos... yo sé de quién... le dirás too lo que quieras si le llegas á querer.

(La Pepa sigue cosiendo. Ya no habla, pero sonrío. Su madre, contemplándola, sonrío también. En la calle empieza á tocar un organillo LA MARSELLA, y otro LA MARCHA REAL. Los dos himnos no armonizan mucho que digamos, al sonar á un tiempo, pero parecen indicar la fusión de Francia y España... por el amor, único lazo que une de veras á las naciones, como á las personas).

Angel Ramon Carrion

### La Frontera.

Del drama titulado "El más sagrado deber".

ROSA

Allí en mi país natal que de Francia está vecino hay, en medio de un camino, una piedra y un rosal; la piedra está en la frontera, el rosal en torno crece, y cada flor que aparece de su hermana es extranjera; mas cuando mueren las dos enemigas del rosal en una sola espiral vuela su perfume á Dios, que á las almas y las flores, tras de ese espacio azulado, una sola patria ha dado, sin fronteras ni rencores. Yo, mirando tristemente esa línea fronteriza que por tierra se desliza con aspecto de serpiente y recordando los lazos que el hombre rompió iracundo, pensé: "El amor creó el mundo" y el odio le hizo pedazos.  
 "¡Cuán injusta y caprichosa es la vanidad humana!  
 "¿Dejará de ser hermana una rosa de otra rosa?"  
 y en la piedra, entre las dos pobres flores, dejé escrito:  
 "La frontera es un delito  
 "contra las leyes de Dios."

Leopoldo Cano El Duque de Rivus

### Cuatro renglones

Supo morir por la Patria la plebe de hace cien años, y aún se emplea en nuestro idioma esta frase: "Pueblo bajo".

J. Francisco Rodriguez

En el Centenario del Dos de Mayo

UN RECUERDO

¡Jamás tan infausto día España podrá olvidar, ni sus héroes evocar sin honda melancolía!...  
 Tú también, ¡oh, padre mío! te cubriste de esplendor contra el tirano invasor lidiando con noble brío.  
 Y al regar el patrio suelo con tu sangre generosa, salvó tu vida preciosa con alto designio el cielo; el de darte inspiración y eternizar tu memoria con gloria igual á la gloria de Lope y de Calderón.

### Á Napoleón.

EN EL DOS DE MAYO

FRAGMENTO

Quien robó de la sombra un hemisferio, quien estrelló la noche de la nada, quien se bañó en las aguas del misterio, pudo medir su espada con tu espada; y así otra vez oyeron los espacios el grito retador de los titanes, luchando contra Júpiter severo...  
 Abriéronse cabañas y palacios, y todos con patrióticos afanes se arrebataron en tropel guerrero, y, como en el milagro de los panes, todos lucharon con un mismo acero...  
 Donde menos tal vez creyó tu orgullo vacilar en vencer, fué detenido; y es porque en tus laureles ya dormido, de mentirosos sueños al arrullo, ver no quisiste que si el pueblo hispano oponerte no pudo á un soberano, pudo sus fuerzas oponerte á solas; porque el cetro no estaba en una mano, sino en todas las manos españolas...

José Santos Clavero

### Á la España de 1808.

Ciñe y reafirma, ¡Oh, Patria!, tu corona De eternos lauros en cruentas lides. Porque esta raza de indomables Cides Por su Madre bendita te pregona.  
 De Reina fuistes desde zona á zona Siempre que sangre y que valor la pides, Que es cuanto tierra con tu nombre mides Zaragoza, Madrid, Bailén, Gerona.  
 Hoy, de ayer recordamos tu heroísmo, Y en este culto por tu fe y tu hazaña Jamás has de rodar á oscuro abismo Si un Daoiz ó un Velarde te acompaña, Que es la sangre la misma, el ruego el mismo, Y en Dos de Mayo siempre vive España.

El Marqués de Cerralbo  
Dos inmortales.

En las sombras de la noche, del letargo, en el silencio, la agonía es un gemido, la agonía es un lamento.  
 A la madre tierra vuelven los tristes despojos yertos. Al sepulcro las cenizas, las almas al firmamento.

No es la agonía del hombre la agonía de los pueblos.

Caen las naciones sin ruido al iniciar su descenso. Después se agitan. Más tarde se revuelven con estrépito; y es rugido la agonía que resucita á los muertos. Y héroes y mártires viven en la tierra y en los cielos.

S. Johana

Con vuelo audaz cruzó la cordillera el águila imperial. De sus victorias traía por trofeo entre las garras, sangrando aún, el corazón de Europa. Pero volvió arrastrándose, vencida, rotas las alas, humillada y hosca, porque España era... España, y en el mundo Don Quijote y el Cid hacían sombra. Hoy, que los doctos para el pueblo cierran las tumbas de los héroes, si torna el águila á cruzar los Pirineos, tal vez no vuelva con las alas rotas, que son los hechos legendarios fuentes de donde mana el ansia de la gloria y, ¡ay de la patria si cobarde gime, de sí reniega y la leyenda borra!

Senesio Delgado

### Aragonesa.

Son las aragonesas para el combate lo mismo que las magras para el tomate. Cosa más adecuada Dios no la hizo. Igual que las judías para el churizo. Para madres, no hay otras. Como madres, aunque ellas no te quieran, pues tí las quieres; pero como te miren como ellas saben... ¡Señor! Que vengan curas y me las claven. Que con el lazo santo del matrimonio me río de invasores y del demonio. Anda *palante*, maña, tráeme la bota, que hoy vienen los franceses... á oír la jota. Y quiero que la cantes con el salero del ruisenor más *majo* que haya en Torrero.

Poesía del pueblo donde he nacido, ven á besarme un poco, que no te olvido. Ven otra vez... y en mi alma, que ya se enfría, vierte sin miedo toda tu poesía. ¡Con los brazos tendidos, aquí te espero! ¡Ven á besarme... pronto... que ya me muero!

Constantino Gil





Como mujer y como española me asocio de todo corazón á este hermosísimo recuerdo del día memorable, principio de nuestra guerra de la Independencia, que en él cupo á las mujeres españolas, entonces como ahora Católicas y Monárquicas, parte tan principal y tan gloriosa.

*La Marquesa de San Carlos*

El círculo de Bellas Artes me pide que mi firma figure en el homenaje que dedica al patriotismo y valor de los españoles que se sacrificaron en la guerra de la Independencia, y correspondo con gusto á sus deseos aunque no me juzgo digna de que vaya al lado de otros más autorizados.

Desde mi corazón admiración por nuestras compatriotas, las mujeres españolas, que en el Parque de Monteleón, en Zaragoza, en Gerona y en otros muchos sitios, probaron al mundo su abnegación y su espíritu de sacrificio que las vio nacer.

Hubieron parte en el sacrificio mujeres de las distintas clases sociales, representando en una humilde opinión los sentimientos que más empujan la vida de un país: la Fe en Dios y el amor á la Patria.

*Isabel de Borbon*

A los heroes del Dos de Mayo no encuentro mejor manera de honrarles, que imitándoles en el amor á su Patria y á su Rey.

*M. de Peralta*

Hermosa epopeya la que conmemoramos, en la que el amor á la Patria hizo que aquellas valerosas mujeres sacrificaran su vida para salvar la de su madre común que peligraba. ¡Gloria y orgullo imprecadero son de nuestra querida España!

*Doña de Peñalver*

De todo corazón me asocio al entusiasta homenaje que se dedica á las heroínas de 1808, que tan honroso ejemplo nos legaron de firmeza en sus creencias y abnegación por su Patria.

*La Marquesa de San Carlos*

*La Condesa de Valdelegana* *La Marquesa de San Carlos* *Condesa de Casa Valeriana*  
*Duquesa de Medinaceli* *Duquesa de* *Duquesa de Sotomayor*  
*Medina Sidonia* *Alfonso de*  
*La Princesa de Viana* *La Marquesa de Pavia* *de Enghien*  
*1<sup>ra</sup> Duquesa de la Compostela*  
*1<sup>ra</sup> Duquesa de la Victoria*  
*La Duquesa de la Victoria*  
*La Marquesa de* *La Duquesa de*  
*de* *de*







El amor patrio, una de cuyas exaltaciones conmemoramos, ha de tenernos siempre para seguir aquel alto ejemplo...

El amor a la religión y a la Patria, que en España se confunden e identifican hasta parecer uno mismo...

cacia de la unión que en lucha trágica, desigual, proporcionó el triunfo. El Círculo de Bellas Artes no podía faltar al deber que su representación le impone...

En la gloriosa epopeya de principios del siglo XIX, que ahora conmemoramos, afirmó España unánime, vigorosa y patrióticamente su nacionalidad.

Mi primer cuadro fue 'El 2 de Mayo'. Al recordar esa fecha hoy, vibran mis entusiasmos de entonces con mayor violencia.

Me asocio con entusiasmo al homenaje que España rinde en esta fecha solemne a los héroes de su Independencia, como testimonio de respeto que me inspira la memoria de aquellos que nos dejaron ejemplo imperecedero de amor a la Patria.

La llamada guerra de la Independencia es una gran enseñanza para los tiempos actuales. Nuestra juventud debería toda pasar la vista sobre ese pedazo de nuestra historia...

Cuando habla el orgullo, España querida, sueñan tus hijos que llegues a ser emporio de riqueza, reino de cultura, terror de adversarios, admiración del mundo. Ve cumpliendo reposadamente sus ambiciosos anhelos...

ISÓLO HACE UN SIGLO! Y parece la lucha contra Napoleón, en pro de nuestra independencia, una epopeya legendaria, los héroes tienen gestos heroicos...

Como amante de mi patria adorada e intangible y como antiguo artillero, siempre me honré con el recuerdo del día 2 de Mayo de 1808. Al celebrar el Centenario de la gloriosa fecha que inició la gran epopeya de nuestra Independencia...

España con su heroísmo abatió el poder de Napoleón, que parecía indomable. Si en el orden intelectual hubiera reafirmado nuestra nación tan mágico ejemplo, hoy sería la primera del mundo.

Ahora que en nuestro Parlamento se habla de poderes regionales de patria chica y patria grande, y se confunden hipócritamente las palabras Estado y Nación, conviene que a los niños en las Escuelas, al mismo tiempo que se les enseña a rezar, se les recordaran los nombres de nuestros héroes gloriosos...

Madrid fue la primera en dar el grito de la Independencia de la gran patria, y Zaragoza por la patria chica, grabando ambas con sangre de sus héroes la fecha del 2 de Mayo 1808 en el seno de cada familia española.

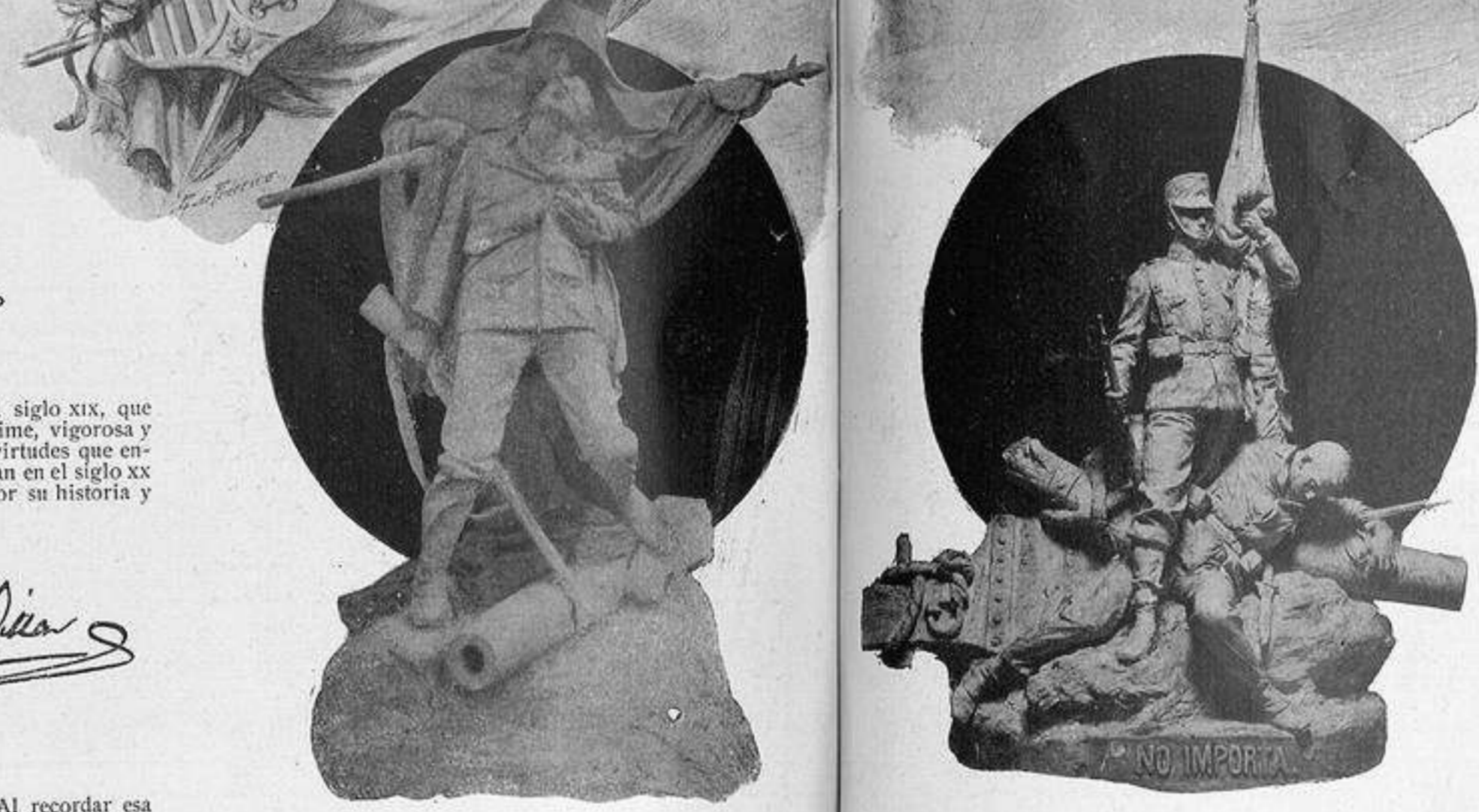
La guerra de la Independencia fue la protesta viril de un pueblo engañado e indefenso, que en su desesperación sublime dio las primeras sinasabores al coloso de Europa.

Todo español que sienta algo grande en su alma tiene un deber sagrado: rendir tributo de admiración y homenaje de gratitud a los héroes y mártires del 2 de Mayo de 1808.

Desconfiad de un pueblo si en él va extinguiéndose el amor a la Patria. Es como un hombre que va perdiendo insensiblemente el sentimiento del honor.

Los tratados determinan la extensión y manera de constituirse las naciones, las más veces por imposiciones de las armas, no siempre conformes con las naturales exigencias que afirman su permanencia y se originan en la compensación de intereses y en vínculos morales...

PRO PATRIA



¡Hay alguna memoria, algún ideal que podamos acariciar todos? Pues alistémoslos en torno de aquella y de éste, como soldados alrededor de una bandera.

En rápida sucesión de días - ¿qué en días? - casi en horas, Bonaparte acaba con la Monarquía, con los Reyes y con los cortesanos.

En aquella trasfusión de un poder a otro poder, de una grandeza, en plena noche, a otra grandeza, en plena aurora, no vió Bonaparte suficiente término a su ambición ni a nuestro exterminio.

Por instinto aprendimos en 1808 que la prudencia es un arma insuficiente contra la audacia, y no quisimos ser prudentes y conquistamos la Independencia del territorio nacional.

¡Entonces... enemigos! ¡Amigos hoy! Por siempre exista el fraternal cariño entre España y Francia.

La guerra de la Independencia fue la protesta viril de un pueblo engañado e indefenso, que en su desesperación sublime dio las primeras sinasabores al coloso de Europa.

Commemorar los hechos que enaltecen a los pueblos, asegurándoles en la historia lauro y memoria permanentes, concurre a sublimar sus sentimientos, siendo elemento precioso de educación popular...

Grande fue, pues, el heroísmo de España al ver amenazado su territorio por el extranjero; pero fue inmensamente mayor aún su sacrificio como madre abnegada de la libre América.

Los héroes de nuestra Patria en la guerra de la Independencia y rindió culto a sus héroes, abrigando la esperanza de que, a pesar de las conquistas que han hecho las Ciencias, las Artes y las Industrias...

¡El centenario de la guerra de la Independencia! Hermosa ocasión para glorificar a los que defendiendo a España y su Independencia testificaron a la vez, eran un sentimiento y un hecho la unidad nacional...

Entre las víctimas que ocasionaron los sangrientos sucesos del 2 de Mayo de 1808, se cuentan 59 mujeres muertas y 23 heridas, prueba de que la mujer, dedicada por naturaleza y por costumbre a las tranquilidades del hogar...

¡Los hombres de ahora! ¡Pero es que hay hombres ahora? El patriotismo y el valor cívico se han entibado tanto en estos tiempos, que casi no existen...

¡Entonces... enemigos! ¡Amigos hoy! Por siempre exista el fraternal cariño entre España y Francia.

Entre las víctimas que ocasionaron los sangrientos sucesos del 2 de Mayo de 1808, se cuentan 59 mujeres muertas y 23 heridas, prueba de que la mujer, dedicada por naturaleza y por costumbre a las tranquilidades del hogar...

¡Los hombres de ahora! ¡Pero es que hay hombres ahora? El patriotismo y el valor cívico se han entibado tanto en estos tiempos, que casi no existen...

¡Entonces... enemigos! ¡Amigos hoy! Por siempre exista el fraternal cariño entre España y Francia.

Entre las víctimas que ocasionaron los sangrientos sucesos del 2 de Mayo de 1808, se cuentan 59 mujeres muertas y 23 heridas, prueba de que la mujer, dedicada por naturaleza y por costumbre a las tranquilidades del hogar...

¡Los hombres de ahora! ¡Pero es que hay hombres ahora? El patriotismo y el valor cívico se han entibado tanto en estos tiempos, que casi no existen...

¡Entonces... enemigos! ¡Amigos hoy! Por siempre exista el fraternal cariño entre España y Francia.

Entre las víctimas que ocasionaron los sangrientos sucesos del 2 de Mayo de 1808, se cuentan 59 mujeres muertas y 23 heridas, prueba de que la mujer, dedicada por naturaleza y por costumbre a las tranquilidades del hogar...

¡Los hombres de ahora! ¡Pero es que hay hombres ahora? El patriotismo y el valor cívico se han entibado tanto en estos tiempos, que casi no existen...

¡Entonces... enemigos! ¡Amigos hoy! Por siempre exista el fraternal cariño entre España y Francia.

Entre las víctimas que ocasionaron los sangrientos sucesos del 2 de Mayo de 1808, se cuentan 59 mujeres muertas y 23 heridas, prueba de que la mujer, dedicada por naturaleza y por costumbre a las tranquilidades del hogar...

¡Los hombres de ahora! ¡Pero es que hay hombres ahora? El patriotismo y el valor cívico se han entibado tanto en estos tiempos, que casi no existen...

¡Entonces... enemigos! ¡Amigos hoy! Por siempre exista el fraternal cariño entre España y Francia.

Entre las víctimas que ocasionaron los sangrientos sucesos del 2 de Mayo de 1808, se cuentan 59 mujeres muertas y 23 heridas, prueba de que la mujer, dedicada por naturaleza y por costumbre a las tranquilidades del hogar...

¡Los hombres de ahora! ¡Pero es que hay hombres ahora? El patriotismo y el valor cívico se han entibado tanto en estos tiempos, que casi no existen...

¡Entonces... enemigos! ¡Amigos hoy! Por siempre exista el fraternal cariño entre España y Francia.

Si los sentimientos de amor a la patria, a la religión y al Rey, que animaron a nuestros antepasados en la gloriosa guerra de la Independencia, dominaran a los de la generación presente, podríamos vivir tranquilos en la confianza de que la integridad de la patria estaba asegurada.

Cuando el espíritu de dominación encarnado en el corazón de un despota se desencadena como furiosa tempestad sobre un pueblo civilizado que vive tranquilo a la sombra de su derecho y protegido por la santidad de los tratados...

El recuerdo del heroico alzamiento de España el año 1808 en defensa de su independencia y de sus más honrosos y sagrados afectos, debe hacernos confiar en la constante energía de nuestra raza, que bastará sin duda para llevarnos al movimiento que todos anhelamos para España...

Declaró Napoleón en Santa Elena que el pueblo español, a impulsos de la injuria recibida en 1808, se levantó como un hombre herido en su honor.

Si estuvieran hoy las tropas de Murat a las puertas de Madrid; si otro Napoleón tratara con sus legiones de invadir a España, encontraría en nuestra raza los arranques heroicos, la energía indomable, el coraje unánime de voluntades...

Romances. El amor de la patria engendra los grandes heroísmos, de cuya savia y recuerdo nutren su espíritu los pueblos afortunados.

El amor de la patria engendra los grandes heroísmos, de cuya savia y recuerdo nutren su espíritu los pueblos afortunados.



La celebración del centenario de nuestra guerra de la Independencia es una enérgica protesta del alma española contra los que pretenden olvidarse sus glorias pasadas.

Al conmemorar el glorioso centenario de la guerra de la Independencia, quiera Dios contribuirnos a despertar de nuevo el alma española, para que, volviendo a las tradiciones que la hicieron grande, pueda nuestro noble pueblo adelantar rápidamente por el camino de la verdadera civilización.

La humanidad es siempre una y no decae jamás. Luchan los pueblos y las razas, y en el discuirir de los tiempos vencen los vencidos y se abaten los triunfadores.

Mucho vale la independencia real de los pueblos, pero en el caminar de la humanidad valdrá más la emancipación de los espíritus y serán grandes las naciones cuando acierten a purificar sus leyes, usos y costumbres de toda extraña influencia, exótica imputación o depresiva tutela.

¿Qué menos ha de hacer un corazón español que profesión pública y solemne de admiración y de respeto a los héroes de nuestra independencia, cuando se celebra el primer centenario de sus hazas y glorioso ejemplo?

Cuando habla el orgullo, España querida, sueñan tus hijos que llegues a ser emporio de riqueza, reino de cultura, terror de adversarios, admiración del mundo.

Madrid fue la primera en dar el grito de la Independencia de la gran patria, y Zaragoza por la patria chica, grabando ambas con sangre de sus héroes la fecha del 2 de Mayo 1808 en el seno de cada familia española.

La guerra de la Independencia fue la protesta viril de un pueblo engañado e indefenso, que en su desesperación sublime dio las primeras sinasabores al coloso de Europa.

Commemorar los hechos que enaltecen a los pueblos, asegurándoles en la historia lauro y memoria permanentes, concurre a sublimar sus sentimientos, siendo elemento precioso de educación popular...

Grande fue, pues, el heroísmo de España al ver amenazado su territorio por el extranjero; pero fue inmensamente mayor aún su sacrificio como madre abnegada de la libre América.





### Memoria del dos de Mayo.

#### HIMNO PARA CANTAR

¿Quién reprime su enojo y su llanto,  
Recordando aquel fúnebre día,  
Que la noche con cárdeno manto  
Empapado de sangre cubrió,  
Cuando Mantua sus hijos veía  
Oponer á la bárbara gente  
La desnuda, la impávida frente  
Que al tirano del orbe aterró?

*Estrofa I.*  
Cien falanges de acero cubiertas  
Avezadas al pérfido halago,  
No creyeron que frágiles puertas  
Abriegasen valor sin igual.  
Y sedientas de ruina y estrago  
De su rostro la máscara tiran,  
Y las calles frenéticas giran  
Esgrieniendo el oculto puñal.

*Estrofa IV.*  
Se redoblan los golpes y heridas;  
Más y más el estrépito crece,  
Y allí dejan las ínclitas vidas  
Los que en oro su nombre tendrán.  
El tronar del cañón ensordece,  
Y arde el aire con rápido fuego,  
Y los bronce, aún cálidos, luego  
nuevas muertes de sí lanzarán.

*Estrofa V.*  
Todo es sangre, y horrores, y muerte,  
Todo es armas y bélico estruendo,  
Que al cobarde, al inválido, al fuerte,  
Armas puso en la mano el furor.  
¿Mas, cuál ruido percíbese horrendo  
Tras dolosa, pacífica calma?  
¿Qué gemido tristísimo el alma  
va cubriendo de yerto pavor?

*Estrofa VI.*  
¡Ellos son! ¡Ellos son! Ya murieron  
Desarmada la intrépida diestra;  
Ellos ¡ay! los que indómitos dieron  
Alto ejemplo de ilustre tesón.  
La victoria es, ¡oh, mártires!, vuestra;  
Que oyó el hecho, y atónita España  
se aprestó con magnánima saña  
Y arboló de venganza el pendón.

CORO  
¿Quién reprime su enojo y su llanto, etc.  
Cádiz, 1811.

### EL DOS DE MAYO

#### FRAGMENTO

Brilla el puñal en la irritada mano,  
Huye el cobarde y el traidor se esconde;  
Truena el cañón y el grito castellano  
De *Independencia y Libertad* responde.  
¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!  
Sonó la hora y la venganza espera;  
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes  
De sangre de Bailén y Talavera.  
Id, saludad los héroes de Gerona,  
Alzad con ellos el radiante vuelo,  
Y á los de Zaragoza alta corona  
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.  
Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotan  
Lágrimas de entusiasmo y alegría,  
Y el alma atropellados alborotan  
Tantos recuerdos de honra y valentía,  
Negra nube en el alma se levanta  
Que turba y oscurece los sentidos,  
Fiero dolor el corazón quebranta  
Y se ahoga la voz entre gemidos?  
¡Oh! levantad la frente carcomida,  
Mártires de la gloria,  
Que aún arde en ella con eterna vida  
La luz de la victoria!

*Espronceda*

### Al armamento de las provincias españolas contra los franceses.

#### (FRAGMENTOS)

„Eterna ley del mundo aquesta sea:  
En pueblos ó cobardes ó estragados,  
Que ruede á su placer la tiranía;  
Mas si su atroz porfía  
Osa insultar á pechos generosos  
Donde esfuerzo y virtud tienen asiento,  
Estréllese al instante,  
Y de su ruina brote el escarmiento.“  
Dijo así Dios: con letras de diamante  
Su dedo agosto lo escribió en el cielo,  
Y en torrentes de sangre á la venganza  
Mandó después que lo anunciase al suelo.

Ya se acerca zumbando  
El eco grande del clamor guerrero,  
Hijo de indignación y de osadía.  
Asturias fué quien le arrojó primero:  
¡Honor al pueblo astur! Allí debía  
Primero resonar. Con igual furia  
Se alza, y se extiende á donde en fértil riego  
Del Ebro caudaloso y dulce Turia  
Las claras ondas abundancia brotan;  
Y como en selvas estallante fuego  
Cuando las alas de Aquilón le azotan,  
Que de pronto á calmar ni vuelto en lluvia  
Júpiter basta, ni los anchos ríos  
Que oponen su creciente á sus furroses,  
Los ecos libradores  
Vuelan, cruzan, encienden  
Los campos olivíferos del Betis,  
Y de la playa cántabra hasta Cádiz,  
El seno azul de la agitada Tetis.

Alzase España, en fin: con faz airada  
Hace á Marte señal, y el Dios horrendo  
Despeña en ella su crujiente carro;  
Al espantoso estruendo,  
Al revolver de su terrible espada,  
Lejos de estremecerse, arde y se agita,  
Y vuela en pos el español bizarro.  
„¡Fuera tiranos!“, grita  
La muchedumbre inmensa. ¡Oh, voz sublime,  
Eco de vida, manantial de gloria!  
Esos ministros de ambición ajena  
No te escucharon, no, cuando triunfaban  
Tan fácilmente en Austerlitz y en Jena;  
Aquí te oirán y alcanzarás victoria;  
Aquí te oirán saliendo  
De pechos esforzados, varoniles,  
Y la distancia medirán, gimiendo,  
Que de hombres hay á mercenarios viles.

¡Ah! respira más bien aura de gloria,  
¡Oh, corona de Iberia! Alza la frente,  
Tiende la vista; en iris de bonanza  
Se torna al fin la tempestad sombría.  
¿No oyes por el Oriente y Mediodía  
De guerra y de matanza  
Resonar el clamor? Arde la lucha,  
Retumba el bronce, los valientes caen,  
Y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,  
Descubre al mundo el espantoso estrago.  
Así sus llanos fértiles Valencia  
Ostenta; así Bailén; así Moncayo;  
Y es fama que las víctimas de Mayo  
Lívidas por el aire aparecían;  
Que á su alarido horrendo  
Las francesas falanjes se aterraban;  
Y ellas, su sangre con placer bebiendo,  
El ansia de vengarse al fin saciaban.

Julio, 1808.

*Ma nuel Tarf  
Luntana*

### CANTOS POPULARES

La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa,  
que quiere ser capitana  
de la tropa aragonesa.

Con las bombas que tiran  
los fanfarrones,  
se hacen las gaditanas  
tirabuzones.

Virgen de Atocha  
la capitana,  
que del Rey tienes  
puesta la banda,  
haz que pronto Fernando  
vuelva de Francia.

Ya viene por la ronda  
José Primero,  
con un ojo postizo  
y el otro huero.

Ya se fué por las Ventas  
El Rey Pepino,  
con un par de botellas  
para el camino.

Dupont, terror del Norte,  
fué vencido en Bailén,  
y todos sus secuaces  
prisioneros con él.  
Toda la Francia entera  
llorará este baldón,  
al son de la Carmañola:  
¡Muera Napoleón!  
¡Muera Napoleón!

(De las Memorias de un setentón.  
R. DE MESONERO ROMANOS).

### Aniversario del 2 de Mayo.

Madrid, 1814.

#### (FRAGMENTO)

##### Estrofa I.

Aún resuena confuso al oído  
el crujir de las armas feroces;  
aún se miran los hechos atroces  
con que al pueblo el tirano irritó!  
Y se escucha el fatal alarido  
y del bronce el estrépito hueco  
pero al par, zumba plácido el eco  
que ¡Venganza! implacable, gritó!

##### Estrofa II.

A las armas el pueblo sañudo  
corrió presto, y lidiando valiente  
de la pérdida y bárbara gente  
la insolencia llegó á castigar.  
Mas traición quebrantó su escudo  
y á traición, ¡ay!, cien heroes murieron  
que animosos é intrépidos dieron  
por la patria el postrer alentar.

##### Estrofa V.

Clave en ellos el trémulo anciano,  
clave en ellos el joven la vista;  
y su pecho en valor se revista;  
y apelliden, doquier, ¡Libertad!  
¡Libertad! libertad!, que no en vano  
tanta sangre nos cuesta gozarla;  
¡libertad!, que jamás derrocarla  
será dado á la infame maldad.

##### Estrofa VI.

Esos restos de tanto valiente  
que reciben la gloria en su templo  
sean siempre dignísimo ejemplo  
de valor é indomable tesón.  
Si otra vez un tirano insolente  
los derechos de España derrumba,  
se alzará de la cóncava tumba  
por vengar otra vez la nación.

*Antonio Labriola*

### EL DOS DE MAYO

#### (FRAGMENTO)

Noche, lóbrega noche, eterno asilo  
Del miserable, que esquivando el sueño  
En tu silencio pavoroso gime,  
No desdeñes mi voz; leal beleño  
Presta á mis sienas, y en tu horror sublime  
Conque el tremendo día  
Trace al fulgor de vengadora tea,  
Y el odio irrite de la patria mía,  
Y escándalo y terror al orbe sea.  
¡Día de execración! La destructora  
Mano del tiempo le arrojó al averno;  
Mas ¿quién el sempiterno  
Clamor con que los ecos importuna  
La madre España en enlutado arreo  
Podrá atajar? Junto al sepulcro frío,  
Al pálido lucir de opaca luna,  
Entre cipreses fúnebres la veo:  
Trémula, yerta y desceñido el manto,  
Los ojos moribundos  
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;  
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos  
Yace entre el polvo, y el león guerrero  
Lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!  
¡Cuántos ayes doquier! Desparovido  
Mirad ese infelice  
Quejarse al adalid empedernido  
De otra cuadrilla atroz. „¡Ah! ¿Qué te hice?“  
Exclama el triste en lágrimas deshecho:  
„Mi pan y mi mansión partí contigo,  
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
Templé tu sed, y me llamé tu amigo;  
¿Y ahora pagar podrás nuestro hospedaje  
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,  
Con dura muerte y con indigno ultraje?“  
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!  
El monstruo infame á sus ministros mira,  
Y con tremenda voz gritando: ¡Fuego!  
Tinto en su sangre el desgraciado espira.  
Y en tanto ¿dó se esconden?  
¿Dó están ¡oh, cara patria! tus soldados,  
Que á tu clamor de muerte no responden?  
Presos, encarcelados  
Por jefes sin honor, que, haciendo alarde  
De su perfidia y dolo,  
Á merced de los vándalos te dejan,  
Como entre hierros el león forcejan  
Con inútil afán. Vosotros solo,  
Fuerte DAOIZ, intrépido VELARDE,  
Que osando resistir al gran torrente,  
Dar supisteis en flor la dulce vida  
Con firme pecho y con serena frente;  
Si de mi libre musa  
Jamás el eco adornó á tiranos,  
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,  
Allá del alto asiento  
Á que la acción magnánima os eleva,  
El himno oid que á vuestro nombre entona,  
Mientras la fama aligera le lleva  
Del mar de hielo á la abrasada zona.

*Juan Ricardo Gallego*

### EL DOS DE MAYO

#### (FRAGMENTO)

Oigo, patria, tu aflicción,  
Y escucho el triste concierto  
Que forman tocando á muerto  
La campana y el cañón.  
Sobre tu invicto pendón  
Miro flotantes crespones,  
Y oigo alzarse á otras regiones  
En estrofas funerarias,  
De la iglesia las plegarias  
Y del arte las canciones.

Aquel genio de ambición  
Que en su delirio profundo,  
Cantando guerra, hizo al mundo  
Sepulcro de su nación,  
Hirió al ibero león  
Ansiando á España regir;  
Y no llegó á percibir,  
Ebrio de orgullo y poder,  
Que no puede esclavo ser  
Pueblo que sabe morir.  
¡Guerra! clamó ante el altar  
El sacerdote con ira;  
¡Guerra! repitió la lira  
Con indómito cantar;  
¡Guerra! gritó al despertar  
El pueblo que al mundo aterra;  
Y cuando en hispana tierra  
Pasos extraños se oyeron,  
Hasta las tumbas se abrieron  
Gritando: ¡Venganza y guerra!

Y suenan patrias canciones  
Cantando santos deberes,  
Y van roncas las mujeres  
Empujando los cañones:  
Al pie de libres pendones  
El grito de patria zumba,  
Y el rudo cañón retumba,  
Y el vil invasor se aterra,  
Y al suelo le falta tierra  
Para cubrir tanta tumba...

Mártires de la lealtad  
Que del honor al arrullo  
Fuisteis de la patria orgullo  
Y honra de la humanidad...  
En la tumba descansad,  
Que el valiente pueblo ibero  
Jura con rostro altanero  
Que hasta que España sucumba  
No pisará vuestra tumba  
La planta del extranjero.

*Bernardo López de Letamendi*

### EL DÍA 2 DE MAYO

Himno y coro cantados con música del maestro D. Benito Pérez.

#### CORO.

¡Día terrible, lleno de gloria,  
Lleno de sangre, lleno de horror,  
Nunca te apartes de la memoria  
De los que tengan patria y honor!

#### Estrofas.

Este es el día que con voz tiana,  
„Ya sois esclavos“, la ambición gritó,  
Y al noble pueblo, que lo oyó indignado  
„¡Muertos, sí, dijo, pero esclavos, no!“  
El hueco bronce, asolador del mundo,  
Al vil decreto se escuchó tronar;  
Mas el puñal, que á los tiranos turba  
Aun más tremendo, comenzó á brillar.

Temblando vimos al guerrero altivo,  
Que en cien batallas no inmutó su faz,  
De tanto joven que sin armas, fiero  
Entre las filas se le arroja audaz.  
Víctimas buscan sus airadas manos;  
Mas el error les arrancó el puñal;  
Y ¡ay! que si el día fué funesto y duro  
Aun más la noche se enlutó fatal.

Esos que veis que maniatados llevan  
Al bello Prado, que el placer formó,  
Son los primeros corazones grandes  
En que su fuego, Libertad prendió.  
Vedlos cuán firmes á la muerte marchan  
Y el noble ejemplo de morir nos dan;  
Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,  
Sus almas libres al Empíreo van.

Por mil heridas sus abiertos pechos  
Oid cuán gritan con horrenda voz:  
„¡Venganza, hermanos, y la madre España  
Nunca sea presa de invasor feroz!“  
Entre las sombras de tan triste noche  
Este gemido se escuchó vagar:  
„Goza en paz, ¡oh, del suplicio gloria!  
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar.“

#### CORO.

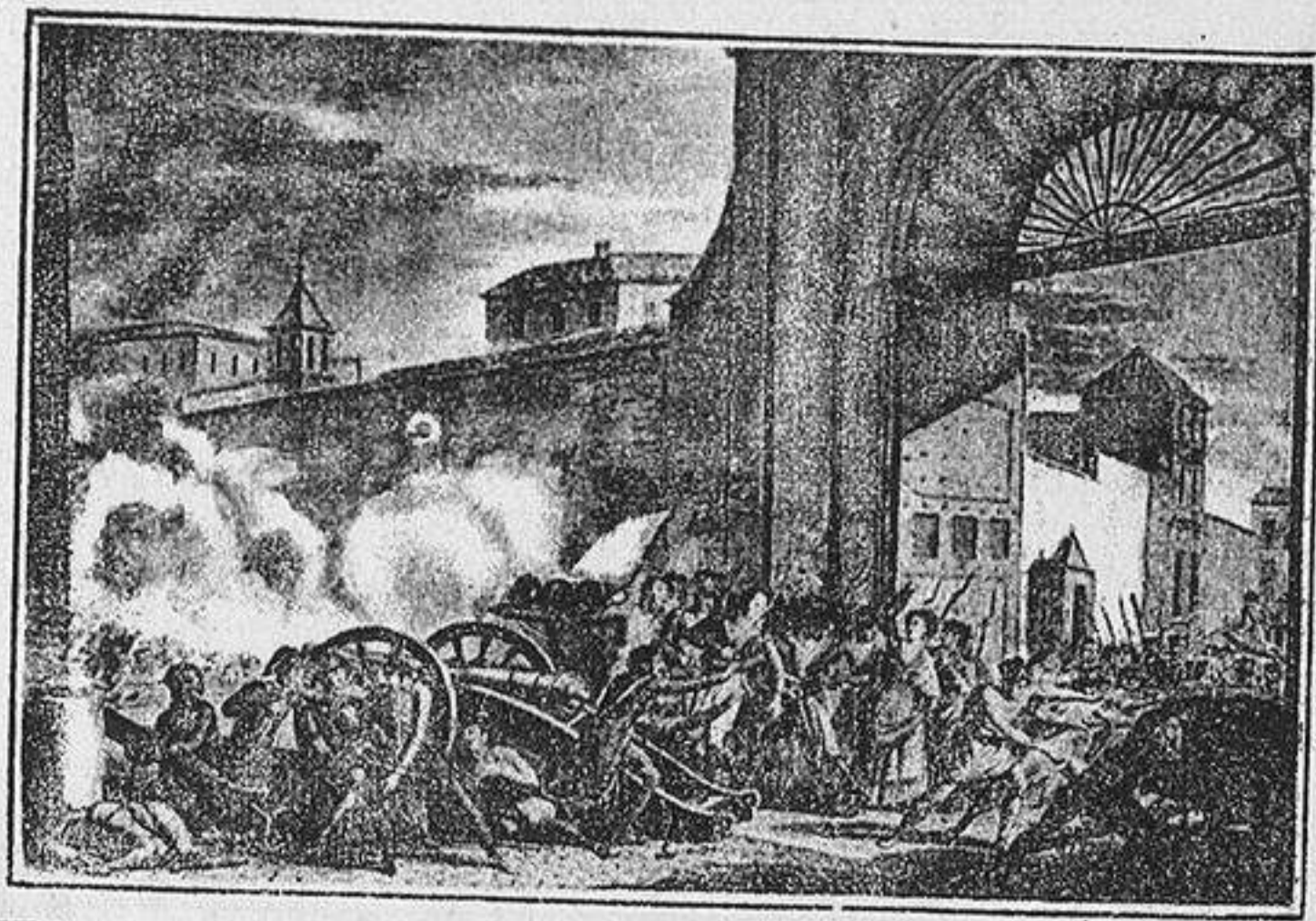
¡Día terrible, lleno de gloria, etc.

Cádiz, 1810.

*Juan B. de Villanueva*



Juan B. Arriaza.



Benito Pérez.

# AG 2 DE MAYO

## HIMNO

cantado por primera vez en Cádiz el día 2 de Mayo de 1810.

Allegro Esp<sup>so</sup>

CANTO.

PIANO.

Musical score for the hymn "AG 2 DE MAYO". The score is written for voice (CANTO) and piano (PIANO). It begins with a vocal line and a piano accompaniment. The piano part features dynamic markings such as *f*, *p*, *cres*, and *ff*. The vocal line includes lyrics in Spanish: "Di - a - te - rri - ble", "Ile - no de glo - ria", and "Ile - no de". The score is divided into sections, with a "CORO" section marked with a double bar line and a repeat sign. The piano accompaniment consists of two staves, treble and bass clef. The vocal line is on a single staff with a treble clef. The key signature is two flats (B-flat and E-flat), and the time signature is common time (C).





san - gre                      lle - no de ho - rror lle - no de ho rror

nun - cateo cul - tes                      á la me -

- mo - ria                      de los que ten - gan Pa - tria y ho -

- nor                      de los que ten - gan Pa - tria y ho -

*SOLO.*

- nor                      Es - te es el di - a                      que con voz ti -





ra . na ya sois es . cla . . vos la am . . bición gri .

The first system of music features a vocal line in a treble clef with a key signature of two flats and a common time signature. The lyrics are "ra . na ya sois es . cla . . vos la am . . bición gri .". The piano accompaniment consists of a right-hand part with a rhythmic pattern of eighth notes and a left-hand part with a steady eighth-note accompaniment.

to y el no . ble pue . blo

The second system continues the vocal line with the lyrics "to y el no . ble pue . blo". The piano accompaniment includes a dynamic marking of *p* (piano) and features a more active right-hand part with sixteenth-note runs.

que looyó indig . na . do muer . . . tos sí di . xo pe . . roes .

The third system has the lyrics "que looyó indig . na . do muer . . . tos sí di . xo pe . . roes .". The piano accompaniment includes a dynamic marking of *f* (forte) and features a steady eighth-note accompaniment in the left hand.

cla . . vos no muer . . . tos sí di . xo pe . . roes .

The fourth system has the lyrics "cla . . vos no muer . . . tos sí di . xo pe . . roes .". The piano accompaniment includes a dynamic marking of *f* and continues with a steady eighth-note accompaniment.

cla . . vos no el hue . co bronce a . .

The fifth system has the lyrics "cla . . vos no el hue . co bronce a . .". The piano accompaniment includes a dynamic marking of *f* and features a right-hand part with triplet figures.





so - la - dor del mun - do al vil de - ere - to

sees - cuchó tro - nar al vil de - ere - to

sees - cuchó tro - nar *pp* mas el pu.ñal que á los ti - ra - nos

tur - ba aun más tre - men - do co - menzó á bri - llar.

*cres - ff*

- aun más tre - men - do co - menzó á bri - llar.

*D.C. al 3/8 hasta el Solo.*

P.S. GONZALEZ.





ALCALDES CORREGIDORES ALCALDES CONSTITUCIONALES

1808

1908

|                                      |                          |                              |
|--------------------------------------|--------------------------|------------------------------|
| <i>Pedro de Tora y Lomas</i>         | Madrid                   | <i>J. M. Perálvarez</i>      |
| <i>Andrés Compañón</i>               | Mostoles                 | <i>Tomás Lorenzo</i>         |
| <i>Eugenio Charnochinski</i>         | Valladolid               | <i>Eduardo Ferreras</i>      |
| <i>Pedro Nazario</i>                 | Zaragoza                 | <i>Antonio J. J. J.</i>      |
| <i>Sancho de la Cruz</i>             | Medina de Rioseco        | <i>Enrique Alonso Jimeno</i> |
| <i>Juan Pasqual Amador</i>           | Menlbar                  | <i>Y. J. J.</i>              |
| <i>Ag. Guasardo</i>                  | Córdoba                  | <i>Alfonso Arguedas</i>      |
| <i>Sr. D. Juan de Paula y Tamara</i> | Ballén                   | <i>Barón Leung</i>           |
| <i>Juan de Arce de Arce</i>          | Valencia                 | <i>Don Mateo Labrador</i>    |
|                                      | Aranjuez                 | <i>José P. M.</i>            |
| <i>Antonio Sainz de la Maza</i>      | Espinosa de los Monteros | <i>Félix Paragallo</i>       |
| <i>Joaquín Leandri de Valls</i>      | Sevilla                  | <i>José Leung</i>            |
| <i>José Arce</i>                     | Tudela                   | <i>Angel J. J.</i>           |
| <i>D. Juan León Julasac</i>          | Uclés                    | <i>Lorenzo de J. J.</i>      |
| <i>Fernando de León y Penarides</i>  | Coruna                   | <i>Juan Sanchez Avila</i>    |
| <i>Juan María de Castañeda</i>       | Medellin                 | <i>Juan Castilla</i>         |
| <i>Pablo Badrich y de Maza</i>       | Valls                    | <i>Indalecio Costello</i>    |
| <i>D. Cayetano Chacón y de Gilly</i> | Manresa                  | <i>Roberto J. J.</i>         |

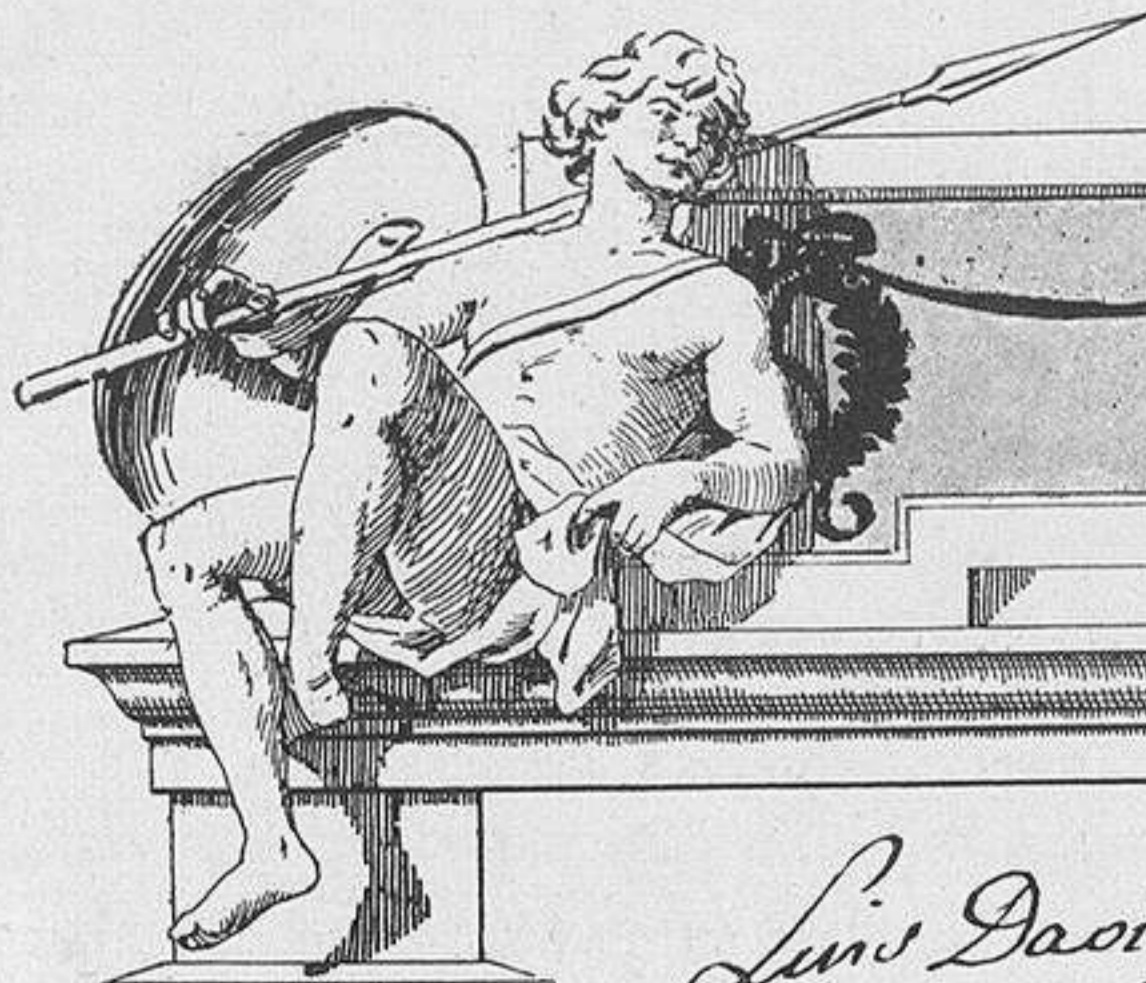
ALCALDES CORREGIDORES ALCALDES CONSTITUCIONALES

1808

1908

|                                |  |                          |
|--------------------------------|--|--------------------------|
| <i>Casimiro de Mita</i>        | Barcelona  | <i>Francisco J. J.</i>   |
| <i>Benito de la Cruz</i>       | Talavera de la Reina   | <i>Antonio J. J.</i>     |
| <i>Manuel Salas de la Cruz</i> | Almonacid de Toledo  | <i>Agustín J. J.</i>     |
| <i>Eugenio de la Cruz</i>      | Tamames  | <i>Agustín Sanchez</i>   |
| <i>Agustín de la Cruz</i>      | Ocaña  | <i>Manuel de la Cruz</i> |
| <i>José de la Cruz</i>         | Alba de Tormes   | <i>José de la Cruz</i>   |
|                                | Gerona   |                          |
|                                | Su Ayuntamiento ha acordado no se envíe recuerdo alguno de los gloriosos Sitios ó de cosa con ellos relacionada. |                          |
| <i>L. de la Cruz</i>           | Astorga  | <i>Pedro de la Cruz</i>  |
| <i>José de la Cruz</i>         | Ciudad Rodrigo   | <i>José de la Cruz</i>   |
| <i>Juan de la Cruz</i>         | San Fernando   | <i>José de la Cruz</i>   |
|                                | Tortosa  | <i>José de la Cruz</i>   |
| <i>D. José Montemayor</i>      | Cádiz  | <i>José de la Cruz</i>   |
| <i>José de la Cruz</i>         | Badajoz  | <i>José de la Cruz</i>   |
| <i>Juan de la Cruz</i>         | Tarazona   | <i>José de la Cruz</i>   |
| <i>Manuel de la Cruz</i>       | Tarifa   | <i>José de la Cruz</i>   |
| <i>José de la Cruz</i>         | Salamanca  | <i>José de la Cruz</i>   |
| <i>José de la Cruz</i>         | Vitoria  | <i>Pedro de la Cruz</i>  |





Luis Daoiz Pedro Blauco Santigosa Navier de Castaños Josef de Palafox y Meliz

Diego Penacho Alvar Kollerley Juan Palanca

El Empecinado Maria de la Romana El Conde de Terman y de Baragoiti Thomas e Morley

Juan Siquias El Conde del Abisal Juan de Coson y Juachin Blake

Juan Diaz Bonliego Maria y Pedro Puigz

Mariano Alvarez El Duque de Angulema El marqués de Camposagra

Juan Antonio Lorenz El Duque de Infantado Marqués de Siles y Quirana

1808

1908

Ysla Coa Morio 1910.

Me estimado Amigo; Son muy fundadas las razones de un a favor del britanico Regimio de Fernando 7; que meves afanes y dineros costó a un, pero es preciso exponerlo todo en representacion que divisió al Minisro a la Guerra, y celebrará haya advenio para volver a compler con suero mas felis si la guerra es contraria...

Enm por Muy Señor mis par tiempo a V.E. q. Touf orapoleon a ofuido alos Pueblos de Castilla la Nueva libranlos rotoda Contia si empre q. pudaro pren- deame y en tragarame ahus satelites a menarandolos en caso de auxiliaame con quemar el Pueblo q. lo hirise, con cuyo moti- vo y para no exponerlos peinas diafir mis opora- ones por distintos puntos de las q. hasta ahora me

hen serido. Igualm te pongo en otitia de V.E. q. en mis Coxasias an- teriores he tenido la satisfi- caion de Permitir al Tenor Duque del Infantado vari- os oficiales franceses. Comi- sionados con pliegos y much- Dadaos, prisioneros y de su Xcivo no tengo noticia todo lo qual puede V.E. de- varte ala Supcion de Oticia de la Junta si lo Conbenien- te. Duestro Señor Juande a V.E. m. Alfan tana. 25. de Febrero de 1809. Juan Martin

... los Cabo nos y Armas se con du civan ap no porcion qf pueda Boy Ctegiendo los mejores para las as tuda; Mandé v, p. no alargo mas por el quebr anverso la somio; 13 L P D U S Julian Sanchez

Enm por gn Martin Garay

F. de Federico





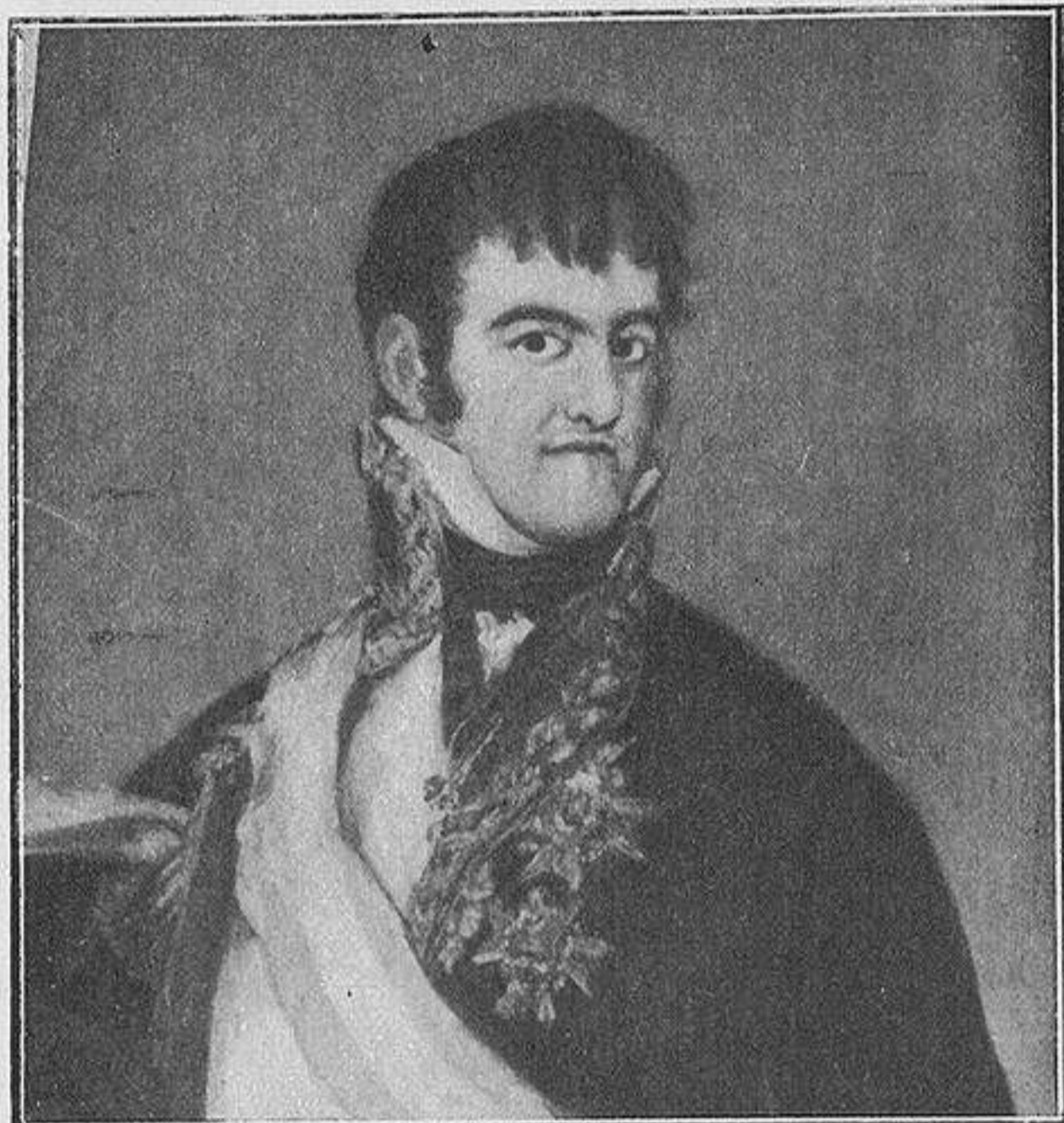




NAPOLEÓN

«La malhadada guerra de España, fué una verdadera plaga para mi, y la primera causa de las desgracias de la Francia.....  
 Aquella guerra fatal, me perdió, dividiendo mis fuerzas, aumentando los estorbos y dañando mi honra, y con todo, yo no podía dejar la Península á disposición de los Borbones.....  
 Los españoles se sintieron ofendidos y se levantaron en masa, como un solo hombre de honor.»

*Napoleon*



FERNANDO VII

### Los dos Reyes.

*Fernando Septimo.*

No conocen á esta Nación; ella es un león que la razón conducirá por la mano, pero no la reducirá la fuerza, aunque se pongan en acción para ello un millón de soldados.

Todos son aquí soldados, si quieren gobernarlos militarmente; todos serán amigos si se conviene en la Independencia Nacional.

*Fernando*



JOSÉ BONAPARTE

### Los Generalísimos de los dos Ejércitos.

„Por la felicidad de España, sacrificaré hasta mi vida.“

*Art. Wellesley*

„Con la jornada de ayer (1) he hecho dueño de España al Emperador.“

*J. Murat*

(1) Dos de Mayo.



LORD WELLINGTON



MURAT

### Tres héroes de la guerra



EL PRESIDENTE GENERAL DON JUAN MARTÍN DE URQUIZA

„El General Urquiza, natural de San Juan de los Ríos, en la provincia de Tucumán, se distinguió por su valor y su patriotismo en la guerra de la independencia. Fue el jefe de la expedición que libertó a San Juan de los Ríos de la dominación de los españoles en 1812. Después de la independencia, se dedicó a la agricultura y al comercio. Murió en 1850.“



ESPOZ Y MINA



EL CORONEL DON JUAN PALAREA

„El Coronel Palarea, natural de Navarra, fue un valiente soldado que se distinguió en la guerra de la independencia. Participó en la batalla de Bailén y en la batalla de Bailén. Murió en 1812.“



